

TRIXIE GEORGE

*La* **DECISIÓN**  
DE UNA *Dama*





TRIXIE GEORGE

*La* **DECISIÓN**  
DE UNA *Dama*

**LA DECISIÓN DE UNA DAMA**

**TRIXIE GEORGE**

**Primera edición: mayo 2018**

© 2018, Trixie George

© Imagen original de la portada, Adobe Stock Photo

Diseño de la portada: Trixie George.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes,

queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía el tratamiento informático, así como

la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

## **ÍNDICE**

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE TRIXIE GEORGE](#)

CAPITULO 1

**Londres, 1768**

Oliver Wolcott, el sexto conde de Padmore, se aburría. Apoyado contra la pared con una copa en la mano, observaba a los asistentes a la fiesta. La conversación era como un zumbido constante que contrastaba con la música de

los violinistas. Los invitados bailaban o hablaban reunidos en corrillos y la luz de las velas se reflejaba en las joyas de las damas, en las perlas que sujetaban sus intrincados peinados.

Una fuerte carcajada llamó su atención. El duque de Wardington, el anfitrión, había bebido demasiado, como de costumbre. Y también como de costumbre, estaba rodeado por un grupo de aduladores que trataban de ganarse su favor. No

en vano era uno de los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra, aunque

también uno de los más libertinos. La última de sus amantes, Harriet Moore, estaba sentada en su regazo y se comportaba como si fuese la dueña del cotarro.

*Si tiene suerte, el duque la soportará uno o dos meses más antes de cansarse de ella*, pensó Oliver con cinismo. Nunca dejaba de asombrarle la desfachatez de Wardington, que paseaba a sus amantes en sociedad sin el menor pudor. Estaba

claro que ser uno de los mejores amigos del rey conllevaba sus privilegios.

Otros, como el propio Oliver, no tenían esa suerte. Él había tenido su buena dosis de amantes años atrás, pero había cesado en sus correrías al casarse con lady Elena, la hermana mayor del duque.

Pensar en su esposa le puso de mal humor. El suyo había sido un enlace sin amor, forzado por las circunstancias y Elena había resultado ser la mujer más insufrible de todo Londres. Oliver trataba de evitarla todo lo que podía, y a menudo pensaba que hubiera preferido vivir con una jauría de perros rabiosos que con ella.

Suspirando, hizo una seña a un criado para que le sirviese más coñac. Lord

Benjamin Thomson, su mejor amigo, aprovechó ese momento para apoyarse en

la pared a su lado, no sin antes darle una palmada en la espalda que a punto estuvo de tirarlo al suelo.

—¿Aburrido?—preguntó Benjamin.

—Solo mirando.—Oliver se encogió de hombros—¿Quién es esa maravilla del vestido rosa? No recuerdo haberla visto antes.

Benjamin siguió la mirada de su amigo.

—¡Ah! Veo que el matrimonio no ha estropeado tu capacidad para apreciar la

belleza. Es la hija del conde de Harcourt, lady Verity.

—¿En serio? Ni siquiera sabía que Harcourt tuviera una hija—murmuró

Oliver. Incluso a distancia podía apreciarse que la joven era preciosa, con un rostro blanco y ovalado y su cabello, recogido por una tiara de rubíes, tenía pinta de ser suave como el plumón. Tenía unos labios gruesos que cualquier poeta hubiese comparado con un melocotón maduro, pero a Oliver no le interesaba la

poesía. Sintió la súbita urgencia de sentir esos labios sobre los suyos.

—Su padre nunca se ha interesado mucho por ella— explicó Benjamin.— He oído que ha estado en un convento desde que su madre murió, cuando era una niña.

—¿Esa belleza ha salido de un convento? Debería volverme más devoto—  
masculló Oliver.

—Acaban de presentarla en sociedad—Benjamin apuró su copa y llamó a un criado para que se la rellenase.— Supongo que Harcourt estará buscándole un buen partido, probablemente algún duque o marqués, o alguien lo más cercano

posible al rey Jorge. Ya le conoces, siempre mirando su propio interés.

—Ajá—Oliver seguía con la mirada fija en la joven Verity—¿Y ya ha encontrado algún candidato?

—¿Quién sabe?—Benjamin se encogió de hombros—. Harcourt es ambicioso. Estoy seguro de que, sea quien sea el elegido, ayudará a llenar sus arcas o aumentar su influencia.

—Bien.—Oliver sonrió—. Mientras él se entretiene con sus enrevesados

tejemanejes políticos yo buscaré entretenimientos más placenteros... con su preciosa hija.

—¿Estás loco?—Benjamin abrió mucho los ojos—. No estarás pensando en ir tras esa muchacha, ¿verdad? ¡Estás casado!

—Muchos de los caballeros presentes en esta fiesta lo están también y eso no es obstáculo para el desfile de faldas que se pasea cada semana por sus dormitorios. He sabido que el vizconde de Waldwich...

—¡No me importa el vizconde de Waldwich! ¡Ni él ni ninguno de los demás están casados con la hermana del duque!—interrumpió Benjamin.

—Cierto—gruñó Oliver—. Y créeme que mi vida sería mucho más fácil si fuesen *ellos* y no yo los que se hubiesen casado con Elena.

—Ten cuidado, amigo.—Benjamin lo sujetó por un brazo—Si te involucras con esa chica y os atrapan, no solo desatarás las iras de su padre, sino también

las de tu cuñado. Dos de los hombres más poderosos de Inglaterra.

—Lo cual no deja de ser irónico, puesto que el duque tiene la mayor colección de amantes del reino—suspiró Oliver—. Me temo que tendré que ser

muy cuidadoso para que no me atrapen, ¿no crees?—Dio otro sorbo a su copa,

sin apartar la mirada de lady Verity. No podía dejar de mirarla, se sentía como una abeja atraída por un panal de miel.

—No creo que seducir a alguien criado por las Hermanas de la Magdalena, o

cómo diablos se llame esa congregación, vaya a ser sencillo—dijo Benjamin.

—Al contrario, amigo. Ella es como un pájaro al que apenas le acaban de salir las plumas, todo inocencia y candor. Caerá en mis redes antes de que pueda darse cuenta de lo que está haciendo.

Reprimiendo una sonrisa, Benjamin le dio a su amigo una palmada en la espalda.—Me alegro de que vuelvas a dejarte ver por los bailes—reconoció—. Eres una fuente inagotable de entretenimiento, con todas esas locuras que se te ocurren.

—Calla y aprende del maestro—respondió Oliver al tiempo que le entregaba su copa vacía y avanzaba hacia la multitud.

Se acercó despacio a Verity, caminando casi pegado a la pared para pillarla desprevenida. La joven estaba en compañía de lady Pierce, su tía paterna, que la

había acompañado en todas sus salidas desde su presentación en sociedad. Vista

de cerca, la hija del conde de Harcourt era incluso más hermosa que a distancia,

con enormes ojos azules y cándidos que observaron a Oliver con curiosidad cuando él se detuvo a su lado.

—¿Me permite este baile?—Aunque dirigió la pregunta a lady Pierce como deferencia, sus ojos estaban fijos en los de Verity y le alegró descubrir que ella

daba un paso involuntario en su dirección. Su tía apretó los labios con un



gesto

de duda pero acabó asintiendo imperceptiblemente.

Ambos comenzaron a girar entre la multitud. Oliver se dio cuenta de que ella conocía a la perfección los pasos de la danza, y su mano se acopló en su pequeña

cintura como si estuviese hecha a medida. Uno de sus tirabuzones se había escapado de su recogido y se hundía en la parte delantera de su corpiño, y él deseó seguir ese camino hacia las profundidades de su escote. Verity lo miró expectante, sin duda esperando a que él iniciase una conversación, pero Oliver se

mantuvo en silencio. Podía notar el pulso latiendo en la muñeca de la chica, que

sujetaba entre sus dedos. Con un movimiento rápido, acarició con el pulgar el antebrazo de Verity, recorriendo la piel blanca con las yemas de sus dedos.

Cuando volvió a mirarla a la cara, sus mejillas tenían un tono más rosado que antes y sus pestañas revolotearon cuando lo miró con el ceño un poco fruncido.

Él le dedicó una sonrisa torcida y levantó una ceja, dándole a entender que podía

detener el coqueteo en cualquier momento, pero en lugar de eso, ella volvió a deslizar su mano en la suya y le dio un ligero apretón. Oliver sonrió. No estaba

mal para alguien que se había criando en un convento.

Cuando terminó la canción, Oliver se despidió con una ligera reverencia y volvió a su lugar en la pared, sin dedicarle ni una sola palabra. El primer asalto

había sido completado. Benjamin lo aguardaba mordisqueando un muslito de

perdiz, con expresión divertida.

—¿Qué le has hecho? Se ha puesto roja como un tomate.

—La técnica secreta del maestro— dijo Oliver, presuntuoso. Volvió a mirar a Verity, que se había reunido de nuevo con su tía. Levantó su copa en dirección a

ambas mujeres, pero en ese momento lady Pierce murmuró algo en el oído de su

sobrina. La sonrisa de Verity se desvaneció súbitamente, junto con el color de sus mejillas, y la joven se alejó de allí a paso rápido, dándole la espalda.

Benjamin soltó una carcajada. —Creo que el maestro ya puede ir despidiéndose de conseguir los favores de la debutante.

—¿Qué le habrá dicho esa vieja bruja?

—A ver...déjame que lo piense...¿Quizá que estás casado con la hermana del duque de Wardington, el anfitrión de esta fiesta?

—¿Y eso es motivo para que me descarte? Simplemente significa que debemos ser más...discretos.

—¿Qué parte de la frase “criada en un convento” no alcanza a entender tu cerebro obtuso?—se burló Benjamin—. Tengo la leve sospecha de que conceptos

como la fidelidad matrimonial o la virginidad, que para ti no son más que nimiedades, tienen un gran peso para ella.

Oliver no respondió. Volvió a mirar a Verity, que seguía dándole la espalda y

se había acercado a hablar con un grupo de muchachas. Incluso vista desde ese

ángulo la chica era deliciosa. Oliver se recreó en la curva de sus hombros, apenas cubiertos por la tela del vestido. Verity inclinaba graciosamente la cabeza

hacia un lado y reía de algo que había comentado otra de las jóvenes: una risa fresca similar a un sonido de cascabeles que a Oliver le provocó un cosquilleo agradable. La anciana lady Pierce captó su mirada y le hizo un gesto de desagrado en la distancia. Oliver sonrió: jamás se daba por vencido y una joven

tan cándida y atractiva como Verity sin duda merecía el esfuerzo. Se volvió de

nuevo a Benjamin, que observaba a los bailarines con aire distraído.

—Te prometo, Benjamin, que esa muchacha estará en mi cama antes de que termine la temporada

Los ojos de su amigo brillaron de diversión mientras sacaba del bolsillo interior de su chaleco un pequeño cuaderno de piel de cordero, con la cubierta muy gastada. Ese objeto los había acompañado desde que eran muy jóvenes y sus páginas recogían muchas de las correrías de los dos amigos, incluidas las apuestas que hacían cuando trataban de divertirse seduciendo a alguna dama.

Cuanto más inaccesible parecía la dama, más alta era la cantidad que apostaban.

No habían vuelto a hacer apuestas desde su matrimonio con Elena, pero Oliver

pensó que esta vez merecía la pena.

Benjamin sacó una fina pluma de pichón y un diminuto frasquito de tinta y miró a su amigo.

—Te auguro una empresa difícil con esa joven. ¿Cuánto quieres apostar?

—¿Cuál es hasta ahora nuestra mayor apuesta?

—Aquella dama alemana, prima de la reina Carlota...la condesa de Strelitz.

No hablaba ni una palabra de inglés.

—Y sin embargo gané la apuesta, si mal no recuerdo—se ufanó Oliver.

—Me atrevo a decir que esta tarea es todavía más difícil—dijo Benjamin—.

Te reto a subir la apuesta.

Oliver evaluó de nuevo a Verity .Por algun motivo, cualquier cantidad que se

le ocurriera le parecía nimia, indigna de esa joven que ejercía un extraño hechizo

sobre él, provocando reacciones raras en su corazón, que pasaba de latir a toda

velocidad a encogerse como si alguien lo apretase dentro de un puño. De pronto

se le ocurrió algo.

—Ainswick Hall—dijo.

—¿Cómo?—Benjamin frunció el entrecejo.

—Ainswick Hall—repitió él—. Si gano la apuesta, accederás por fin a vendérmela.

Oliver vio aparecer la duda en los ojos de su amigo. Ainswick Hall era la casa de campo que Benjamin había heredado de sus padres y en la que ambos amigos habían pasado grandes temporadas durante su infancia. Para Oliver,

la finca representaba tiempos felices, correrías por el campo, cacerías y diversiones

alejados de la brumosa Londres y llevaba tiempo tratando de que Benjamin se la

vendiese. A pesar de que su amigo adoraba la ciudad y apenas pisaba su propiedad del campo, se había mostrado reacio a realizar la venta.

—Ainswick, ¿eh?—dijo Benjamin tras pensárselo un momento—. Está bien.

—¿En serio?

—Si consigues seducir a esa chica, cosa que dudo con todas mis fuerzas, te venderé la finca y la casa por un precio justo—aseguró Benjamin—. Pero si pierdes la apuesta, tú me venderás a *Arrow*.

¿*Arrow*? Oliver se estremeció al pensar en su caballo. Era un pura sangre gris de crines frondosas al que quería casi como si fuese una persona. La idea de deshacerse de él le provocaba escalofríos. Dudando, volvió a mirar a lady Verity,

que en ese momento bailaba con algún petimetre cuyo nombre no recordaba y sintió un fuerte deseo de acercarse arrancar a la joven de sus brazos. Se decidió.

—Trato hecho.

—Bien.—Benjamin le tendió el cuaderno y ambos firmaron—. Te deseo suerte. La vas a necesitar.

~~~~~

Verity estaba deseando que la fiesta terminase. Habían pasado dos semanas

desde su presentación en sociedad y estaba empezando a acostumbrarse a las danzas, al intercambio de fruslerías y a los caballeros que le preguntaban todo tipo de cosas en un intento de ser galantes. Sin embargo ese hombre extraño,

el

de los ojos oscuros como pozos que se había pasado la mayor parte de la noche

pegado a una pared como si temiese que fuese a derrumbarse, no le había dirigido ni una sola palabra. En cambio, le había acariciado el brazo y ese gesto

había despertado más sensaciones en Verity que todos los elogios de los que habían bailado con ella anteriormente.

—¿Quién es ese caballero, tía Etta?- preguntó tratando de mostrar indiferencia.

Lady Pierce la observó con el ceño fruncido. A sus sesenta años sabía más de bailes y galanteos que cualquiera, y no se le había escapado el rubor en las mejillas de su sobrina.

—Es Oliver Wolcott, el conde de Padmore. Te noto agitada. ¿Te ha dicho alguna inconveniencia mientras bailabais?

—No, no ha abierto la boca y sin embargo...me miraba como si quisiese saberlo todo de mi.

Tía Etta resopló.—Ni pensarlo, querida. Está casado. Y con lady Elena, nada menos. La hermana del duque de Wardington.

La cálida sensación que había brotado en su pecho se extinguió como una vela tras una ráfaga de viento.

—¿Y entonces...?—. Se detuvo confusa. Tía Etta le palmeó suavemente la mano—.No todos los hombres que muestran interés en una mujer están

buscando matrimonio, niña. Algunos quieren algo...menos permanente.

Verity alzó la barbilla—. Tendrá que buscar en otro sitio, entonces—zanjó antes de alejarse de allí con pasos tan largos como la falda de su vestido le permitía.

Durante su estancia en el convento, había sido advertida sobre los peligros de caer en las garras de algunos hombres inadecuados, pero ahora, en Londres, comenzaba realmente a entender lo que eso significaba. Hasta ese momento, los

hombres habían sido para ella criaturas distantes y un tanto turbadoras, y los únicos con los que había tenido contacto eran sacerdotes. Ahora estaba rodeada

de ellos, caballeros que la invitaban a bailar, trataban de hacerla reír y la bañaban en piropos y palabras galantes. Verity no era tonta y sabía que el único motivo

por el que su padre la había sacado del convento en cuanto cumplió los diecinueve años era porque esperaba casarla bien, algo que serviría a sus ambiciones personales. De niña solía soñar que algún día se casaría por amor, pero ahora había llegado a la conclusión de que eso era poco probable. Su padre

escogería al candidato más rico, y estos solían ser siempre viejos, poco agraciados y tenían la desagradable costumbre de mirarla como si fuese un capón recién asado. La verdad es que tampoco los jóvenes caballeros que había

conocido hasta ese momento la habían impresionado demasiado. La mayoría estaban demasiado pagados de sí mismos y su conversación era insustancial.

Hasta que llegó Oliver Wolcott, que con solo el roce de su mano en su brazo consiguió que su corazón empezase a latir como un pájaro asustado. Verity nunca había experimentado esa sensación, ni el temblor de piernas al

encontrarse

con su mirada, intensa y oscura, que parecía querer traspasarla. Pero la realidad

era otra: Oliver Wolcott estaba casado y buscaba a alguna muchacha tonta para divertirse. Bien, pues no iba a ser ella, de eso estaba segura.

Verity suspiró. Todo era muy complicado. Por un momento deseó estar de vuelta en el convento, paseando por los jardines floridos y descansando en la quietud de su celda.

Se giró hacia al grupo de damas que descansaban en un rincón entre baile y baile. Su tía le había presentado a varias muchachas de su edad, y Verity las encontraba mucho más sofisticadas que sus compañeras en el convento. Había coincidido ya en varias ocasiones con las hermanas Emmaline y Alice Scott, las

hijas del conde de Tisdale. Ambas eran muy distintas entre sí: mientras que Emmaline era tímida y dulce, Alice tenía la lengua muy larga y no temía decir

lo que pasaba por su cabeza en cada momento. Verity se acercó a ellas, que estaban entre un nutrido grupo de jóvenes aparentemente enfrascadas en una interesante conversación:

—Y la última ha sido la hija de los Whitney, lady Marian. Una auténtica desgracia, sobre todo porque el marqués de Beaucort se había fijado en ella— estaba diciendo lady Sarah Ralston, una joven muy estirada.

—Por supuesto, a partir de ahora el marqués ya no la visitará más—apostilló Emmaline.

—Es una auténtica lástima.—Por el tono en que lo dijo, estaba claro que Alice no lo sentía demasiado.



Verity supo enseguida de que estaban hablando. En los últimos tiempos se habían producido una serie de inquietantes secuestros en Londres: las víctimas eran siempre jóvenes de la alta sociedad que desaparecían como si la tierra se las

hubiese tragado en las circunstancias más variopintas: en medio de un baile, en

un salón de té o incluso a la vuelta de un inofensivo paseo por el campo. Todas

reaparecían varias horas después, aturcidas y desconcertadas y ninguna era capaz de recordar quién las había secuestrado o dónde las habían retenido.

Ninguna de las jóvenes aparecía herida pero cuando eran examinadas por un médico todas tenían algo en común: les habían arrebatado su virginidad.

Estaba

claro que el atacante las drogaba con alguna sustancia que les impedía recordar

nada. El pánico había cundido en la ciudad y a pesar de que incluso el rey Jorge

había puesto a la guardia real a investigar el asunto, el culpable, a quien se le había bautizado como *la Bestia*, parecía haberse esfumado.

—Es terrible—susurró Sarah.—Tengo tanto miedo a la Bestia que apenas puedo dormir por las noches. Tiemblo al pensar que pudiera sucederme a mí.

¡Voy a casarme dentro de tres meses! ¡Sería una catástrofe!

—Desde luego, sobre todo teniendo en cuenta la gran cantidad que tu padre se ha gastado en tu dote—saltó Alice ganándose una mirada fulminante de su amiga.

—¡No lo entiendo!—intervino Verity de repente sorprendiéndolas a todas.

Varios pares de ojos se posaron en ella, que tragó saliva—Esa muchacha, lady Marian, no ha ido por ahí regalando su honra ni ha sido desleal a su prometido...

¿Por qué ha roto el compromiso? ¿Debería haber permanecido a su lado tras un

ultraje semejante!

—Bueno, Verity...—Alice carraspeó—. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

Ella quedó mancillada. Un caballero no puede casarse en esas circunstancias.

*Caballero*, pensó Verity. De pronto esa palabra le parecía extraña, inapropiada. Si esos nobles fuesen realmente caballeros, se mantendrían al lado

de las mujeres que habían escogido para compartir su vida. No huirían del dolor

y del escándalo como...cobardes.

—Yo acabo de comprometerme con lord Bolton.—dijo Emmaline con voz

tranquila, echando una mirada a su futuro esposo que conversaba cerca con otros

hombres—. Sé que me ama mucho, pero estoy segura de que si me sucediese

algo así, también cancelaríamos nuestro compromiso, por mucho que le doliese.

Verity miró a lord Bolton. Era un joven rubio y afable y era cierto que parecía muy enamorado de Emmaline. Los ojos le brillaban cada vez que

hablaba o bailaba con ella. ¿Realmente sería capaz de dejarla plantada en una situación así? Verity se negaba a creerlo. Estaba a punto de abrir la boca para expresar de nuevo sus ideas cuando una mujer se acercó al grupo,

provocando que las jóvenes damas se envarasen y compusiesen sonrisas tensas. Verity

reconoció a Harriet Moore, la amante del duque del Wardington. Era la primera

vez que la tenía tan cerca y se dio cuenta de que era muy joven, casi de su edad,

con una chispeante sonrisa y una melena oscura y rizada que caía salvaje sobre

sus hombros.

—¿Puedo unirme a la conversación? ¿Qué es eso tan interesante que discutís?  
—preguntó alegremente.

—Estábamos hablando de la Bestia—respondió Sarah—. Y de cómo ciertos caballeros se han visto obligados a romper sus compromisos tras los ataques a sus prometidas. Aparentemente algunas no están de acuerdo con eso—remató

mirando a Verity con los labios apretados.

—¿Oh?—Harriet se volvió hacia ella, una chispa de diversión bailando en sus ojos castaños.

—Yo solo decía que las mujeres estamos en una posición muy injusta—se defendió Verity.—Rara vez se nos permite casarnos con quien deseamos, los hombres deciden por nosotras a su antojo, nos miden en función de la dote que

podamos aportar e incluso se permiten el lujo de rechazarnos si nos sucede algo

tan horrible como lo que han sufrido esas chicas...—Verity se detuvo,

acalorada.

Las otras muchachas la miraban boquiabiertas, como si estuviese hablando un idioma desconocido para ellas. Solo Harriet asentía sonriente a sus palabras.

—¡Vaya! Me has dejado impresionada. Cualquiera diría que has pasado toda tu vida en un convento en medio de los páramos—dijo—. Si mi opinión sirve de

algo, opino que tienes toda la razón.

Verity le devolvió la sonrisa. Le gustaba esa chica, aunque desaprobaba que mantuviera un romance con un hombre casado. Por las miradas que las otras jóvenes le dirigían, estaba claro que la despreciaban aunque no se atrevían a mostrarlo públicamente por la posición que ocupaba en el entorno del duque.

La conversación se vio interrumpida cuando varios jóvenes se acercaron a ellas para pedirles un baile. Alice tocó levemente el brazo de Verity y se inclinó

hacia ella antes de unirse a su pareja.

—No escuches a Harriet Moore—susurró—. No es una de nosotras y cuando el duque se canse de ella se convertirá en una paria. Sé que acabas de llegar a Londres y todo es nuevo para ti, pero si quieres encajar debes mantenerte alejada

de las ideas de gente como ella.

Sin darle tiempo a responder, Alice encaró sonriendo a su pareja y

comenzaron a bailar. Verity aceptó el requerimiento de un joven larguirucho que

tenía una especie de tic facial y la mala costumbre de pisarla continuamente.

Mientras trataba de esquivar sus enormes pies, pensó que si eso era la representación de la alta sociedad en la que se suponía que debía encajar, no estaba segura de querer hacerlo.

## CAPITULO 2

Verity entró en la biblioteca de su padre para devolver un libro que había cogido prestado y se sorprendió al encontrarlo allí a aquella hora del día, en compañía de un hombre al que no había visto antes. El extraño era alto y musculoso, vestido con ropa de montar y con un rostro que, pese a su juventud,

parecía rudo y curtido como si estuviese acostumbrado a pasar mucho tiempo al

aire libre. Tenía la nariz ancha y firme, los labios gruesos y los cabellos rubios

que caían hasta casi sus hombros. Ambos hombres se levantaron al verla y ella

se detuvo en el umbral, azorada.

—No sabía que estabas reunido. Volveré más tarde.

—No, niña. Adelante. Quiero que conozcas a mi invitado.

Verity avanzó unos pasos, todavía algo intimidada por ese padre que hasta hacía pocas semanas había sido un desconocido para ella. El conde de Harcourt

había sido un hombre fornido en su juventud, casi un gigante, y todavía tenía un

aspecto imponente. Su cabello castaño estaba veteado de gris y su barba era muy

tupida.

—Te presento a Samuel Crosby. Su padre, el barón de Gillett, fue un gran amigo mío en mi juventud, y me salvó la vida una vez tras un accidente de caza.

Samuel ha regresado a Inglaterra después de pasar muchos años en el continente

y se quedará con nosotros como mi secretario personal. Tal vez salgamos de caza

mañana. Me gustaría comprobar si el muchacho ha heredado la bravura de su padre.

Verity sabía que la caza era una de las principales aficiones del conde y también que una mala caída durante su juventud había estado a punto de costarle

la vida. Todavía cojeaba un poco por ese motivo.

—Padre, no puedes estar considerando ir de cacería a tu edad—dijo sin pensar.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa con mi edad?— Se palmeó el pecho con bravuconería—. Soy mejor cazador que la mitad de esos jóvenes haraganes que

pululan por los bailes de Londres persiguiendo a jovencitas como tú.

—Está bien. Lo que prefieras.—concedió Verity

Su padre resopló y volvió de nuevo su atención a su invitado.— Samuel, esta

es mi hija Verity. Perdona su falta de modales; aparentemente le enseñaron a expresar sin ton ni son sus opiniones en el convento, incluso cuando es evidente

que no tiene ni idea de lo que está hablando.

Verity sintió que sus mejillas ardían, pero saludó a Samuel Crosby sin bajar la mirada.

—Es un placer conocerle. Espero que su estancia en nuestra casa sea pacífica y feliz—dijo.

—Gracias, milady.

Su voz era ronca y tan áspera como su mano cuando tomó delicadamente la de Verity para rozarla con sus labios. Tenía los ojos azules y obsequió a la chica con una amplia sonrisa de complicidad a la que ella respondió espontáneamente.

Samuel parecía agradable y jovial y no había en él ni rastro de la afectación o la

altanería de los jóvenes nobles que Verity había conocido en las últimas semanas. De hecho, ninguno de ellos le había causado tan buena impresión como

Samuel Crosby. *Excepto Oliver Wolcott*, pensó sin poder evitarlo. Se mordió el labio. No, no debía pensar en el conde de Padmore; ni en su sonrisa torcida ni en

sus ojos oscuros como lagos al anochecer. Era un hombre peligroso y además estaba casado. No tenía la más mínima intención de convertirse en una de sus conquistas.

Sonrió de nuevo a Samuel, que la miraba intrigado como si tuviese la capacidad de leer sus pensamientos.

—Si me disculpan, iré a asegurarme de que el ama de llaves ha arreglado la habitación de nuestro invitado—dijo.

Su padre asintió con la cabeza y ella devolvió rápidamente el libro a su lugar.

Mientras salía de la biblioteca pudo sentir la mirada de Samuel Crosby sobre ella, como un águila acechando la huida de una liebre.

Esa noche, los dos hombres se reunieron con Verity y tía Etta ante la enorme mesa alumbrada por candelabros. A Verity todavía le costaba acostumbrarse a las opíparas cenas en la casa de su padre, donde nunca faltaban el vino y las enormes fuentes de carne asada. Todo muy diferente a las frugales y tranquilas

comidas del convento. Además, la presencia de Samuel Crosby la intimidaba. De

nuevo sentía sus ojos clavados en ella, como dos potentes antorchas, pero cuando miraba en su dirección, él apartaba la vista, como azorado. Ella decidió

que probablemente era muy tímido y estaba poco acostumbrado al trato social.

—Me alegro de que hayas dispuesto vigilantes nocturnos, Philip—comentó

tía Etta sorbiendo delicadamente su sopa—. Todo este asunto de la Bestia me tiene muy nerviosa. Y ahora que tenemos a la niña en casa...

—Ese malnacido no entrará en esta casa, puedes estar segura—gruñó el

conde—. He apostado a mis mejores hombres y todos están bien alerta. Diablos,

yo mismo le volaría la cabeza si osase entrar aquí. Ningún esfuerzo es

demasiado para defender a mi hija, ¿no es así, niña?

Verity resopló en voz baja. La predisposición de su padre a proteger su virtud

a toda costa la hubiese conmovido más si no supiera que el principal motivo era



el de buscarle un matrimonio que incrementase el prestigio de la familia.

—La otra noche, en el baile en casa del duque de Wardington, todo el mundo hablaba de ello—comentó—. Se dice que la última de sus víctimas es la prometida del marqués de Beaucort.

—Yo también lo he oído—intervino tía Etta—. Por supuesto, él ya no se casará con ella después de lo sucedido. Una pena. Hacían una pareja encantadora

y ella había conseguido un partido por encima de su posición. He oído que el marqués estaba desolado, pero no le quedó más remedio que anular el compromiso.

Verity sintió una nueva oleada de ira. Su tía hablaba igual que las muchachas en el baile, compadeciéndose de la joven y asumiendo como algo natural que su

vida quedase arruinada después de haber tenido la mala suerte de cruzarse con un criminal.

—¡No es justo!—exclamó tirando la servilleta sobre su plato de un modo muy poco femenino.

—¿Querida?—Tía Etta parecía confusa.

—¿Por qué al marqués no le quedó más remedio que anular el compromiso?

¿Acaso esa chica tiene la culpa de lo que le ha pasado?

—Bueno, querida, claro que no; pero comprenderás que...

—¡El marqués de Beaucort es un lord de Inglaterra!—bramó su padre—. No

puede casarse con una joven mancillada...sin virtud. ¡Sería un escándalo!

—¡No fue culpa suya!—gritó Verity.

—¡Aún así! ¡Se trata de un lord de Inglaterra!- repitió el viejo conde como si esa frase lo zanjase todo.

—Por lo que he oído desde que llegué a Londres, la mayoría de esos lores de Inglaterra no son precisamente virtuosos—gruñó Verity.—La amante del duque

de Wardington apenas abandonó su regazo en toda la noche. ¡Con su esposa en

la misma casa!

—¡Verity!—tía Etta la miraba horrorizada, como preguntándose de donde había sacado su cándida sobrina aquellos comentarios tan malintencionados. El

conde dio un golpe en la mesa que hizo temblar toda la cristalería.

—¡Mide tus palabras!—rugió—. Estoy empezando a pensar que ese

convento era un nido de víboras, si es que has aprendido allí a hablar de esa manera. Es una lástima que tus habilidades de bordado no sean tan ágiles como

esa lengua que tienes. Te serían mucho más útiles.

—Nunca he tenido una palabra de queja sobre mis habilidades de bordado, padre.—Verity temblaba de ira—. Aunque no veo la utilidad que puedan tener, más allá de adornar las servilletas que estás usando para limpiarte la cara. Si me

disculpan, creo que se me ha quitado el apetito.

Ignorando los gemidos de tía Etta, Verity se levantó de la mesa. Su padre le hizo un hosco gesto de despedida y Samuel Crosby, que se había mantenido en

silencio, se levantó respetuosamente e inclinó la cabeza hacia ella. Frustrada y enfadada, esperó a estar fuera del comedor para recogerse las faldas y echar a correr hacia la tranquilidad de su habitación.

~~~~~

Verity cerró los ojos en la oscura quietud de la iglesia. Había ido con su tía a

Mayfair, a visitar a la modista que confeccionaba su vestuario. A pesar de que despreciaba las “bobadas femeninas”, como él las llamaba, el conde no había puesto pegas a la hora de desembolsar una buena cantidad de dinero para proveer a su hija de lo necesario para brillar en sociedad. Tía Etta estaba emocionada como una niña, en cambio Verity se sentía asfixiada. No estaba acostumbrada a que un grupo de mujeres la rodease, midiéndola, vistiéndola y opinando sobre ella como si fuese una oveja lista para llevar al mercado. El corsé la asfixiaba, los crujientes encajes le provocaban sarpullido, el armiño le hacía cosquillas y la seda tenía una textura tan líquida que le daba escalofríos.

Echaba de menos los sencillos vestidos que usaba en el convento, con faldas livianas que le permitían moverse rápido.

Harta de telas, cuando salieron a la calle le dijo a tía Etta que quería rezar un

poco en la Iglesia de St Paul, una pequeña capilla en la que ya había estado otras

veces. La anciana había aceptado y la había dejado allí por diez minutos en compañía de su doncella, mientras ella aprovechaba para visitar a un curtidor de

pieles en la misma calle.

En realidad, Verity no tenía intención de rezar. Solo quería relajarse durante un rato en el ambiente familiar de la iglesia, donde el olor a incienso y los techos abovedados le traían recuerdos de su infancia en el convento, cuando no había ninguna preocupación en su mente. Cerró los ojos, tratando de imaginarse que en

vez de aquella iglesia en Londres estaba en su querida capilla del convento y pronto oiría la voz de la hermana Margaret llamando a las novicias a comer. Oyó

pasos en el enlosado de la iglesia pero no prestó atención, imaginando que se trataría de alguien que como ella buscaba el silencio y la quietud.

De repente, sintió en el cuello una ráfaga de aire, como si alguien se hubiese movido a su lado. Asustada, abrió los ojos y de inmediato los volvió a cerrar, creyendo que había visto un fantasma. No podía ser verdad. Los abrió de nuevo

y allí seguía él, el mismísimo Oliver Wolcott, arrodillado a su lado, en el reclinatorio y con los ojos cerrados como si estuviese en medio de una fervorosa

oración. Verity echó un vistazo a su alrededor. La iglesia estaba vacía, a excepción de Amy, su doncella, que aguardaba varios bancos más atrás. Volvió a

mirar a Oliver, que seguía quieto e imperturbable. Se dio cuenta de que su perfil era perfecto, como el de una estatua griega, con una nariz recta y una

barbilla firme en la que se dibujaba un hoyuelo que parecía diseñado para acariciarlo. Verity sintió el súbito deseo de hacerlo, tan fuerte que sus manos palpitaron alrededor de las cuentas del rosario. Se puso en pie bruscamente, dispuesta a marcharse, y en ese momento la mano de Oliver se cerró sobre su muñeca como un resorte.

—Por favor, no te vayas.—Ella titubeó y Oliver aprovechó su ventaja—. No quisiera interrumpir tus oraciones.

Su voz tenía en ella el mismo efecto que el hoyuelo de su barbilla: atrayente, embriagadora. Verity sacudió la cabeza como para deshacerse de un ensalmo y

habló con voz crispada:

—Y sin embargo, has venido aquí con la intención de hacer precisamente eso. He venido muchas veces a esta iglesia y jamás te había visto hasta hoy.

—Muy bien. Admito que te he buscado.—Oliver la miró todavía arrodillado, con expresión de niño pillado en falta—. No he vuelto a verte desde el baile en

casa del duque de Wardington y sin embargo has ocupado mi mente todos los días.

Su expresión parecía tan sincera que Verity estuvo a punto de confesarle que ella también había pensado en él mucho más de lo debido.

—No me gustan demasiado los bailes. Son lugares tontos y...aburridos— dijo en cambio.

Oliver rió.—¿Tontos y aburridos? Extraña forma de hablar para una muchacha de tu edad. Pero coincido contigo, son muy aburridos y muy tontos, sobre todo desde que tú has dejado de frecuentarlos.

Su mano acarició la de ella, que aún mantenía presa, con el mismo movimiento lento y subyugante con el que la había acariciado cuando

bailaron en casa del duque. Verity se soltó.

—Estás casado, *milord*—dijo escupiendo el tratamiento formal como si le lastimase en la boca.

—Lo estoy.—Oliver la miró muy serio—. Fue un terrible error.

Verity ardió de ira de nuevo. Otra vez estaba ahí la sensación de impotencia, la certeza de que las jóvenes como ella no eran más que un juguete en manos de

los hombres. Pensó en las muchachas que pasaban semanas acicalándose, puliendo sus modales y su vestuario y poniendo todas sus ilusiones en encontrar

un marido para después terminar con hombres como Oliver, que no las respetaban y las consideraban un error.

—¿Es eso lo que crees que es el matrimonio? ¿Un simple error?—siseó mirándolo con odio.

—Cuando se trata de la mujer equivocada, sí.

Verity entornó los ojos.—¿Y cómo es que te casaste con la mujer

equivocada? ¿Acaso te lo ordenó tu padre? Permíteme que lo dude. Solo a nosotras se nos imponen matrimonios para beneficiar a otros.

—Te equivocas. También los hombres hacemos a veces cosas desagradables por obligación. Todavía conoces poco del mundo, pequeña Verity.

—Conozco lo suficiente como para saber la mayoría de los que se hacen llamar “caballeros” en Londres carecen del más mínimo sentido del respeto o

de

la decencia....Se limitan a tratar a las mujeres como si fueran pájaros exóticos,

encerrados en jaulas de barrotes dorados.

Oliver se quedó mirándola boquiabierto. Verity pensó que iba a enfurecerse como su padre, quizá acusarla de haber perdido la razón. Sin embargo él se limitó a asentir, con expresión reflexiva.

—No te falta razón. El mundo es injusto para muchos. Pero también existen mujeres que encarcelan a sus esposos tras barrotes dorados, vigilándolos como el

halcón que vigila al jilguero.

Verity frunció el ceño, confusa. Oliver parecía hablar para sí mismo y tenía una expresión de melancolía pintada en el rostro. ¿Estaría refiriéndose a alguien

en concreto? ¿A su esposa, quizá? ¿O sería solo una de sus tretas para conseguir

que ella bajase la guardia?

—Puede ser—dijo fingiendo un bostezo—. De todas formas no tengo tiempo para charlas. Mi tía me espera. Vamos, Amy.

Trató de alejarse pero Oliver la sujetó de nuevo por el brazo. Verity le miró alzando mucho las cejas.

—Si no me sueltas, gritaré—susurró.

—Te dejaré ir con una condición. Dame un beso.

—Ni en sueños.

—Entonces te lo daré yo a ti.

Oliver se inclinó peligrosamente hacia ella y Verity se quedó congelada por un momento, debatiéndose entre la indignación y la curiosidad por cómo sería sentir los labios de Oliver sobre los suyos. Estaban tan cerca que podía percibir

su aliento cálido y su perfume a eucalipto. Sin poder evitarlo cerró los ojos, odiándose por ser tan débil.

Sin embargo, Oliver no la besó en los labios. En cambio depositó un suave beso en su mano, acariciando con sus labios cada uno de sus dedos, como si estuviese saboreándolos. Un escalofrío recorrió su columna. Otros jóvenes le habían besado antes la mano al despedirse tras un baile, pero aquello era algo muy distinto. Verity abrió los ojos y se encontró con la mirada divertida de él.

—Basta ya—dijo recobrando la compostura y soltándose de golpe.

—Como digas, *milady*—sonrió él imitando el tono de voz que ella había usado antes al llamarle milord.

Verity hizo una seña a su doncella y echó a andar mucho más rápido de lo que se consideraría apropiado para una dama hacia la salida de la iglesia.

Todavía le dio tiempo a oír la voz suave de Oliver a sus espaldas.

—Sé que volveremos a vernos muy pronto. Pensaré en ti todos los días.

Verity no respondió. Todavía podía sentir en su interior la ola de calor que el extraño intercambio con Oliver le había provocado, como un mar de lava. Se detuvo vacilante en la puerta de la iglesia y miró hacia atrás; él se había



vuelto a arrodillar en el reclinatorio, con todo el aspecto de un hombre muy necesitado

que estuviese orando por algo que anhelaba profundamente.

~~~~~

La lluvia repiqueteaba en los cristales: un chaparrón primaveral que había oscurecido el cielo llenándolo de nubarrones oscuros. Verity removi6 su t6 con la

cucharilla de plata, trazando figuras en los posos del fondo. Jam6s lograría acostumbrarse al t6 aguado e insípido. Al menos, los Scott tenían una cocinera excelente y los pastelillos estaban deliciosos. Se estaba aburriendo

soberanamente. La condesa de Tisdale, la madre de Alice y Emmaline, la había

invitado a tomar el t6 junto con tía Etta y algunas otras damas de la alta sociedad y la conversaci6n le resultaba tan soporífera que le costaba mantener los ojos abiertos. ¿C6mo podía dar tanto de sí un debate acerca de si el color azul pavo

real era m6s elegante que el verde menta para los vestidos de verano? Si escuchaba una vez m6s las palabras “vainica” o “drapeado” iba a ponerse a gritar.

Pase6 la vista por el sal6n. La mayoría de las invitadas eran j6venes de su edad y puesto que la primavera era la temporada de bodas en Londres, muchas

de ellas estaban a punto de casarse. Las que todavía no estaban prometidas miraban envidiosas a sus amigas, sin duda deseando ser las siguientes.

—¿Y tú querida? ¿C6mo te ha ido la temporada hasta ahora?—le pregunt6 la condesa de Tisdale.

Verity dej6 de remover su t6. La madre de Alice y Emmaline era una mujer

robusta, de nariz aguileña y ojos agudos que siempre parecía estar juzgando todo

lo que pasaba a su alrededor.

—Eh...pues...—farfulló.

Emmaline acudió en su ayuda.

—Le va muy bien, mamá. Su carnet de baile está siempre lleno. ¡El marqués de Drew la miraba con ojos de cordero degollado el otro día!

Verity dio un respingo. El marqués de Drew era un joven rechoncho que abusaba del perfume de lavanda y parecía incapaz de pronunciar dos frases seguidas sin mencionar el dinero de su familia. El hecho de imaginárselo mirándola como un cordero degollado le resultaba...inquietante.

—¡Oh, eso es una excelente noticia!—Tía Etta se unió encantada a la conversación—.El marqués de Drew es un gran partido, querida. Tu padre se pondría muy contento.

—En realidad apenas he cruzado un par de palabras con él—dijo Verity poniéndose en pie bruscamente. Tía Etta la miró preocupada.

—¿Te sucede algo, querida?

—No...no...Solo me siento un poco acalorada de repente. Me gustaría refrescarme un poco.

Salió de la estancia ante la mirada estupefacta de todas. Antes de cerrar la puerta tras de sí alcanzó a oír el susurro nervioso de tía Etta:

—A la pobrecilla le cuesta acostumbrarse. Mi hermano debió sacarla del convento mucho antes, yo se lo advertí. Si me hubiera hecho caso...

Renunciando a seguir escuchando, Verity echó a andar por el largo pasillo que estaba ricamente alfombrado y flanqueado de retratos de los antepasados de

los Scott: caballeros con pelucas blancas y damas de elegantes vestidos. Al fondo, tras una puerta cerrada, se oía bullicio y fuertes carcajadas, ya que el conde de Tisdale había invitado a unos cuantos caballeros a beber brandy y fumar cigarros recién traídos del Nuevo Mundo. Aparentemente, se estaban divirtiendo mucho más que las señoras de la estancia contigua.

De repente la puerta del despacho se abrió y un hombre salió con un libro en la mano. Los ojos de Verity se abrieron como platos. No podía ser; allí estaba él

de nuevo, apareciendo como un espíritu para sorprenderla cuando menos se lo esperaba.

—Te dije que muy pronto volveríamos a vernos. ¿Estabas buscándome, quizá?—dijo Oliver Wolcott con una sonrisa torcida.

—¿Qué? No... ¡Claro que no! Ni siquiera sabía que estabas aquí—Verity comenzó a retroceder como un cangrejo, arrastrando los pies. Oliver alzó una mano para detenerla.

—Bueno, pues yo sí estaba buscándote a ti. Me enteré de que las Scott te invitarían esta tarde. Es una suerte que nos hayamos encontrado en el medio del

pasillo, ¿no te parece? Eso me ha evitado tener que irrumpir en el salón de té en

tu búsqueda, escandalizando a todas esas señoras envaradas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Darte esto.—Le tendió el libro, que estaba forrado en piel de novillo

—.Creo que podría interesarte leerlo.

Verity leyó el título: " *De l'égalité des deux sexes, discours physique et moral où l'on voit l'importance de se défaire des préjugés* ", de Pouillan de la Barre.

—Hablas francés, ¿no es verdad?—preguntó él.

—Sí, en el convento tomaba lecciones. "*De la igualdad de los sexos;*

*discurso físico y moral sobre la importancia de deshacernos de los*

*prejuicios*" —tradujo. Alzo la mirada hacia Oliver—¿Por qué crees que puede interesarme?

—Bueno, después de tu vehemente discurso acerca de las jaulas doradas el otro día imaginé que estos asuntos te interesaban.¿Tengo razón?

—Me interesan—admitió Verity—. Sin embargo dudo mucho de que te interesen a ti.

—Como te dije el otro día, querida mía, a veces las apariencias engañan—

Oliver le guiñó un ojo y ella se sorprendió a si misma devolviéndole la sonrisa,

encandilada de nuevo por su expresión de niño travieso y el hoyuelo de su barbilla, que se le marcaba al sonreír como un pequeño cráter.

—Bueno...Gracias, supongo.

—Es un préstamo—dijo él—.La semana que viene hay un baile en casa de los

Hardy al que todo el mundo asistirá y puedes devolvérmelo allí. Así tendré una

nueva excusa para verte. Ten en cuenta que es un libro muy pesado, así que no se

lo lances a nadie a la cabeza en uno de tus arrebatos de mal genio.

El sonido de una puerta impidió a Verity contestar. Alguien más salió del despacho del conde de Tisdale y Verity se sorprendió al reconocer a Harriet Moore. Imaginó que habría acudido con su amante, el duque de Wardington, aunque era muy inusual que las mujeres asistiesen a ese tipo de reuniones masculinas. Aparentemente, las normas y convenciones no se llevaban

demasiado bien con Harriet.

—¡Oh!—Harriet se detuvo en medio del pasillo al verlos allí parados, mirándose uno al otro. Sonrió al ver que enrojecían—. ¿Interrumpo algo?

—No... Yo ya me iba.—Verity enrojeció y apartó la mirada de Oliver

—Lady Verity y yo nos encontramos por casualidad y estaba prestándole un libro—explicó Oliver sonriente—. Será mejor que vaya a reunirme de nuevo con

esos ebrios caballeros. El barón de Arsen estaba contando unos chistes buenísimos.

Con un guiño, entró de nuevo en el salón y Harriet miró a Verity sonriente.

—El conde es muy atractivo, ¿verdad?—susurró

—¡Oh! Yo... sí, supongo que sí. No lo sé...—Verity enrojeció de nuevo. No estaba dispuesta a admitir ante nadie que Oliver Wolcott le parecía guapísimo, por mucho que la expresión de complicidad de Harriet invitase a las confidencias

—. Será mejor que entre de nuevo en el salón de té. Las otras señoras deben

estar preguntándose dónde me he metido.

—Ah, sí, uno de los aburridos tés de lady Scott. A mí no me invitan. Ya te habrás dado cuenta de que no me consideran una de ellas. En cambio Arthur me

ha pedido que le acompañase. No es que las conversaciones sobre caza o la situación de las colonias sean muy interesantes, pero definitivamente son mejores que los debates sobre moda.

Harriet soltó una carcajada y Verity se la quedó mirando. Le fascinaba y asombraba el modo en que la joven hablaba con libertad de su relación ilícita con el duque de Wardington, que por lo visto no tenía reparos en pasear a su amante por sus compromisos sociales. Y al parecer, los hombres allí reunidos también veían normal que el duque asistiese con su amante, en vez de con su

esposa. Harriet se dio cuenta de que la expresión aturdida de Verity y le guiñó un ojo.

—¿Te he escandalizado? Lo siento. No debes estar acostumbrada a los tejemanejes de Londres, más aún viniendo de un convento. Sin embargo, el otro

día en la fiesta me pareció que tenías tus propias ideas. Y una forma de pensar

mucho más adecuada que la de esas mosquitas muertas de ahí dentro.

—Creo que las mujeres deberíamos tener más voz en asuntos que nos atañen.

Como el matrimonio...o las relaciones—dijo Verity.

—Muy cierto.—Harriet señaló el libro que Verity llevaba en la mano—. Veo que te gusta leer. Te recomiendo que leas *El Acta de las Vanidades*. Es una gaceta semanal. Muy irreverente, incluso el rey Jorge la ha prohibido. Pero sus

ideas sobre los derechos de las mujeres son interesantes. Ahora mejor que vuelvas dentro o pronto tendremos aquí una bandada de damas escandalizadas al

verte en mi compañía.

Harriet se dio la vuelta para regresar al despacho del conde y Verity entró de

nuevo en el salón de té. Mientras correspondía a las corteses sonrisas de las mujeres, se dijo que había sido una tarde interesante. Seguía sin saber la diferencia entre un ribete y un respunte, pero al menos ahora tenía material de

sobra para fomentar su educación literaria.

### CAPITULO 3

Verity bordaba en el jardín, bajo la sombra de un enorme sauce. Tras varios

días lluviosos, había salido el sol y soplaba una suave brisa. El jardín era pequeño, aunque apropiado para la mansión de su padre, con un patio contiguo

que incluía una caballeriza y discretos parterres abonados en los que todavía florecían las rosas que su madre había plantado muchos años atrás. Había oído que los jardines de la villa de campo de su padre, a las afueras, eran mucho más

espectaculares aunque apenas los recordaba de su infancia.

Un mozo salió de la caballeriza sujetando las bridas de un caballo que Verity

no había visto nunca. Supuso que se trataba de la montura de Samuel Crosby, el

nuevo secretario. Era un ejemplar magnífico, negro y poderoso como los

caballos de los cuadros que representaban batallas. Mientras el mozo lo

ensillaba, Samuel salió de la casa poniéndose los guantes de montar. Verity apretó los labios. No había vuelto a verlo desde la cena la noche de su llegada,

cuando su padre se había burlado de ella por tener opiniones propias. El hombre

pasaba la mayor parte del día en la biblioteca, ocupándose de las cuentas y los

asuntos del conde y a pesar de que le había caído simpático cuando se conocieron, ahora no le despertaba ninguna confianza, pues imaginaba que alguien que pasaba tanto tiempo con su padre, por fuerza habría de impregnarse

de sus ideas retrógradas.

—Buenos días, milady—saludó él.

—Buenos días. ¿Vienes a ver si mi bordado ha mejorado lo suficiente para los gustos de mi padre?—respondió ella.

—No soy apto para juzgar ese tipo de arte, aunque si me permites decirlo, opino que tus bordados son magníficos.

Verity alzó la cabeza para mirarlo. Allí, bañado por el raro sol londinense, su cabello rubio parecía enmarcado por un halo luminoso, como si llevase una corona. Verity no pudo evitar pensar en Oliver, en su sonrisa torcida y en su hoyuelo en la barbilla. Ambos hombres no podían ser más diferentes, mientras

que Oliver era moreno y elegante y un aura de misterio lo envolvía, Samuel era casi dorado, como el querubín de un retablo, con su cabello pajizo y sus ojos de

un azul acuoso.



Un ruido a sus espaldas los sobresaltó a ambos. El caballo negro parecía haberse puesto muy nervioso de repente: bufaba y piafaba y trataba de

encabritarse mientras el mozo hacía esfuerzos por sujetar las bridas. Samuel frunció el ceño.

—¿Qué ocurre Timothy?—preguntó—. Es extraño que se comporte de esa manera. Se volvió hacia Verity—. *Noir* fue un caballo de batalla. Lo conseguí muy barato ya que el dueño quería deshacerse de él porque se pone muy nervioso cuando puede oler sangre. El resto del tiempo es un caballo excelente.

—¡Oh!—El mozo de cuadra titubeó. Alzó ambas manos, cuyas palmas estaban cuarteadas y ensangrentadas—. Entonces es posible que sea esto lo que

lo altere.

—¿Cómo te has hecho eso?—preguntó Verity horrorizada—. Déjame ver.

El muchacho, que no debía tener más de catorce años, trató de ocultar ambas manos a su espalda.

—No, milady, no debe preocuparse por mis manos.

—Mi trabajo es administrar la casa de mi padre y como tú eres parte de ella

me preocuparé por tus manos si así lo deseo—dijo Verity con severidad

—Ahora

déjame verlas.

El chico le tendió una de sus manos y ella la examinó de cerca.—¿Cómo te

has hecho eso?

—Sabañones—confesó él, enrojeciendo hasta la raíz del cabello.

—Bueno. Te llamas Timothy, ¿verdad? Conozco un ungüento que puede aliviar tu problema. Prepararé un poco para ti. Puedes volver a tus obligaciones.

—Gracias, milady.

Timothy se apresuró a regresar al establo y Verity se enfrentó de nuevo a la mirada de Samuel Crosby, que acariciaba suavemente las crines del caballo para tranquilizarlo.

—Has sido muy amable con el chico—dijo.—Timothy lleva años sirviéndome y tu padre ha tenido la amabilidad de contratarlo a él también cuando me dio el puesto de secretario. El pobre muchacho no tenía ningún otro

lugar a donde ir.

—Mi padre no hace nada de forma desinteresada. Le habrá dado techo y comida, pero a cambio de que trabaje para él de sol a sombra, con sabañones o

sin ellos—respondió Verity secamente.

—No tienes a tu padre en mucha estima, me parece.

—Para él solo soy algo de lo que obtener beneficio, como una vaca o una oveja a la que quiere vender al mejor postor. Sin embargo, tú pareces tenerle mucha simpatía.

Samuel se encogió de hombros.

—Mi padre era barón, provenía de una larga estirpe de nobles menores.—

dijo—. Tenía una pequeña fortuna y de haberla administrado sabiamente hubiéramos podido vivir muy bien. Sin embargo la dilapidó en juegos de azar y

una larga sucesión de mujerzuelas. Así que tuve que aprender a ganarme la vida,

sin estar acostumbrado al trabajo físico ni tener ninguna habilidad. Tu padre ha

sido muy amable de llamarme a su servicio.

El dolor rezumaba de las palabras de Samuel y ella lo observó con más atención. Debió ser muy duro para él presenciar la ruina de su familia, a manos

de un padre manirroto. Sintió una oleada de simpatía.

—He oído que pasaste la mayor parte de tu vida en el continente.

—Mi padre huyó de Inglaterra cuando la vergüenza y las deudas fueron demasiado para él. Nos establecimos en Francia durante muchos años, hasta que

él falleció de cirrosis.

—París debe ser un lugar hermoso. Tengo unas amigas que vivieron allí también, las hermanas Scott. Quizás las conozcas, son las hijas de los condes de

Tisdale.

—Las conocí en el pasado. De niños fuimos compañeros de juegos—Samuel se había puesto serio, parecía casi molesto—. Claro que su familia nunca tuvo problemas económicos. He oído que una de ellas se ha prometido con un

marqués.

—Es cierto. Emmaline ha tenido suerte, pues el marqués de Bolton es joven y apuesto y parece estar muy enamorado de ella.

Samuel rechinó los dientes, una sombra de dolor atravesando su rostro.

Verity imaginó que debía ser terrible para él ver que sus conocidos prosperaban

en la alta sociedad mientras él había perdido su fortuna y tenía que sobrevivir empleado por otros.

—Para ellas la vida ha sido fácil—murmuró él—.En cambio yo...Llegó un momento en que incluso nuestro antiguo mayordomo tenía más posesiones que

nosotros. Tuve que alejarme de todo lo que amaba, sin esperanzas de recuperarlo.

Samuel hablaba casi para sí, como si hubiese olvidado que Verity estaba delante. Ella imaginó que quizá había tenido que dejar atrás a alguna mujer de la

que estaba enamorado, quizá una noble francesa.

—Al menos tu padre se preocupa porque tengas un futuro acomodado, al contrario que el mío—añadió él mirándola—. Deberías ser más indulgente con él.

—Es difícil hacerlo cuando apenas lo conozco—repuso Verity con frialdad—

Ayer partió hacia su propiedad en el campo y he tenido que enterarme por el mayordomo de que no volverá hasta dentro de tres días. Solo porque soy una

mujer no significa que no pueda pensar y hablar por mí misma.

—Bueno, has demostrado que eso es verdad—dijo Samuel sonriendo.

—¿Y eso te hace tener deseos de mandarme callar, como hace mi padre?

—Al contrario, me hace desear pincharte un poco más para que des rienda suelta a tu vehemencia.

Era la primera vez que bromeaba con ella y Verity se sorprendió a si misma pensando que tenía una sonrisa encantadora, cálida y amable. Ningún hoyuelo en

la barbilla, sin embargo.

—Veo que te gusta leer.—Samuel señaló el libro de Poullain de la Barre que Verity había dejado en el cesto de costura—.Y te interesan temas controvertidos,

además.

—No soy la única—repuso Verity—.O de lo contrario no existirían publicaciones como *El Acta de las Vanidades*.

—¿Has estado leyendo ese panfleto?—Samuel parecía alarmado.

—No, pero me gustaría. Tú, como hombre de letras que eres tendrás acceso a todos los editores de Londres. ¿Podrías conseguirme un ejemplar?

—¡Tú padre me mataría si se enterase! ¡No es una lectura apropiada para una dama!

—¡Bah! ¿Y qué tipo de lectura lo es? ¿Un libro de recetas de cocina? Me gustaría leer algo interesante, para variar.

Él la miró en silencio por unos momentos.—Está bien—dijo al fin  
—Intentaré conseguirte esa gaceta.

~~~~~

A Verity le encantaban los olores y la quietud de la bodega. Cuando vivía en  
el convento solía escaparse cada vez que podía a la húmeda y espaciosa  
estancia

donde las monjas guardaban las hierbas y plantas necesarias para hacer  
ungüentos curativos. La hermana Mary le había enseñado a hacer mezclas  
útiles

para aliviar males tan diversos como la gota, las plagas de piojos o el  
empacho.

Allí en Londres, en la casa de su padre, la bodega era diminuta y oscura y el  
ama

de llaves, la había mirado con expresión perpleja al verla husmeando entre  
los tarros y las marmitas, pero ella no hizo el menor caso, ocupada en  
conseguir los

ingredientes que necesitaba. Con un bloque de grasa de vaca y unos  
ramilletes silvestres, preparó un bálsamo para las manos de Timothy,  
siguiendo una receta

de la hermana Mary, muy efectiva para curar las manos y los pies agrietados  
durante el frío invierno en los páramos y también—aunque esto último Verity  
no

iba a decírselo al chico—para aliviar las ubres cuarteadas de las vacas  
lecheras.

Sonrió mientras introducía la mezcla en un frasco, pensando que para ser una  
dama de la que se esperaba que se casase con un noble, tenía habilidades y

conocimientos más propios de una campesina.

Encontró a Timothy en los establos, apilando un montón de heno. El

muchacho aceptó el frasco con los carrillos colorados como tomates y se pasó diez minutos tartamudeando su agradecimiento, hasta que ella le aseguró que no

era necesario.

—Cuando se te termine, ven a verme. Te daré más.

—Milady, es usted una gran dama. Nunca lo olvidaré y a partir de ahora la serviré fielmente hasta el día de mi muerte. Estoy seguro de que tiene muchos amigos, pero ninguno de ellos será para usted tan leal y devoto como yo, tan cierto como que me llamo Timothy Smith.

Verity rió ante el solemne discurso del muchacho.

—Palabras dignas de todo un caballero—le dijo—. Me encantará contarte entre mis amigos. Pero por ahora comienza a aplicarte el ungüento, antes de que

esas manos se te pongan aún peor.

Salió de la caballeriza sonriendo. *Un amigo nunca sobra*, pensó mientras volvía a la casa. Y algo le decía que aquí en Londres le haría más falta que en el

convento contar con buenos amigos.

~~~~~

Verity despertó con el sonido de una puerta que golpeaba. Escuchó voces en el pasillo y también un llanto lejano. Todavía aturdida, se sentó en la cama y echó hacia atrás las cortinas. Amy, su doncella, sostenía una vela en la

penumbra

y estaba pálida como un cadáver.

—Lamento despertarla, milady. Ha habido un brote de sudoración en Londres. Creen que puede tratarse de la enfermedad de Picardy. Su padre ha enviado un mensaje y debe partir hacia su propiedad en el campo cuanto antes.

Verity sintió una oleada de pánico. La enfermedad del sudor había sido una maldición para Inglaterra en el pasado, cobrándose la vida de muchas personas

entre las que se contaba el joven Arturo Tudor, que había estado destinado a reinar. Hacía muchos años que la peste no mostraba su virulencia, aunque en los

últimos tiempos habían aparecido brotes aquí y allá de una variante de la enfermedad conocida como “sudor de Picardy” que, según se creía, habían traído

a Londres los marineros franceses.

Verity se retorció las manos. Salir de su casa en plena noche la aterrorizaba, pero la enfermedad era muchísimo peor. Dio gracias al cielo porque tía Etta se

encontrase fuera de Londres: la buena señora había ido a Bath a visitar a una amiga. Se incorporó deprisa; a su lado Amy temblaba tanto que la vela palpitaba

en sus manos dibujando sombras vertiginosas en la pared.

—Me vestiré inmediatamente—dijo Verity.

Ayudada por la doncella, se envolvió en varias capas de ropa. Mientras



preparaba un fardo con algunos vestidos que llevarse, su vista recayó en el libro

que Oliver le había prestado. Presa de un extraño impulso, buscó papel y pluma

y escribió una breve nota:

*Lord Wolcott,*

*Ante las terribles noticias de que la enfermedad ha llegado a Londres, parto al campo por orden de mi padre. Estoy seguro de los Hardy no celebrarán baile*

*alguno bajo estas circunstancias, así que tendré que posponer la devolución del libro hasta mi vuelta a Londres.*

*Por favor, tenga mucho cuidado. La mentaría saber que ha caído víctima de la epidemia.*

*Lady Verity.*

Sintiéndose un poco estúpida por lo que acababa de hacer siguió a Amy escaleras abajo. El patio era un hervidero de actividad, lleno de criados que preparaban el carruaje con la preocupación pintada en sus semblantes. Verity divisó a Timothy en un rincón, pálido y ojeroso. Se acercó a él.

—¿Se encuentra bien, milady?—preguntó el muchacho.

—Estoy bien ¿Dónde está sir Samuel?

—Partió hace horas hacia Essex para atender negocios del señor conde y no ha vuelto. Le habrán avisado ya del brote, así que supongo que retrasará su vuelta a la ciudad.

—Mi padre ha ordenado que parta hacia el campo inmediatamente. Necesito

que esta nota llegue al conde de Padmore—susurró Verity mientras le deslizaba

la nota en la mano.

—Me aseguraré de que llegue a sus manos.

—Gracias. Otra cosa, Timothy...

—¿Sí, milady?

—Ten mucho cuidado. Trata de evitar las multitudes para no contagiarte.

—Descuide.

Timothy se despidió con una ligera inclinación y Verity caminó hacia el carruaje. Aloys, uno de los hombres que su padre había puesto a cargo de la vigilancia de la casa, se adelantó hacia ella.

—No debe temer nada, milady. El carruaje la llevará directamente a Camrose Hall, la mansión de su padre en el campo. Yo la acompañaré a caballo.  
¡Allan!

A su voz, el cochero se apresuró a subir al pescante. Era un hombrecillo rechoncho y bajito, pero muy hábil en su trabajo. De la mano de Amy, Verity subió al carruaje, que se puso en marcha inmediatamente.

Era la primera vez que Verity viajaba de noche. Pronto las calles de Londres quedaron atrás y empezaron a adentrarse en paisajes agrestes e inhóspitos

pantanales cubiertos de juncos, en los que de día pacían las ovejas pero ahora estaban sumidos en la penumbra. De vez en cuando pasaban frente a las ruinas

de alguna antigua construcción, abadías o torres de vigilancia en ruinas.

Verity trató de tranquilizarse. ¿Sería muy virulento el brote de enfermedad?

¿Estaría Oliver Wolcott a salvo? Escribir aquella nota había sido un arrebato del

que seguramente se arrepentiría en el futuro, pero no se había visto capaz de dejar Londres sin una palabra para él. Irritada, pensó que la influencia de Oliver

era mucho mayor de la que ella misma estaba dispuesta a admitir. ¿Y Samuel Crosby? La alarma le había pillado lejos de la ciudad, así que confiaba en que se

encontrase seguro, al igual que tía Etta. También esperaba que Timothy siguiese

sus consejos y se librara del contagio.

Arrullada por el traqueteo de las ruedas, fue cerrando los ojos hasta casi caer

dormida. De repente, el carruaje comenzó a desestabilizarse, tambaleándose

sobre el suelo como un barco en medio de una tempestad. Verity luchó por mantener el equilibrio, pero se vio lanzada hacia delante con violencia y terminó

en el suelo de madera del vehículo. Magullada, abrazó a Amy que gritaba sin parar. El carruaje dio un par de giros más y después quedó inmóvil, envuelto en

un silencio ominoso. Verity se incorporó con dificultad.

—¿Allan?—llamó.—¿Aloys?

Silencio.

Amy sollozaba a su lado. Verity se dio cuenta de que la pierna de la doncella estaba doblada en un ángulo extraño.

—Creo...creo que me la he roto, milady—gimió la chica.

—No te preocupes, Amy.—Luchando contra su propio miedo, Verity la abrazó—. Conseguiremos salir de aquí.

De repente las cortinas del carruaje se apartaron bruscamente y ambas jóvenes gritaron histéricas hasta que se dieron cuenta de que solo era Aloys, con cara de preocupación.

—¿Lady Verity? ¿Se encuentran bien? El carruaje ha volcado.

—Estoy bien, pero Amy se ha lastimado en la pierna.

Con ayuda de Aloys ambas consiguieron salir del carruaje, que se había convertido en un desastre astillado y yacía inútil a un lado del camino. Las ruedas estaban torcidas y el pescante se hundía en la tierra húmeda. Los caballos

permanecían muy quietos, como asustados. Verity ahogó un gemido de terror al

ver a Allan tirado boca abajo en el fango.

—¿Está...?

Aloys se acercó rápidamente al cochero y le dio la vuelta. Tenía los ojos cerrados y una fea herida en la frente, pero respiraba.

—Se ha desmayado. Se ha dado un golpe en la cabeza, pero creo que vivirá.

—¿Qué vamos a hacer?—Verity rebuscó en el fardo que había caído sobre el camino y sacó un chal con el que arropó a Amy. La muchacha temblaba y su pierna estaba muy hinchada—.Necesita una tablilla para corregir la fractura

¿Cómo vamos a salir de aquí, Aloys?

—No lo sé, milady, pero hay algo más que me preocupa.—El hombre se había agachado para examinar las ruedas destrozadas y tenía el gesto tenso y muy serio. De repente soltó una maldición y su mano voló a su costado, donde

llevaba una pistola—¡Es una emboscada! Vea, las ruedas están completamente destrozadas y esto no lo han hecho las piedras del camino.—Aloys se agachó para recoger algo y le mostró varias hojas de latón muy afiladas, de aspecto dentado, que alguien había colocado en la senda. Se habían interpuesto entre los

cojinetes de las ruedas, destrozándolas y provocando el accidente.

—¡Nos han tendido una trampa!—Verity se tapó la cara con horror.

—Rápido, ocultémonos en la espesura—apremió Aloys—. Quienes hayan hecho esto no tardarán en llegar.

El hombre cargó a Allan a hombros mientras Verity trataba de ayudar a Amy, que apenas podía apoyar la pierna en el suelo. Apenas habían dado un par de pasos cuando se oyó un disparo y Aloys se desplomó en el suelo. Un chorro de

sangre comenzó a manar a borbotones de su boca mientras el hombre se convulsionaba con los ojos en blanco.

Verity gritó. A su lado, Amy se dejó caer al suelo y se tapó la cara con las manos. El mundo se había convertido de repente en una pesadilla y por un

momento Verity sintió envidia de Allan, que seguía desmayado e inconsciente de todo. Se oyeron pasos entre la maleza y supo que estaban perdidas cuando vio aparecer a dos hombres, blandiendo sendas pistolas de chispa que todavía

humeaban tras haberse cobrado la vida de Aloys. Tenían la cara sucia, el pelo grasiento y expresiones sibilinas en sus rostros macilentos.

—¡Por favor!—suplicó Verity impotente. La voz se le entrecortó; intuía que nada bueno podía esperar de individuos así.

—¡Por favor!—remedó el más corpulento de los dos.—¿Nos suplica ayuda, bella dama? Por supuesto que las ayudaremos, ¿verdad, Hans?

—Verdad, Tom—gruñó su compañero, que era alto y delgado, con un rostro picado de viruelas—. Hoy hemos conseguido un buen botín. Una auténtica dama, de alta alcurnia a juzgar por su aspecto. Las señoras respetables no deberían andar por ahí en mitad de la noche, ¿no es así?

—Así es, Hans—dijo el otro—. Se arriesgan a encontrarse con personas indeseables... personas como nosotros.

—No tengo oro ni joyas—dijo Verity desesperada—. Solo tengo este anillo, pueden llevárselo—. Comenzó a tirarse del dedo frenéticamente, tratando de sacarse el sello que había pertenecido a su madre.

—Por supuesto que nos lo llevaremos, pero antes cogemos algo más. Algo más placentero que el oro. ¿Qué hay de ese cochero, Tom, lo rematamos?—el hombre señaló a Allan, que seguía inconsciente.

—No merece la pena desperdiciar munición—repuso Tom—. Lo dejaremos aquí y acabará muriendo. En cuanto a la criada, tiene la pierna en bastante mal

estado, pero es joven y tierna. Cuando terminemos con la dama...

Ambos la miraron con ojos lujuriosos, acercándose a ella como una manada de lobos rodeando a un cervatillo.

Verity echó a correr.

#### CAPITULO 4

Verity corrió lo más rápido que pudo, apenas sintiendo en sus piernas los arañazos de las zarzas. Una parte de ella se avergonzó por dejar a Amy atrás, a

expensas de los asaltantes, pero su instinto de supervivencia fue más fuerte. Se

precipitó a través de la espesura como un animal asustado, tratando de poner la

mayor distancia posible entre ella y los hombres. Desde el primer momento comprendió que era inútil: una dama con corsé y faldas largas corriendo entre la

maleza no tenía ninguna oportunidad. Ellos no tardaron en alcanzarla y la joven

olió su sudor acre y sintió su peso cuando el más corpulento cayó sobre ella, tirándola al suelo e inmovilizándola.

—¡Quieta!

Ella gritó y se revolvió en vano. La tumbaron sobre el musgo y uno de ellos

le sujetó los brazos sobre la cabeza mientras el otro le subía las faldas hasta la

cintura. Verity sintió el aire helado de la noche en sus piernas y las manos ásperas del hombre subiendo por sus muslos. Intentó gritar de nuevo, pero estaba

tan aterrorizada que de su boca solo salieron un par de quejidos ahogados,

como

los lamentos de un pajarillo. En algún lugar recóndito en el fondo de su mente

supo que iba a desmayarse. El hombre se colocó entre sus piernas y ella apretó

los dientes, preparándose para el terrible dolor que sabía que iba a sentir.

En ese momento, algo sucedió. Antes de que el malhechor pudiera hacer un movimiento más una expresión de sorpresa cruzó su rostro y se desplomó hacia

atrás. La sangre comenzó a brotar de una herida larga y roja en su cuello, semejante a una sonrisa macabra. El otro asaltante soltó los brazos de Verity y se

puso en pie de un salto, la mano volando hacia su arma, pero un disparo cruzó el

aire y lo lanzó al suelo, con la sien perforada.

—¡Verity!

Ella reconoció la voz de inmediato. Como impulsada por una fuerza colosal

se lanzó a los brazos de Oliver, que tenía el rostro blanco de ira y aún sujetaba en la mano el cuchillo con el que le había rebanado el cuello al bandido . Él la

abrazó tan fuerte que casi le hizo daño, como si temiera que al soltarla fuese a desaparecer de su vista. Iba acompañado por otro hombre, que se apresuró a revisar los cuerpos de los criminales caídos.

—¿Están muertos, John?—preguntó Oliver.

—Bien muertos, señor. A este de aquí le he acertado en toda la frente.



Oliver volvió su atención a la muchacha que temblaba en sus brazos. Verity se aferraba a él desesperada, aspirando su olor conocido a tabaco, sudor y eucalipto. Había estado segura de que iba a morir y no tenía el más mínimo deseo de separarse de aquel pecho firme, que de repente le parecía el lugar más

confortable del mundo.

—¿Te han hecho daño?

—Estoy bien....Estoy bien...—sollozó ella—¡He pasado muchísimo miedo!

—Lo siento mucho, pequeña.—Él apretó los dientes, respirando contra su cuello—. Doy gracias a Dios por haber llegado a tiempo.

—Han matado a Allan...y mi doncella está herida...y el cochero...

Oliver hizo una seña a su criado y este se apresuró a adentrarse en el bosque, en busca de los heridos.

—¡Pensé que iban a matarme!

Él la apretó más fuerte contra sí.

—Ni lo sueñes, Verity. No mientras yo esté en este mundo para protegerte.

Sus palabras le resultaron calmantes, como un bálsamo sobre una herida abierta. En ese momento le creyó: él estaría siempre ahí, siempre a su lado. Poco

a poco su respiración fue normalizándose y alzó la cabeza para mirarle con ojos

acuosos.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Qué haces aquí, en el medio del bosque?

—Recibí tu nota y me preocupé. Con la Bestia por ahí suelta es muy poco recomendable andar de noche por los caminos, incluso llevando hombres de armas. Ya ves lo que os ha pasado.—Oliver rechinó los dientes—. Tu padre demuestra tener muy poco sentido común dejándote sola en Londres mientras él

se va de cacería al campo.

—Esos dos hombres...—Verity se estremeció—¿Crees que alguno de ellos era la Bestia?

—¿Estos? No, en absoluto. Simples forajidos, salteadores de caminos.

El criado de Oliver regresó en ese momento.

—Los heridos se encuentran fuera de peligro, señor—dijo—. El cochero ha vuelto en sí y los he tapado a ambos con una manta. Sin embargo no están en condiciones de montar a caballo, haría falta un carruaje para transportarlos.

—Bueno, no tenemos ninguno aquí—dijo Oliver pensativo—. Escucha, John, lo mejor será que te quedes aquí con lady Verity y los heridos, ya que eres más

hábil que yo con las armas, y yo cabalgaré en busca de ayuda. La mansión del conde de Harcourt queda todavía a varias millas pero creo que podré llegar antes

del amanecer.

—Sí, señor.

Verity escuchó la conversación con creciente inquietud. ¿Oliver iba a dejarla

allí? Sintió una oleada de pánico. De ningún modo iba a permitir que se marchase sin ella. Cuando pensaba en quedarse sin él, en la oscuridad de la noche, sentía que le faltaba el aire como a un pez recién pescado.

—Yo iré contigo—declaró—. Tu criado puede quedarse cuidando de los heridos.

Oliver la miró sorprendido.

—¿Estás segura? John es de fiar. Puedes quedarte, no te pasará nada, te lo prometo.

—Voy contigo—repitió Verity con convicción.

Él la miró atentamente, como valorando la seriedad de sus palabras. Asintió lentamente.

—Está bien. Pero has de saber que no será un paseo en pony por la campiña.

Mis caballos son recios y bastos y el terreno a lo largo de estos bosques es accidentado y abrupto.

—No hay problema—dijo ella con más seguridad de la que sentía.

Oliver hurgó en el fardo que llevaba al hombro y sacó unos pantalones de cuero.

—Debes ponerte esto o te harás daño en las piernas—le indicó—. Vas a tener

que montar a horcajadas si queremos atravesar el bosque sin que acabes en el suelo en cada bache del camino—.Le tendió también una pequeña daga

—.Divide tu falda en dos partes con esto para que puedas montar sin que la tela

te estorbe.

Verity hizo lo que le decía, apartándose un poco para ponerse los pantalones bajo la falda, que rasgó con el cuchillo. El cuero recién curtido le raspaba los muslos, pero no tenía la más mínima intención de quejarse. Echó un vistazo a Amy y a Allan, que dormitaban frente a una pequeña hoguera que John había encendido y Oliver la ayudó a montar en uno de sus caballos, una yegua gris que

ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás para ver quién era su jinete. Él le entregó las riendas y comprobó la longitud de los estribos.

—En marcha—ordenó montando de un salto en su propio caballo. No

quedaba ni rastro del caballero encantador y refinado que Verity había conocido

hasta entonces. Ahora parecía un rey medieval, un guerrero valiente y decidido a

quien nadie detendría en su misión: conseguir que todos llegasen sanos y salvos

a la casa de su padre.

Cabalaron durante lo que a Verity le parecieron horas, atravesando bosques

y pantanos que parecían no tener fin. Apenas hablaron; Oliver estaba demasiado

ocupado guiando a los caballos por aquel terreno inestable y Verity seguía aturdida, todavía sobrecogida por todo lo que acababa de suceder. Las imágenes

se sucedían sin pausa en su mente: la expresión de sorpresa de Aloys justo antes de caer al suelo, los ojos crueles y amarillentos de sus asaltantes, la rabia en la mirada de Oliver al acabar con ellos y, sobre todo, la sensación de miedo e impotencia que había sentido cuando la inmovilizaron en el suelo, convertida en

un juguete en sus manos. La joven se estremeció y un suspiro se escapó entre sus

labios.

—¿Cómo estás?—preguntó Oliver girando la cabeza para mirarla por encima del hombro.

—Mantengo el equilibrio, que ya es bastante—respondió ella—.Tenías razón, esto no se parece en nada a un paseo por la campiña.

—No me refiero a la cabalgata.—La expresión de Oliver se suavizó—. Lo que sucedió antes, en el bosque...

—Oh.—Ella titubeó—.Me alegro de estar viva. Me alegro de que me hayas encontrado.

—Yo también me alegro.—Él le dedicó una sonrisa triste—. Supongo que esta horrible experiencia reafirma tu opinión de que todos los hombres somos unos seres indeseables.

—No todos.—Ella lo miró de frente, sus ojos azules brillando en la oscuridad como lagos cristalinos—.Has demostrado mucho valor esta noche. Te

debo la vida. Creo que es la primera vez que alguien muestra verdadera preocupación por mí. Ni siquiera mi padre lo hizo nunca.

Oliver no respondió. Ambos se miraron durante un largo rato por encima de las grupas de sus caballos, con miradas que decían mucho más de lo que ellos eran capaces de expresar con palabras. Las monturas se adentraron en una

zona

arbolada, llena de raíces añosas que brotaban de la tierra y la yegua de Verity corcoveó, haciendo que la muchacha se tambalease.

—¿Y decías que esta yegua era mansa?—protestó frotándose la rabadilla.

Oliver sonrió.—Baja un poco más los talones en los estribos.

Verity obedeció, pero el terreno era tan escabroso que su cuerpo rebotaba sobre la silla de montar, tan fuerte que sus dientes rechinaron.

—Muévete con el caballo—insistió Oliver.

—¿Qué significa eso? Estoy sentada sobre el caballo. Por supuesto que me estoy moviendo con él.

—Relaja los hombros. No tenses la espalda. El caballo no debe percibirte como una carga, sino como parte de él.

Oliver se colocó a su lado y apoyó la mano en su espalda, indicándole como debía situarse. Verity sujetó las riendas con manos temblorosas, muy consciente

de la mano grande y cálida, que se movía sinuosa a lo largo de su columna vertebral hasta descansar en la parte baja. De pronto, el bosque desapareció, junto con el miedo que había sentido antes e incluso el dolor y el cansancio se

desvanecieron; y solo quedó una cosa: esa mano grande y pesada que se había posado en su espalda como un ancla, como si con ese gesto tan sencillo la reclamase para sí. Cuando Oliver la retiró por fin, declarando que estaba mejorando su postura, se sintió decepcionada.

Continuaron avanzando. Tras varias horas la oscuridad dio paso a un

amanecer metálico y una niebla densa y fría comenzó a filtrarse entre los árboles. Faltaba poco para llegar a Camrose Hall, y Oliver detuvo a los caballos

frente a un pequeño arroyo para que pudiesen beber. Ayudo a Verity a desmontar

y le entregó una bota de vino y una manzana.

—Come un poco. Quedan las últimas millas para llegar a la casa de tu padre y no nos vendría mal recuperar fuerzas.

Verity mordisqueó la comida mientras vagaba entre los árboles. Necesitaba desesperadamente hacer sus necesidades, pero no tenía la más mínima intención

de decírselo a Oliver. Se alejó hasta quedar protegida entre dos robles muy frondosos y luchó contra el cordón que sujetaba los pantalones de cuero. El nudo

se había atascado y cuando por fin consiguió soltarlo trató de averiguar cómo ponerse en cuclillas sin salpicarlos. Cuando pensaba que lo había conseguido su

pie resbaló sobre un montón de hojas húmedas y ella cayó al suelo, aterrizando

sobre el trasero en el musgo y los matorrales.

—¡Verity!—Oliver la llamó en la distancia, sin duda asustado por el sonido.

—¡Quédate donde estás!—gritó ella.

—¿Estás herida?

—Estoy bien—gruñó ella mientras se incorporaba—. Resbalé y me caí. No me ha pasado nada.

—¿Estás segura? ¿Necesitas ayuda?

Verity oyó el crujido de las ramas bajo los pies de Oliver, que había empezado a caminar hacia ella, y se levantó a toda prisa, colocándose la ropa.

—¡Ni se te ocurra acercarte!—chilló. Los pasos se detuvieron y ella suspiró

aliviada. Se quitó las hojas y las ramas que se le habían prendido en el pelo y echó a andar hacia Oliver, que sin duda debía haber adivinado lo sucedido porque soltó una carcajada cuando la vio aparecer sucia de tierra y con el ceño

fruncido. Se acercó a él con los brazos en jarras, dispuesta a obsequiarlo con una

réplica afilada si se le ocurría abrir la boca, pero él no dijo una sola palabra.

En cambio hizo algo mucho más inesperado. La sujetó por la cintura y la atrajo hacia él, pegándola a su pecho del mismo modo posesivo que había empleado antes, cuando la había rescatado de los salteadores de caminos. Ella se

impregnó de nuevo de su olor, de su aliento donde se percibía el aroma afrutado

de la manzana mezclado con el vino. Estaban tan juntos que sus narices casi se

rozaban y ese hoyuelo, ese maldito hoyuelo en su barbilla estaba tan cerca...

Verity lo besó. Por un momento sintió pánico al darse cuenta de que era ella

la que había iniciado el movimiento, era ella la que estaba besando a un hombre

casado, a un hombre que jamás podría pertenecerle. Pasado el primer instante de

sorpresa, Oliver reaccionó apropiándose de su boca con furia, con codicia, como



un guerrero agotado que llegase a su hogar tras una ardua batalla. Su lengua luchó por abrirse paso entre los labios de la joven, y sus manos volaron hacia su

cuello y acariciaron su nuca trazando suaves círculos. Verity se aferró a sus hombros y ambos jadearon a la vez, mientras sus lenguas emprendían una ardua

lucha. Se besaron durante lo que parecieron horas y solo se separaron cuando necesitaron recuperar el aliento, con los labios hinchados y los ojos brillantes.

Una lechuza alzó el vuelo desde un árbol y paso sobre sus cabezas, agitando el

aire sobre ellos. Se separaron azorados.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha—dijo ella con el aliento entrecortado. Era muy consciente de que en ese momento sus mejillas se asemejaban más que nunca a un fresón muy maduro.

Oliver abrió la boca para decir algo, probablemente alguna frase ingeniosa y chispeante propia del seductor que era, sin embargo no lo hizo. Por primera vez

desde que Verity lo conocía, el conde parecía haberse quedado sin palabras.

—Sí, pongámonos en marcha—zanjó al fin.

Llegaron a Camrose Hall cuando las primeras luces del día teñían el cielo de

un color bergamota. El conde de Harcourt, que había salido a toda prisa al ver acercarse a dos jinetes, puso la más cómica de las expresiones al descubrir a su

hija, magullada y sucia, en compañía del conde de Padmore. Cuando le contaron

lo sucedido su rostro fue del color blanco al rojo, pasando por el morado y el amarillo bilioso, y Verity temió que fuese a sufrir una apoplejía allí mismo. El viejo conde se dejó caer en una silla, mascullando maldiciones contra los que se

habían atrevido a atacar a su hija y sin duda (o al menos eso imaginó Verity) haciendo cálculos mentales sobre la merma que hubiera supuesto para su fortuna

una hija con la virtud arrebatada por unos piojosos cualquiera. Agradeció a Oliver su providencial presencia en el bosque y envió rápidamente un carruaje para socorrer a los heridos. Después pasó un brazo por la espalda del salvador de

su hija y lo guió hacia el comedor para invitarlo a una copa, dejando a Verity al

cuidado de varias criadas que se apresuraron a prepararle un baño caliente y un

caldo de gallina para, en palabras de la vieja ama de llaves, “quitarle el susto del cuerpo”.

En la quietud de su habitación, Verity se despojó de la ropa llena de barro y se desabrochó los zapatos. Tenía los pies llenos de ampollas provocadas por los

estribos y las piernas le dolían tanto que apenas podía mantenerlas estiradas. Sus

manos- una de las pocas partes de su cuerpo que no le dolían- temblaban de cansancio mientras iban retirando prendas que caían al suelo. Se sumergió en la

tinaja mientras las sirvientas le frotaban la piel magullada y le enjuagaban el cabello. Después, cuando sopló suavemente la vela cercana a su cama y se sumió

en la oscuridad, estuvo segura de que a pesar del agotamiento tardaría en dormirse y tendría pesadillas. Sin embargo, no fue así. Se durmió enseguida y no

fueron los rostros lascivos y rudos los que poblaron sus sueños, sino los ojos de

Oliver, oscuros y anhelantes, su sonrisa torcida y sus besos con sabor a vino y a

manzana.

~~~~~

La tarde siguiente, tras haber dormido casi todo el día, Oliver salió de la habitación de invitados de Camrose Hall. Vagó un poco por la mansión del padre

de Verity, sintiéndose como un pato que hubiese acabado por error en un nido de

gallinas. Adonde quiera que fuese, alguien lo miraba con expresión asombrada,

como si de repente le hubiesen crecido dos cabezas. Lo vigilaban los criados del

conde de Harcourt, miradas extrañadas y recelosas mientras le entregaban su ropa recién lavada. Lo observaban las doncellas, miradas entre risitas y susurros

mientras le servían el almuerzo. A todos les extrañaba su presencia allí. Sin embargo, la mirada que más molestaba a Oliver era la del secretario de Harcourt,

ese hombre de aspecto nórdico que había llegado a caballo por la mañana y había apretado los labios en una fina línea al enterarse de lo sucedido.

El carruaje enviado al bosque por el viejo conde había encontrado el

campamento improvisado por John, y la doncella y el cochero estaban siendo atendidos por el médico. A medida que avanzaba la tarde, Oliver fue poniéndose

más y más nervioso. El conde de Harcourt se empeñaba en conversar con él sobre política y caza, dos temas que no le interesaban demasiado, y la ausencia

de Verity, que no había bajado de sus habitaciones, lo estaba poniendo nervioso.

Oliver no dejaba de rememorar una y otra vez el beso que habían compartido, como si en vez de un hombre experimentado fuese un adolescente ilusionado ante el primer amor. Le había sorprendido que ella se hubiese lanzado a besarle,

y en cuanto la había sentido temblando en sus brazos, con su boca dulce y palpitante entregada a la suya, había comprendido que estaba perdido. Esa muchacha provocaba en él un efecto difícil de explicar, impidiéndole pensar en

nada que no fuese su cuerpo suave, sus ojos azules y sus rizos fragantes. La apuesta que había hecho con Benjamin le parecía ahora absurda. ¿Qué

importaban una finca o un caballo al lado de Verity? Lo único que deseaba era

estrecharla de nuevo entre sus brazos y no dejarla ir jamás.

Lady Pierce, la tía de Verity, llegó por la noche en su propio carruaje y armó

tal escándalo al enterarse de lo sucedido que varias doncellas tuvieron que acudir

con abanicos y frasquitos de sales para ayudarla a recuperarse. Ignorando a su hermana con un gruñido, el viejo conde invitó a Oliver a pasar al comedor, donde se había servido una pierna de venado en su honor. También Samuel

Crosby estaba allí, comiendo en silencio y observándolo todo con esos ojos

que a Oliver le recordaban a los de una trucha recién pescada. Sin embargo, la única

persona que él deseaba ver con todas sus fuerzas no apareció: Verity seguía recluida en sus habitaciones, muy a pesar de las miradas impacientes que él dirigía a la escalera. Se dio cuenta de que Crosby se había percatado de su gesto

y compuso una expresión de indiferencia, fingiendo estar muy concentrado en su

plato.

—¿Dónde está mi hija?—preguntó Harcourt en ese momento, clavando el cuchillo en su ración de carne.

—En su habitación, excelencia. Se siente indispuesta—respondió el ama de llaves que supervisaba la distribución de los platos.

—Ha sido una experiencia horrible para ella, sin duda—admitió Harcourt—.

Lo hubiera sido para cualquier mujer, y más aún para alguien de naturaleza débil

como mi hija.

—No creo que a su hija pueda tachársela de débil—dijo Oliver sin poder contenerse—. Soportó una dura cabalgata durante toda la noche, sin lamentarse

ni una sola vez.

El conde levantó la cabeza para mirarlo, con expresión asombrada.

—No ha salido a su madre, entonces. Julia era una criatura enfermiza y

delicada. Me casé por amor, pero su dote era escasa, apenas aportó bienes al matrimonio. Tuvimos muchos problemas económicos al principio, así que

aprendí la lección: me prometí a mi mismo que mis hijos harían buenos

matrimonios. Mi hijo mayor, Richard, está casado con la hija del marqués de Shawcross y tiene grandes propiedades en el Norte. Solo me queda por resolver

el futuro de Verity.

—¿Tienes a alguien en mente para ella?—preguntó Oliver aparentando indiferencia.

—Varios caballeros han mostrado interés—dijo el conde evasivamente.—Me han comentado que tiene cierto éxito en los bailes, lo cual no deja de ser sorprendente, teniendo en cuenta lo mucho que le gusta hablar cuando no debe.

—¡Philip! No debes hablar así de la niña—terció lady Pierce que, recuperada del sobresalto, acababa de entrar en el comedor.

—Su conversación me pareció muy interesante y apropiada durante las horas que duró nuestra travesía por el bosque—respondió Oliver airado.

—¿En serio?—Harcourt lo miró con expresión divertida—. No debes olvidar mencionarlo ante el marqués de Gismore, si tienes oportunidad. Es uno de los candidatos que estoy valorando. Es un viejo amigo mío y muy cercano al rey Jorge. Le interesa la política, como a mí, y sería bueno tenerlo en la familia.

Oliver tragó saliva. El marqués de Gismore tenía al menos sesenta años, le faltaban varios dientes y todo el pelo que no tenía en la cabeza brotaba sin compasión de sus enormes orejas de soplillo. Imaginarse a la dulce Verity casada

con semejante espécimen hizo que se le quitase el apetito de golpe.

Harcourt le dio unos golpecitos en el brazo.—Cambiando de tema, ¿te gustaría salir de caza mañana? Es época de perdices. Suelo cazar con tu cuñado,

el duque de Wardington, aunque el pobre es tan torpe que siempre espanta a las

presas.

—Hablando de Wardington.—Samuel Crosby habló con voz suave. Era la primera vez que intervenía en la conversación—. Tuve la ocasión de conocerle el

otro día, cuando acudí a su mansión a comprobar los documentos de una finca que va a venderle a su excelencia. Estaba con su hermana, lady Elena. —Señaló a

Oliver con el tenedor—. Su esposa es una dama muy distinguida.

—Lo es—respondió Oliver entre dientes. La mención de Elena le sentó como un jarro de agua fría. Aquel secretario le estaba resultando cada vez más

antipático.

—El duque parece muy protector con ella—continuó Samuel—. Estoy seguro de que no dudaría en tomar represalias si alguien la ofendiese.

—¡Oh, es una gran tranquilidad contar con un hermano mayor! ¿No es cierto, Philip, querido?—cloqueó lady Pierce.

Harcourt gruñó una evasiva, aparentemente demasiado ocupado con su

comida para atender a la conversación. Samuel y Oliver midieron sus miradas por encima de la mesa y la advertencia que había en los ojos del secretario estaba clara. «*Haz algo inapropiado y me aseguraré de que tu esposa y el duque*

*de Wardington se enteren*».

Oliver maldijo entre dientes. De alguna forma ese figurín había adivinado sus intenciones con Verity. ¿Es que era tan transparente? ¿Es que acaso era incapaz de disimular el calor que le embargaba cada vez que se mencionaba su

nombre, la tensión al imaginarla en brazos de otro? Tras mirarse durante largo rato como dos felinos a punto de atacar, Oliver bajó los ojos. Sabía cuando debía

rendirse. Una oleada de odio hacia Crosby corrió por sus venas. Se giró hacia Harcourt.

—En cuanto a esa invitación a cazar, me temo que no podré aceptarla—dijo

—. Partiré esta tarde de vuelta a Londres, ya he desatendido por demasiado tiempo mis obligaciones y a mi esposa.

Volvió la atención a su plato, tratando de ignorar la mirada satisfecha de Crosby y su sonrisa de triunfo.

## CAPITULO 5

Verity se tomó la taza de té que el ama de llaves le había llevado a su habitación. Había pasado casi dos días encerrada, lidiando con la preocupación

de tía Etta, que la había llenado de cuencos de sopa y había parlotado sin cesar,

dando gracias a Dios- y al coraje de Oliver Wolcott- por el hecho de que su sobrina hubiese salido ilesa de una experiencia tan terrible. Había dormido a ratos, inquieta, alternando las pesadillas (la muerte de Aloys, los rostros



desencajados de sus asaltantes) con sueños más agradables en los que los labios

de Oliver y sus manos recorriendo su espalda eran los protagonistas. Verity todavía no podía creerse que se hubiera atrevido a besarlos. ¿Cómo había podido

ser tan impulsiva? Allí en el bosque, envueltos ambos en la niebla del amanecer

que daba a todo un aspecto sepulcral, besarlos había parecido una buena idea, como si todo lo que importase en el mundo fuesen ellos dos, sanos y salvos después de su aventura, entregados a la atracción indudable que flotaba entre ellos en todo momento. Sin embargo ahora veía las cosas en perspectiva y estaba

comenzando a pensar que había cometido un error. Oliver estaba casado y ella se

había prometido a sí misma que no se convertiría en una más de su larga lista de

conquistas. ¿En qué estaba pensando cuando se lanzó a sus brazos? Se había faltado al respeto a sí misma y también a lady Elena, su esposa. Verity apretó los

labios y se juró a sí misma que no se volvería a repetir. Cuando tía Etta le contó

que Oliver había partido ya hacia Londres, sintió una punzada de decepción, pero también alivio. Eso sin duda facilitaba las cosas. Olvidaría lo sucedido y a

partir de ahora se limitaría a saludarlo educadamente cuando se cruzasen en eventos sociales. Nada más. Absolutamente nada más.

Su padre la recibió en la planta baja con más amabilidad de lo habitual, invitándola a compartir con él un plato de huevos escalfados para el

desayuno.

Después salió al jardín, interesada en explorar el lugar que apenas recordaba de

su infancia. El tiempo seguía siendo agradable y el campo estaba precioso y lleno de colorido. Decidió sentarse a junto a un pequeño estanque, con una jarra

de limonada fresca al alcance de su mano.

Apenas había tenido tiempo de coger el cesto de costura cuando Samuel salió de la casa y se acercó a ella, parándose a su lado con expresión de perro apaleado.

—Buenos días, Samuel

—Yo...—Samuel se pasó la mano por la nuca—. Me han contado la horrible experiencia por la que has pasado. Lo siento mucho. Ojalá hubiera podido impedirlo.

Verity alzó la mirada, confusa ante el tono vehemente del secretario.

—Bueno...poco hubieras podido hacer, dado que te encontrabas lejos de Londres. Por fortuna lord Wolcott acudió en mi auxilio.

—Sí—masculló Samuel, repentinamente irritado—. Muy curioso que el conde de Padmore se encontrase justamente en esos bosques, en mitad de la noche. Sin duda una feliz *casualidad*.

Verity frunció el ceño. No le gustaba nada el tono de Samuel, pero no quiso ahondar en el asunto. No pensaba dejar que nadie se enterase de que Oliver había ido al bosque porque ella le había escrito una nota informándole de su partida.

—Sí—respondió con firmeza—. Sin duda una muy feliz casualidad.

—Tú padre le está muy agradecido.

—No lo dudo.—Verity se encogió de hombros—. Como te dije el otro día, para él solo soy una vaca que llevar al mercado. No le gustaría que los atacantes

hubieran tenido éxito y quedarse con mercancía dañada en sus manos.

—Sigues mostrando el mismo cinismo al hablar de tu padre—observó Samuel

—Solo soy sincera—respondió Verity—. Para él ideas como el amor o la pasión no existen.

—¿Amor?—Samuel arrugó la nariz, como si ella hubiese hablado en un idioma extraño.

—Sí, amor. Siempre he deseado casarme por amor. ¿Acaso tú no tienes esa esperanza?

—Hace tiempo que aprendí que las esperanzas son para otras personas, los que pueden permitírselas—respondió Samuel apretando los labios en una fina línea—. Las personas sin fortuna como yo jamás sacarán nada en limpio de las

esperanzas. Debemos perseguir lo que deseamos y tomarlo si podemos.

—¿Quién es ahora el cínico?—se burló Verity—. De todos modos, mis esperanzas serán en vano si acabo casada con alguno de los candidatos de mi padre. Todos son viejos, feos y muy desagradables.

—Ah, ¿sí?—La voz de Samuel se había vuelto peligrosamente suave—¿Soy

yo viejo y feo, Verity?

—¿Eh?—Ella lo miró sobresaltada por sus palabras—. No, por supuesto que no.

—¿Y me consideras desagradable?

Los ojos de Verity vagaron por el rostro de Samuel como si lo viesen por primera vez. La pregunta era de lo más inadecuada y ella se preguntó si quizás el

joven habría estado bebiendo.

—Claro que no—respondió al fin.

—Bien. Entonces te diré algo: estaría dispuesto a matar con mis propias manos al hombre que osase hacerte daño. Sin dudarlo ni un segundo.—  
Samuel

se puso en pie e hizo una ligera inclinación—. Por favor, discúlpame. Debo volver a mis obligaciones.

Verity lo observó alejarse con la boca abierta. ¿Qué había sido eso? ¿Acaso

Samuel Crosby se le había... *declarado*? La idea le parecía absurda. El joven era simpático y agradable...de hecho mucho más agradable que todos los caballeros

con los que había alternado en Londres. También tenía unos preciosos ojos azules y una sonrisa luminosa y sin embargo, de la conversación que había mantenido con él Londres había extraído la impresión de que él amaba a alguien

más, a alguna misteriosa mujer de su pasado.

«Además, tú estás enamorada de Oliver Wolcott», dijo una molesta vocecilla

en su cabeza.

Verity suspiró. Definitivamente, las cosas se estaban poniendo cada vez más complicadas.

Se pasó los siguientes días evitando a Samuel todo lo que podía. Lo veía en las comidas y cenas y contestaba educadamente a sus comentarios, pero trató en

todo momento de no encontrarse a solas con él. Él tampoco la buscaba, como si

estuviera avergonzado de lo impropio de su comportamiento. Una tarde él le entregó con disimulo un periódico cuidadosamente doblado, el ejemplar de *El Acta de las Vanidades* que había prometido conseguirle. Ella se lo agradeció cortésmente y él huyó de lado lo más rápido que pudo, murmurando algo acerca

de todo el trabajo que tenía pendiente. Fue un alivio cuando llegó la noticia de

que el brote de enfermedad había desaparecido y podían volver a Londres.

Tardaron dos días en hacer el viaje de vuelta, porque su padre se empeñó en detenerse a visitar a varios de sus amigos, pero a Verity no le importó. Esta vez

viajaban a plena luz del día, en un cómodo carruaje, y además iba acompañada

de tía Etta y de una nueva doncella llamada Ellen, que reemplazaba a la convaleciente Amy. Una vez en la ciudad, como no tenían ninguna invitación pendiente a fiestas o eventos sociales, tía Etta propuso salir a pasear por Regent's Park, aprovechando el buen tiempo.

Parecía que todo el mundo había tenido la misma idea, o quizá era solo que

tras el obligado encierro por culpa de la epidemia, los londinenses ardían en deseos de salir y relacionarse. Los jardines eran un hervidero de gente: damas parapetadas bajo sus sombrillas, caballeros que conversaban con parsimonia y niños que correteaban bajo la mirada atenta de sus nodrizas. La amenaza de la enfermedad había quedado atrás, hacía tiempo que la Bestia no atacaba a nadie y

todo parecía ir bien para la alta sociedad londinense.

Verity no participaba de ese estado de ánimo. Del brazo de tía Etta y con Ellen caminando tras ellas, tenía la mirada fija en sus nuevos botines de charol.

Su mente vagaba muy lejos de allí, perdida en los ojos oscuros de Oliver Wolcott.

Sabía que debía mantenerse firme en su intención de alejarse de él. Era lo correcto, lo más adecuado. Entonces, ¿por qué le dolía el pecho de tal manera al

pensar que no volvería a besar sus labios, que no volvería a perderse en su olor a

eucalipto? ¿Por qué tenía tantas ganas de llorar al pensar en él?

«*Es el amor*», dijo la molesta voz en su cabeza. Verity estaba empezando a cansarse de ella. Si esa era la voz de la conciencia, la suya era de lo más fastidiosa.

—¡No puede ser amor!—exclamó en voz alta sin darse cuenta.

—¿Querida?—Tía Etta la miró desconcertada.

—No...nada. Decía que...el vestido de esa joven de ahí es realmente bonito.

—Verity señaló a una muchacha al azar y su tía la repasó de arriba a abajo con

expresión perpleja, ya que era un traje muy pasado de moda. Percibiendo sus miradas, la joven se giró y una ancha sonrisa se pintó en su rostro bronceado: era

Harriet Moore, que se apresuró a caminar hacia ellas.

—¡Qué sorpresa! Parece que todo Londres se ha reunido hoy aquí. ¿Cómo estás?

—En realidad ya nos íbamos—dijo tía Etta muy envarada—. El carruaje nos espera.

—¡Oh! ¿Seguro que Verity no puede pasear un rato conmigo? Hace un día estupendo. He estado encerrada tantos días y echo de menos a alguien de mi edad con quien charlar.

—Por supuesto—dijo Verity.

Tía Etta apretó los labios pero terminó asintiendo. Según Verity había podido apreciar esa era una reacción muy habitual cuando se trataba de Harriet. La gente

la despreciaba pero no se atrevían a manifestarlo claramente por temor a enfadar

al poderoso duque de Wardington.

Ambas muchachas comenzaron a pasear, sorteando transeúntes.

—¿Qué tal los días en el campo?—preguntó Harriet

—Bueno...—Verity dudó.

—¿Aburridos?

—No creo que pueda decirse eso. En realidad me atacaron unos bandidos en el trayecto y de no ser porque el conde de Padmore me rescató, ahora estaría muerta.

—¿Bromeas?—Harriet abrió mucho los ojos, deteniéndose y chocando con una mujer que le dedicó una mirada enfadada.—¡Cuéntamelo todo!

Verity lo hizo. Por alguna razón le resultaba fácil confiar en aquella chica resuelta y alegre, que parecía no tener doble fondo. Otras, como las hermanas Scott, se habrían horrorizado ante su historia, pero Harriet la miró con un brillo

de emoción en los ojos.

—¡Qué romántico!—exclamó—. Está claro que Oliver Wolcott bebe los vientos por ti.

—¿Qué?—Verity se puso colorada—No, claro que no.

—Vamos, se ve a la legua. Me di cuenta cuando os vi en casa de las Scott, allí parados en el pasillo como dos pasmarotes con la excusa de que te estaba prestando un libro. Además, has dicho que le besaste, ¿no? Que no te pudiste controlar. Eso tiene que significar algo.

—Eso fue un error—dijo Verity muy seria—.No volverá a ocurrir. Es un hombre casado y enredarme con él sería del todo inapropiado, una deshonra y...

¡Oh!—Se detuvo de repente, azorada. Por un momento había olvidado que Harriet era precisamente eso, la amante de un hombre casado. Sin embargo, su amiga no parecía enfadada.



—Tranquila, no me ofendo—dijo—. Por cierto, ¿has tenido ocasión de leer *El Acta de las Vanidades*?

—Sí, el secretario de mi padre me consiguió un ejemplar. Pero no entiendo qué tiene que ver con...

—¿Y qué te ha parecido?—interrumpió Harriet.

—Encuentro su contenido muy interesante, sobre todo cuando habla de la libertad y de la necesidad de que las mujeres sean capaces de tomar sus propias

decisiones.

Harriet sonrió.—Eres de las pocas jóvenes que conozco que parecen usar el cerebro para algo más que para escoger vestidos. Somos libres cuando podemos

decidir y escoger libremente, sin someternos a imposiciones familiares o normas

sociales. Puedes amar y dar rienda suelta a ese amor sin preocuparte de lo que piensen los demás. Es lo que yo hago.

—¿Tú?—Verity la miró confusa.—¿Te refieres al duque de Wardington?

—Todos piensan que me he convertido en su amante porque es un hombre poderosos, pero se equivocan.—Harriet la miró con la barbilla alzada.

—Pero su esposa...también es una afrenta para ella—repuso Verity débilmente.

—La duquesa tiene una colección de amantes más larga que la de su esposo,

te lo aseguro—dijo Harriet—. Y en cuanto a tu lord Wolcott...bien, él y su esposa se odian. Ella ha convertido su vida en un infierno.

A Verity no se le ocurrió ninguna respuesta. Tía Etta le hacía señas impacientes para que se marchasen y se despidió de Harriet apresuradamente. La

muchacha le había dado que pensar: sus argumentos eran tan disparatados, tan poco razonables y sin embargo...Verity reconocía que había algo en ella que no

podía percibir en las otras jóvenes aristócratas: desparpajo, frescura, osadía.

*¿Será eso la libertad?*, se preguntó.

Durante toda la semana estuvo muy inquieta, repasando una y otra vez la conversación con Harriet. El viernes, Ellen le entregó una nota que un mensajero

acababa de llevar.

*Mi querida Verity,*

*Temblor...Sudores fríos...La sensación de que me falta el aire y puedo ahogarme en cualquier momento... No, no he caído víctima de la epidemia:*

*estos son los síntomas que llevo padeciendo desde que tuve que partir de Camrose Hall. Necesito verte. Por favor, reúnete conmigo. Un carruaje te recogerá esta tarde a las cinco.*

*Tuyo,*

*Oliver Wolcott.*

Sus manos temblaron mientras se apresuraba a doblar la nota y esconderla.

El corazón le latía a mil por hora. ¡Oliver quería verla! Olvidó de un plumazo

todos sus buenos propósitos y tuvo la tentación de echarse a la calle de inmediato, tal y como estaba en ese momento, sin peinar y sin corsé, tal era el deseo que tenía de verle. Se pasó la mañana inquieta, vagando de un lado a otro,

debatándose entre sus impulsos y su cordura, que le indicaba que lo más sabio

sería olvidar el mensaje y hacer como si nada hubiese sucedido. Pero no podía.

Sus ojos se posaron sobre el libro que Oliver le había prestado y eso la hizo decidirse. Acudiría, pero solo para devolverle el libro, eso era todo. Seguro que

así se le quitaría toda la tontería. Sí, eso era. *Solo devolverle el libro*, se repitió mientras rebuscaba en su armario en busca de un vestido.

Cuando faltaban pocos minutos para las cinco bajó sigilosamente las escaleras. Su padre no estaba y tía Etta dormitaba en un sillón, como hacía siempre que se pasaba un poco con las copitas de anís tras la comida.

—Di a mi tía que las hermanas Scott me han invitado a tomar el té—le dijo a Ellen—. No volveré demasiado tarde—añadió mientras se colocaba los guantes y

el sombrero.

El carruaje de Oliver la esperaba a la vuelta de la esquina. Era un vehículo muy bruñido, de madera oscura, y en un lateral tenía grabado el escudo de los Padmore: una rosa y un campo de trigo. El silencioso cochero le dio la mano para ayudarla a subir y Verity se acomodó en los asientos, con el corazón latiendo a mil por hora. Viajaron por las calles de Londres hasta una céntrica mansión semioculta tras un enorme seto. Era una casa imponente pero el jardín

estaba muy descuidado, lleno de hojarasca y malas hierbas.

El interior también había conocido tiempos mejores. Las paredes estaban desconchadas, la tapicería de los muebles estaba rasgada en algunas zonas y una

capa de polvo lo cubría todo. Verity estaba segura de que esa no era una casa que alguien habitase habitualmente.

—Me alegro mucho de que hayas decidido venir—dijo una voz a sus espaldas.

Verity se volvió. Allí estaba él, guapísimo con un traje oscuro que hacía juego con sus ojos, su cabello negro algo despeinado y el hoyuelo de la barbilla

más tentador que nunca. Y cómo la miraba. Verity se quedó sin aliento al darse

cuenta de que la observaba como si fuese alguien único, especial.

Nerviosa, dio un paso atrás y alzó el libro de Pouillan de la Barre, parapetándolo entre ambos como un escudo.

—Solo he venido para darte esto. Ya me lo he leído.

Oliver la obsequió con su característica sonrisa torcida—. ¿No me digas?

¿Solo a devolver el libro? Yo creo que no. Estoy seguro de que has venido porque te morías de ganas de verme, igual que me sucede a mí.

Verity enrojeció hasta la raíz del cabello.—¡Eres un presuntuoso!

—Pero tengo razón, ¿vedad? Si no quisieses verme, hubieras podido enviar el libro a través de un criado. Además, lo leo en tus ojos.

Por una vez, Verity no encontró una réplica que darle. Su corazón latía tan deprisa que temía que Oliver pudiese escucharlo. Tragando saliva, paseó la vista

por toda la estancia, buscando algo que decir.

—No vives aquí, ¿verdad?

Oliver la miró divertido por el cambio de tema.—No. Como te habrás dado

cuenta, está todo muy descuidado. Era la casa de mi familia, pero ahora está deshabitada. Suelo venir aquí a veces, cuando me apetece encontrarme conmigo

mismo. Si te soy sincero, eres la primera persona que la pisa en muchos años, sin

contarme a mí.

Verity lo miró todo con más atención, interesada en saber cómo era el hogar

en el que Oliver había crecido. El recibidor estaba presidido por el enorme retrato de una joven de unos veinte años, ataviada con un elegante vestido de

terciopelo verde. Tenía largos tirabuzones oscuros y obviamente estaba emparentada con Oliver, pues sus ojos eran idénticos. El retrato daba una impresión de fuerza y personalidad, como si la joven tuviese las ideas muy claras

y pudiese transmitir las incluso a través del lienzo.

—¿Quién es?—preguntó Verity.

Oliver se tensó a su lado.—Melissa. Mi hermana.

—Es preciosa—dijo Verity.

—Lo era. Murió hace dos años.

—¡Oh! Yo...lo siento mucho—dijo Verity sin saber qué más añadir.

—Yo también—respondió Oliver en un ronco susurro. Su rostro mostraba una mezcla de emociones que desconcertaron a Verity: rabia, tristeza, desolación...y un infinito agotamiento. Ella no pudo soportarlo más, se acercó a

él, poniéndole la mano sobre el brazo y mirándolo fijamente con sus enormes ojos azules. Ambos se observaron cautelosamente, la tensión vibrando en el aire

entre ellos como una tormenta eléctrica.

Oliver la sujetó de la nuca con fuerza y la besó. Ambos se aferraron el uno al otro con desesperación, explorándose con las manos. Fue un beso hambriento y

salvaje, con toda la boca, con la lengua, y los dientes, incluyendo la barbilla y la nariz, como si quisiesen reconocerse, sus lenguas enganchadas en una danza que

parecía no tener fin. Verity gimió en su boca y Oliver sintió el súbito deseo de

arrancarle la ropa y hacerla suya, allí mismo. Ambos se tambalearon sobre sus pies mientras seguían besándose y las manos de Oliver recorrieron su cuerpo con

destreza, maldiciendo todas las capas de ropa que llevaba. Con dedos hábiles, desató la parte superior de su vestido, liberando su corpiño. Lejos de dudar, Verity se aferró a él con más fuerza y exhaló un delicioso gemido cuando los labios de Oliver comenzaron a recorrer su cuello, llenándolo de pequeños besos

que la hacían estremecerse. Verity se separó un poco para mirarlo, sus ojos azules más abiertos que nunca, contemplándolo con una entrega que a él le

conmovió. Supo en ese mismo instante que ella no le negaría nada, que podría tomarla allí mismo, sobre la alfombra raída y sucia de polvo, y ella no se negaría. Se inclinó suavemente hacia ella, abarcando con su mano uno de sus pechos, redondos y suaves y sintió bajo su palma como su corazón latía como un

pájaro asustado. Después, se entregaron de nuevo al frenesí y ambos se dejaron

caer sobre el canapé, los pechos de Verity libres del corsé y sus pezones rosados erguidos, clamando las caricias de Oliver.

—Verity—susurró él, paladeando su nombre como un caramelo—.Eres preciosa.

Ella lo miró tragando saliva. *No te detengas*, decían sus ojos. *No te detengas o no quizás me de cuenta de que esto es un error*. Obedeciendo a esa súplica muda, él introdujo una mano bajo sus faldas, colándose entre su ropa interior. El

cuerpo de Verity se tensó y vibró como si hubiese tocado un resorte invisible y

los gemidos que escaparon de su boca fueron para él la más hermosa de las melodías.

—Estás terriblemente húmeda—dijo antes de subirle las faldas hasta la cintura, con movimiento veloz.

Ella contuvo el aliento. Estaba en una situación muy impropia, semidesnuda con un hombre casado, más que dispuesta a entregarse a él. Si le hubieran dicho

en el convento que acabaría así, habría pensado que habían perdido el juicio.

Pero ahora solo podía pensar en Oliver, sus ojos profundos, sus manos que

parecían conocerla tan bien, su olor a eucalipto. Podía sentir la longitud de su erección contra su muslo y eso la enardecía. Alargó tímidamente la mano para tocarlo pero él la detuvo. En cambio, se inclinó y enterró la cabeza bajo sus enaguas. Verity gritó al sentir su lengua húmeda ascendiendo por sus muslos. El

cosquilleo que le provocó subió hasta su espina dorsal y clavó las uñas en la tapicería, tan fuerte que temió romperla.

—No...no puedo. Es demasiado—jadeó.

La lengua de Oliver ascendió hasta su mismo centro, trazando pequeños

círculos y ella ya no pudo pensar en nada más, solo en el temblor de sus piernas

y en la temperatura de su cuerpo que había subido varios grados, hasta que estalló en una oleada de placer que la hizo agitarse como un tronco en medio de

una tormenta.

Oliver se irguió con los ojos brillantes. Todavía tenía en su boca el sabor de

ella, dulce y profundo. Pensó que era la criatura más hermosa del mundo, allí tumbada, medio desnuda y con las mejillas arboladas, todavía perdida en el placer que él acababa de darle. Le dejó un tiempo para recuperarse, mientras se

levantaba lentamente pues estaba tan excitado que los pantalones parecían haber

encogido varias tallas. Se dio cuenta de que ella tenía la mirada fija en su erección, y la detuvo cuando alargó la mano hacia él para tocarle.

—No—dijo alejándose.

—¿Qué? ¿Por qué?—Ella parecía confundida.



—Si me tocas no podré evitar hacerte mía aquí mismo. Y no creo que sea una buena idea—dijo él. Fueron quizá las palabras más difíciles que había pronunciado en su vida, pero sabía que era lo correcto.

Verity parpadeó. Aquello no cuadraba. Desde su llegada a Londres, había oído chismes y murmuraciones entre las criadas, que se contaban unas a otras lo

que hacían en la cama con sus amantes o maridos. Verity había escuchado lo suficiente como para saber que siempre eran las mujeres las que debían detener

los avances de los hombres. Ellos siempre parecían querer más, o al menos eso

era lo que aseguraban sus sirvientas entre risitas. Sin embargo, allí estaba ella, desgreñada y medio desnuda, dispuesta a entregarse a Oliver y él le decía que debían parar. Lo miró confusa.

—No quiero que tu primera vez sea sobre una alfombra raída—dijo él—. No hay nada que desee más que disfrutar de tu precioso cuerpo. Pero no aquí, en esta casa. No así.

Verity suspiró aliviada. Por un momento había temido que él la estaba rechazando.

—Está bien—dijo.

—Escucha—Oliver luchaba por normalizar su respiración agitada—. Dentro de dos días el duque de Wardington dará una gran fiesta para celebrar que la peste ha desaparecido de Londres. Asistirán los reyes y se celebrarán unos torneos lúdicos, donde algunos de nosotros combatiremos como hacían los caballeros de antaño. Después habrá un baile y todo el mundo estará muy ocupado vaciando la bodega del duque. Podremos escaparnos entonces sin

que nadie se dé cuenta.

Verity sonrió. El plan le parecía de lo más tentador.

—¿No serán muy sangrientos esos torneos?—preguntó—. Suena como un deporte brutal.

—Me guardaré mucho de que me lesionen sabiendo el premio que me espera después—respondió él con un brillo travieso en sus ojos.

Se besaron de nuevo, perdiéndose el uno en el otro hasta que el mayordomo dio un discreto toque en la puerta para avisar de que el carruaje estaba preparado

para llevar a Verity de vuelta a su casa.

~~~~~

Oliver se quedó observando como el carruaje doblaba la esquina. Lo que acababa de hacer era algo inaudito para él, una primicia en su historial de seductor. Si Benjamin llegase a enterarse, estaría riéndose de él durante una semana entera. Jamás antes había detenido los avances de una mujer, nunca había desperdiciado la oportunidad de seducir a una dama, sobre todo si se trataba de una joven tan exquisita como Verity. No sabía qué le había impulsado

a detenerse, a no hacerla suya; pero por algún motivo, le había parecido incorrecto poseerla allí mismo, en la alfombra polvorienta de la casa de sus padres, con las paredes desconchadas y el abandono como testigos.

No, Verity merecía mucho más que eso. Merecía una cama cómoda y confortable, sábanas de seda y velas perfumadas. Merecía que Oliver se tomase

su tiempo para disfrutar de su precioso cuerpo, que la colmase de caricias y la hiciese sentirse perfecta y deseada.

Inquieto, paseó arriba y abajo por el ancho recibidor mirando sin verlos los retratos de sus padres, que habían fallecido mucho atrás y a los que nunca le había unido ningún afecto. Se detuvo frente al retrato de Melissa y contempló sus grandes ojos negros que parecían brillar con simpatía desde el lienzo, instándolo a atreverse, a dar rienda suelta a sus sentimientos por Verity.

—¿En qué lío me he metido, Missy?—le preguntó en voz alta al retrato.

Sabía lo que ella le diría de estar viva. « *Estás enamorado, hermanito* »

Oliver meneó la cabeza. Nunca había creído en el amor; más aún, había huido de él como de la peste. Había visto lo que el amor le había hecho a Melissa. Literalmente, la había destrozado.

No, definitivamente, el amor no era algo que a un hombre inteligente le conviniese sentir.

Entonces, ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella, en sus ojos azules y sus labios carnosos, en el modo adorable con el que levantaba la barbilla con terquedad cuando quería expresar alguna de sus ideas?

Si no fuera por la maldita Elena...

De repente se le ocurrió. La solución le pareció tan perfecta y a la vez tan peligrosa que tuvo que sentarse. Huir. Escaparse juntos, esa era la única opción

que les quedaba, pues estaba claro que la alta sociedad no admitiría su relación y

él no era tan poderoso como el duque de Wardington como para tener a una amante a la vista de todos. Pero podrían empezar una nueva vida lejos de Londres, lejos de la sociedad hipócrita que los rodeaba. Podían ir a Gales...

incluso a Escocia. Había heredado el suficiente dinero de sus padres para mantenerlos a ambos durante un tiempo y después...ya se vería. Podía trabajar.

Oliver no había trabajado en su vida, pero de pronto se le ocurrió que no podría

ser tan difícil.

Merecería la pena si podía estar con Verity.

Sonriendo, se sirvió una copa de coñac. Decidió que se lo diría en la celebración tras los torneos. Había visto el deseo y el anhelo en los ojos de la muchacha; sabía que no le diría que no.

Sí, estaba convencido de que todo saldría bien.

## CAPITULO 6

Era la primera vez que Verity asistía a un torneo. Por supuesto, ya no era considerado un deporte de honor, como en los tiempos del rey Enrique VIII, cuando los caballeros luchaban a muerte a cambio de prestigio y favores reales.

Por fortuna, hacía ya muchos años que ese tipo de justas habían quedado en desuso. Ahora eran una diversión para las clases nobles, un deporte en el que se

usaban armas romas que no podían herir mortalmente.

Pese a todo, Verity sintió en su piel la emoción del ambiente festivo. Se abrió

camino a través del “campo de batalla” improvisado en los inmensos jardines, llenos de coloridos pabellones que parecían haber brotado de la nada como hongos después de una tormenta. Los caballos estaban engalanados con

gualdrapas de colores y los participantes, vestidos como caballeros medievales,

bromeaban entre sí comparando sus armas: lanzas largas, mazas y manguales.

Todo parecía sacado de una leyenda artúrica y ella paseó durante un buen rato,

absorbiendo todo lo que veía.

Se detuvo para dejar paso a un joven a caballo y escuchó una voz familiar llamando su nombre. El corazón le dio un vuelco y se giró para ver a Oliver acercándose, vestido como la reencarnación de Lancelot: armadura completa y yelmo con penacho amarillo y rojo. En la mano llevaba las riendas de *Arrow*, su caballo, que a Verity le pareció un ejemplar magnífico. Él le hizo gestos para que

se acercara y ambos se reunieron tras un pabellón, resguardándose de miradas indiscretas.

—No he dejado de pensar en ti desde que te marchaste ayer—le dijo él con los ojos llenos de deseo.

El corazón de Verity se hinchó en su pecho. Oliver era la viva imagen de la hombría, en su armadura negra y dorada. Su mandíbula cuadrada destacaba enmarcada por el casco metálico y el hoyuelo de la barbilla estaba más

apetecible que nunca. Más aún, él la miraba como si fuese la mujer más hermosa

del mundo.

—Yo tampoco—confesó en voz baja, sintiendo que se ruborizaba.

Él adelantó la mano para acariciarle la barbilla y el metal de la armadura crujió. Ambos sonrieron.

—Estas armaduras son bastante ruidosas—comentó él.

—¿Es muy incómoda?

—No demasiado. Podría hacer casi cualquier cosa vestido con ella.

—Ah, ¿sí? ¿Podrías bailar dentro de esa cosa?—bromeó Verity.

—Seguramente, aunque creo que este casco me impediría escuchar la música. ¿Quieres que lo intente esta noche en las celebraciones tras el torneo?

—

bromeó Oliver.

—No, creo que será mejor que te lo quites todo.—Verity se detuvo y sus ojos se abrieron como platos al comprender el doble sentido de lo que había dicho. A

su lado Oliver ostentaba su particular sonrisa traviesa y le guiñó un ojo, haciendo que ella se pusiese todavía más colorada.

—¿Estás segura de que te has criado en un convento? Estoy empezando a dudarlo...

Ella le golpeó en el brazo de la armadura y él la atrajo hacia sí, sujetándola por la cintura

—No puedo esperar a que estas justas terminen para estar contigo—susurró Oliver con la mirada fija en su boca—. Además, hay algo muy importante que quiero decirte.

Verity asintió, turbada por su cercanía. Se lamió los labios y se acercó más a él, ansiando sentir su boca. Un carraspeo a sus espaldas les hizo dar un respingo

y ambos saltaron a la vez. Oliver se tambaleó dentro de su pesada armadura y estuvo a punto de caer al suelo. Tras ellos, Benjamin Thomson reía a carcajada

limpia. Oliver le hizo un gesto obsceno con una mano.

—Disculpad la intromisión, pareja de tórtolos—dijo Benjamin en tono jocoso—. Los torneos van a comenzar ya. Te están esperando, Oliver.

Él acarició la mejilla de Verity con su mano derecha.

—Me temo que debo ir. ¿Dónde estarás sentada?

—Las hermanas Scott me han invitado a sentarme con ellas en su palco.

—Entonces te buscaré allí.—Le sonrió de forma seductora—¿Sabías que en la Edad Media las damas le entregaban a su enamorado un amuleto para que le

diese suerte cada vez que entrase en batalla? ¿Me harías ese honor?

Verity se estremeció de placer ante las palabras de Oliver. *Su enamorado*. La forma en que eso sonaba le provocó un agradable cosquilleo en la espina dorsal.

—¿Qué tipo de amuleto?—preguntó.

—Una cinta de tu vestido bastará.

—¡Oh!—Verity arrancó un trozo de cinta del escote de su vestido, que ese día era de color amarillo.—Con mucho gusto, Oliver.

Él besó el trozo de tela antes de ocultarlo bajo la armadura.

—¿Sabes?—dijo—. Es la primera vez que pronuncias mi nombre. Me encanta como suena en tus labios.

Con un beso al aire se alejó acompañado de Benjamin. Verity sonrió para sí.

“*Oliver*” murmuró. “*Oliver*”

Sí, definitivamente ese nombre sonaba de maravilla en sus labios.

Volvió caminando sobre sus pasos hacia la zona donde el gentío se estaba reuniendo para presenciar las justas. Un combatiente se acercó a ella y cuando alzó la visera de su casco se dio cuenta de que se trataba de Samuel Crosby. Su

padre había competido en su juventud y como su edad ya no se lo permitía había

propuesto que el joven secretario participase, a pesar de que no era aristócrata ni pertenecía a ese círculo. El viejo conde se había encariñado mucho con Samuel y

a veces a Verity le recordaba a un niño con un juguete nuevo o a un criador de

perros azuzando a su galgo más avisado.

—Lady Verity—saludó Samuel al llegar a su altura.

—Buenos días, Samuel. Te deseo suerte en las justas. ¿Estás emocionado?—

preguntó ella mientras acariciaba con la mano las crines de *Noir*. El animal no había vuelto a ponerse nervioso desde que su ungüento había curado las manos

de Timothy.

—No es más que un entretenimiento para ricos ociosos—dijo Samuel con un punto de desprecio en su voz—. Nada que ver con una batalla real.

—¿Has participado en batallas?—preguntó Verity—. Creo que mi padre



comentó una vez que fuiste soldado.

—Durante un tiempo fui soldado de fortuna. O algo así—dijo Samuel

evasivo—. Ya te dije que he tenido que ganarme la vida de mil formas desde que

mi padre dilapidó su fortuna. No hay nada de hermoso en tener que partir hacia

un futuro incierto, dejando atrás lo que se ama.

Una sombra cruzó su rostro y Verity tuvo una vez más la sensación de que

estaba hablando de alguien en concreto, alguien a quien había amado y dejado atrás.

—Bueno, pero esta es una celebración alegre—dijo tratando de animarlo

—.Ahora lucharás para celebrar la vida, después de la amenaza de la epidemia.

—Tienes mucha razón.—Samuel sonrió. Después enrojeció un poco y la

miró azorado—¿Podría pedirte un favor? Antaño los caballeros solían usar la cinta de una dama bajo su armadura, como protección en la batalla. ¿Me harías

esa distinción?

Verity se sonrojó y bajó la cabeza. ¿Acaso Samuel estaba *realmente*

interesado en ella? Después de las extrañas palabras que le había dedicado días

atrás en Camrose Hall, se había mostrado respetuoso y correcto, hasta el punto

que ella llegó a pensar que se lo había imaginado todo. Al parecer, no era así.

—Lo siento mucho—murmuró—. Ya le he dado una cinta a otra persona.

Él se envaró, irguiéndose en toda su estatura.—Por supuesto. Estoy seguro de que una dama de tu belleza y virtud tiene muchos admiradores. Espero que disfrutes de los torneos—añadió antes de alejarse tirando de las riendas de *Noir*.

Sintiéndose ligeramente culpable, Verity se dirigió al palco reservado por los condes de Tisdale, donde las hermanas Scott y su madre se abanicaban para alejar el calor. El prometido de Emmaline, que no competía, estaba sentado junto

a ella y la contemplaba con expresión embobada, hasta tal punto que a Verity le

pareció ver un hilillo de baba resbalando por su mentón.

Se anunció con gran fanfarria la llegada del séquito real y al instante aparecieron el rey Jorge y la reina Carlota, acompañados por numerosos lacayos

y amigos cercanos. El duque de Wardington estaba allí, luciendo muy ufano una

casaca de terciopelo amarillo que le hacía parecer un enorme canario. Su esposa

le acompañaba: una dama alta y corpulenta con un intrincado peinado y un vestido estilo rococó que le quedaba demasiado ceñido.

—Últimamente los duques de Wardington pasan más tiempo juntos—musitó

Emmaline en el oído de Verity—. El duque se ha cansado de su última amante y

todavía no le buscado reemplazo, así que ahora le presta más atención a la duquesa. Siempre hace igual, hasta que una nueva conquista cae en sus redes.

—¿Es eso cierto?—Verity la miró alarmada.—¿El duque ha dejado a Harriet Moore? ¡Creía que estaba enamorado de ella!

—¿Enamorado?—Alice se unió a la conversación con un resoplido de risa

—. El duque jamás se enamora de sus amantes. Solo las utiliza. La duquesa lo

sabe y por eso las tolera sin hacer grandes escándalos... ¡Oh, mira, ahí está la condesa de Padmore! Habrá venido para ver competir a su esposo, lord Oliver Wolcott.

La mención de ese nombre hizo que Verity saltase en su asiento. Se olvidó de las tribulaciones de Harriet Moore y siguió la trayectoria del dedo de Alice.

Lady Elena era una mujer de pequeña estatura, muy pálida y tan rubia que su cabello parecía casi blanco. Tenía un rostro menudo en forma de corazón y parecía frágil e inofensiva. Verity sintió un gran peso en el estómago y enrojeció

de vergüenza. ¿Era esa la mujer que según Harriet Moore odiaba a Oliver y le hacía la vida imposible? Las dudas volvieron a atenazarla. Fijó la vista en su regazo y no volvió a levantarla hasta que una trompeta anunció el comienzo de

las justas.

Los caballeros empezaron a enfrentarse en parejas sobre la arena. Tal como

Samuel le había advertido, era más ruido y boato que otra cosa: señores que jugaban a entrechocar sus lanzas con gran estrépito y se derribaban unos a otros

entre risas. A Verity le hizo gracia comprobar que Emmaline siempre se tapaba los ojos cuando algún caballero era derribado, como si temiese que alguien fuese

a cortarle la cabeza allí mismo.

A media mañana Oliver salió a la arena, erguido y orgulloso sobre su caballo.

Pronto quedó patente que estaba en magnífica forma física: ganó a sus dos primeros competidores sin apenas despeinarse y el tercero apenas tuvo tiempo de

estar unos minutos sobre el caballo, ya que Oliver lo derribó enseguida. Se retiró

entre grandes aplausos y vítores de la multitud. Estaba claro que era uno de los

favoritos.

Más tarde (después de una actuación desastrosa de dos jóvenes que Verity reconoció de los bailes, y que parecían más interesados en que sus penachos de

plumas no se deshiciesen que en competir) Samuel Crosby hizo su aparición, montado sobre *Noir*. La multitud lo miró con curiosidad, pues no era uno de ellos, pero pronto demostró que tenía gran capacidad para la lucha y descabalgó

a todos sus competidores sin problema.

Después de una pausa durante la cual varios criados sirvieron limonada y té a

los asistentes, se anunció que Oliver Wolcott y Samuel Crosby cabalgarían el uno contra el otro. Un murmullo especulativo recorrió la multitud y se hicieron

apuestas. Oliver era conocido por todos y su habilidad era innegable pero Samuel había derrotado a sus oponentes con una precisión despiadada, y muchos

se sentían intrigados por el desconocido recién llegado.

Verity contuvo la respiración cuando los dos caballos se precipitaron el uno hacia el otro. Las lanzas se alzaron a la vez y chocaron entre sí con un crujido estremecedor. El público soltó un suspiro colectivo de anticipación. Oliver luchaba con elegancia, esquivando la lanza de Samuel con ágiles movimientos de felino, pero el secretario parecía estar poseído por una especie de furia que le hacía blandir su arma a diestro y siniestro, dando golpes que resonaban como latigazos en la armadura de Oliver. Los caballos corcoveaban siguiendo las instrucciones de sus jinetes y en un determinado momento Samuel estuvo a punto de ser derribado, y solo consiguió mantener el equilibrio tras balancearse

peligrosamente en una especie de baile ridículo que levantó risas entre la multitud. Eso pareció enardecerle y redobló sus ataques con más ganas. Alzó la

lanza más de lo debido y golpeó a Oliver con todas sus fuerzas, en pleno rostro,

allí donde el casco no llegaba a proteger. Oliver se estremeció y su cuerpo quedó

suspendido en el aire por unos instantes, antes de caer como un peso inerte y estrellarse contra el suelo.

Un grito unánime surgió de entre el público. Verity se puso en pie y se aferró a la barandilla con los nudillos blancos, la mirada fija en el cuerpo caído.

*Levántate, por favor*, deseó con todas sus fuerzas, pero Oliver permaneció inmóvil. Verity comenzó a moverse para bajar a la arena pero una mano se posó

en su brazo, reteniéndola.

—¡No!—le dijo Alice Scott muy seria—Ni se te ocurra bajar ahí en

presencia de todo el mundo. Te comprometerías a ti misma. ¡Su esposa está ahí

mismo!

Verity la miró y después miró hacia el palco real. Los reyes observaban a Oliver con expresión preocupada e incluso el duque de Wardington parecía

nervioso y se secaba el sudor de la frente. Solo una persona estaba calmada, aparentemente indiferente a lo ocurrido.

Solo lady Elena, que permanecía sentada, se mostraba impasible, con una sonrisa fría y cruel torciendo sus labios pintados de rojo.

~~~~~

Oliver volvió en sí como un náufrago a punto de hundirse que de repente consigue salir a la superficie. Le dolía la cabeza terriblemente y un feo moratón

estaba formándose en su mejilla, allí donde Crosby le había golpeado. Vio al secretario inclinado ante él, no preocupado ni alarmado, sino con una expresión

de suficiencia. Sintió una oleada de furia. Se sentía mortificado, humillado en su

hombria. Crosby le ayudó a quitarse la pechera de la armadura.

—Estoy bien—farfulló apoyando los codos en el suelo—.No necesito tu ayuda.

Samuel no respondió, pero siguió mirándolo fijamente. Oliver se dio cuenta

de que no le miraba a la cara, sino al pecho donde todavía llevaba prendida en la

cota de malla la cinta amarilla que Verity le había dado antes. Samuel alargó una

mano y la arrancó de un fuerte tirón.

—Me alegro de que estés bien. En ese caso devolveré esto a la dama a la que pertenece, si no te importa—dijo con la rabia pintada en el rostro. Se puso en pie

antes de que Oliver pudiese responder, tomó las riendas de su caballo y se alejó

con la cinta apretada en su puño. Furioso, Oliver intentó levantarse para seguirlo, pero todavía estaba mareado. Vio acercarse a Benjamin, que le ayudó a ponerse

en pie y lo condujo hacia la casa sujeto por el hombro. La multitud le obsequió

con algunos aplausos corteses. Indiferente a todos, los ojos de Oliver se movieron a toda velocidad por los palcos buscando a Verity, ansiando

tranquilizarla, asegurarle que estaba bien.

~~~~~

Verity observó aliviada como Oliver se ponía en pie y salía cojeando del patio. Ignorando a las hermanas Scott echó a correr a su encuentro, pero alguien

le cerró el paso y cuando alzó la mirada se encontró con el rostro ceñudo de Samuel Crosby, que agitaba ante sí la cinta de su vestido como quien sujeta a un

ratón por la cola.

—No pensé que te rebajarías tanto, Verity—le dijo con disgusto.

—¿Cómo dices?

—Demuestras tener muy poco seso. O eso, o muy poca moral.

Ella sintió la furia estallar en su pecho.

—¿Quién eres tú para juzgarme? ¿Acaso no puedo elegir a quien amar?

—¿Amor?—Samuel rió burlón y se inclinó hacia ella—¡Eso no es amor, sino vergüenza y deshonra! ¡Es un hombre casado! ¡Te faltas al respeto a ti misma!

—¡Una no escoge a quien entrega su corazón!—gritó ella con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Él solo te quiere en su cama!—bramó Samuel fuera de sí—¡Te olvidará en menos de un suspiro cuando te hayas entregado a él, si es que no lo has hecho ya!

—¡Mientes! ¡Jamás me ha pedido nada que pueda avergonzarme!

Samuel la miró con suspicacia—¿Es eso cierto? ¿No le has entregado tu virginidad?

—¡Por supuesto que no!—chilló ella obviando el hecho de que había estado muy dispuesta a hacerlo y había sido el propio Oliver el que había impedido que

sucediese—¿Por qué te metes en mis asuntos? ¡No eres mi padre ni mi confesor!

—Pero me preocupo por ti—respondió Samuel con suavidad—.Odiaría verte ultrajada y convertida en una paria social por culpa de un libertino como



Wolcott.

Verity entrecerró los ojos.—¿Por qué te preocupan tanto mis atenciones hacia Oliver?

—¡Porque desearía ser yo su destinatario, maldición!—dijo Samuel perdiendo la paciencia.

Verity se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.—¿Qué estás diciendo?

—Al menos yo te llevaría ante un sacerdote antes de meterte en mi cama— razonó él—. Wolcott no puede darte lo que necesitas para ser feliz. Yo sí podría.

—Mi padre nunca me permitiría casarme con alguien sin títulos—respondió ella, todavía atónita.

—Tampoco vería con buenos ojos que te convirtieses en la amante de un hombre casado—. La verdad encerrada en las palabras de Samuel la golpeó como un puño.

—No te amo—susurró evitando mirarle a los ojos.

El rostro de Samuel se oscureció y un rictus de furia hizo temblar la

comisura de sus labios. —Bien, entonces parece que el amor nos esquivo a todos

—dijo con sorna—. Oliver Wolcott tampoco te ama a ti. Ha hecho una apuesta

con su amigo lord Thomson para seducirte.

Verity sintió que le faltaba el aire, como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

—No es verdad.

—Lo es. Llevan años apostando sobre las mujeres con las que se acuestan, burlándose de ellas. Incluso tienen un cuaderno donde apuntan las cantidades en

juego. Yo mismo lo vi. ¿Quizás te interesaría leerlo? Si has terminado con el ejemplar de *El Acta de las Vanidades* que te conseguí, puede que te interese una lectura más...escandalosa.

El sarcasmo rezumaba de la voz fría de Samuel y ella se sintió desfallecer.

Deseó con todas sus fuerzas que fuese mentira, que su odio por Oliver le impulsase a inventar esa horrible historia...pero algo en los ojos azules del secretario, un brillo de triunfo, la convenció de que era cierto. Ella no significaba nada para Oliver, más allá de un eslabón más en su larga cadena de conquistas.

Incapaz de seguir mirando a Samuel Crosby a los ojos, Verity echó a correr.

~~~~~

Oliver gruñó, sacándose al doctor Kingsley de encima de un manotazo.

Después de colocarle una venda en la cabeza que le hacía parecer una momia, el

médico había insistido en que se acostase un rato, para recuperarse de la conmoción. Pero lo último que él quería era estar allí tumbado, en la penumbra,

rumiando su derrota a manos de ese idiota de Crosby. Ni hablar. Tenía que volver al patio lo antes posible, buscar a Verity, y quizá cambiar una o dos palabras con ese secretario fanfarrón que pensaba que era apropiado golpear en

la cabeza a sus oponentes durante un torneo.

Ignorando al médico salió al jardín como una tromba, solo para darse de bruces con Verity que corría con los ojos anegados de lágrimas y pasó a su lado

sin detenerse. Oliver fue tras ella y finalmente consiguió alcanzarla en un pequeño recodo del jardín. La sujetó por el brazo.

—¿Qué ha ocurrido?

Ella le golpeó el pecho con ambos puños, con una furia que parecía traspasar su cuerpo menudo.

—¡Suéltame! ¡Maldito seas, Oliver Wolcott! ¡Has estado jugando conmigo!

—¿Qué dices?

—Lo sé todo. Sé que has apostado con Benjamin Thomson y que tu único objetivo era acostarte conmigo. Solo he sido un desafío para ti—. Se detuvo y lo

miró con odio, el dolor deformando sus bonitas facciones—. Pensé que eras diferente, pero estaba equivocada. Has estado burlándote de mí todo el tiempo.

Oliver soltó una maldición entre dientes. Tragó saliva e intentó responder, pero por una vez en su vida no encontró las palabras adecuadas. Los ojos de la

joven recorrían ansiosos su rostro, instándole a negarlo todo, a convencerla de que era una calumnia. Oliver vio en el rostro de Verity el momento exacto en que

ella comprendió que él no iba a negarlo, que todo era cierto.

—Maldito seas—siseó, lista para darse la vuelta y huir de él.

Oliver reacción por fin. Su voz sonó acartonada, sin vida.

—Es cierto, hicimos una apuesta. Fue una tontería. Solíamos hacer apuestas hace muchos años, cuando éramos jóvenes, como una forma de probarnos a nosotros mismos cuando alguna dama nos llamaba la atención....Después de mi

boda con Elena dejamos de hacerlo. Aquel día, cuando me fijé en ti en el baile

en casa de Wardington, Benjamin pensó que...

—¿Qué pensó? ¿Qué sería divertido, quizá?—Verity lo interrumpió con los brazos en jarras. Sus ojos azules echaban chispas—¿Pensasteis que podríais hallar entretenimiento en un nuevo reto; seducir a la ingenua debutante recién llegada del convento?

—¡Fue un error! Esa apuesta dejó de tener sentido para mi hace mucho tiempo. Ni siquiera había vuelto a pensar en ella. ¡Tienes que creerme.! Contigo

es distinto...Tú...—Oliver se detuvo, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Verity meneó la cabeza con desprecio.

—No te creo—dijo—¿A cuántas jóvenes más habéis engañado tu amigo y tú? No sois más que un par de canallas. Si no llega a ser por Samuel Crosby...

La mención de su rival enfureció a Oliver.

—¿Crosby? ¿Acaso vas a fiarte de lo que te diga ese patán? ¡Me odia! ¡Diría

cualquier cosa para perjudicarme!

—¡Ha demostrado ser mucho más caballero y digno de confianza que tú!—

chilló Verity.

Oliver dio un paso hacia ella, su rostro blanco de ira.—¡No sabes lo que dices! ¿Olvidas que de no ser porque yo me detuve me hubieras entregado tu honra el otro día? ¡Estabas dispuesta a hacerlo! Si mi única intención es aprovecharme de ti...¿ Por qué no lo hice cuando tuve oportunidad? ¡Fuiste tú la

que me besaste en el bosque! ¡Tú solita la que te subiste a un carruaje para venir

a mi casa!

Verity alzó una mano para instarlo a guardar silencio. Estaba tan pálida que él pensó que iba a desmayarse.

—Aléjate de mí, Wolcott—susurró—. De hoy en adelante no quiero que me busques, ni me hables, ni siquiera que me mires si alguna vez nos encontramos

en público. No me interesa saber lo que haces, a dónde vas o si estás vivo o muerto. Para mí no eres más que un error, un fantasma al que no me costará nada

olvidar, del mismo modo que tú te has olvidado de todas las mujeres que han pasado por su vida.

Oliver absorbió toda la furia de sus palabras mientras ella se daba la vuelta y se alejaba de él , llevándose en su huída el sentimiento cálido que había llevado

dentro de sí desde que la había conocido, dejando en su lugar un desierto de

desolación y cenizas.

## CAPITULO 7

En circunstancias normales, hubiera sido un día perfecto para disfrutar de los placeres de la vida. Desde niño, Oliver adoraba las actividades al aire libre, la música y los actos sociales donde podía dar rienda suelta a sus habilidades de seductor. La fiesta tras la celebración de las justas era un lugar ideal para ello: el sol brillaba alegremente y la brisa soplaba cálida en los jardines del duque de Wardington. A su alrededor se escuchaban los sonidos de la risa y la música. Todo el mundo estaba de buen humor, tras haber disfrutado de los torneos, con bandejas de comida y jarras de bebida al alcance de la mano y la amenaza del sudor de Picardy ya lejana en el horizonte.

Sin embargo, Oliver no disfrutaba. Estaba muy deprimido.

Se encontraba apoyado en una pared, exactamente en la misma posición que el día que había visto a Verity por primera vez. El día que había hecho aquella

maldita apuesta con Benjamin.

Entornó los ojos, contemplando como ella bailaba con un pretendiente.

Había estado bailando sin parar durante la última hora, obsequiando con sonrisas

a los jóvenes que se le acercaban, como si apenas dos horas antes no hubiese estado con los ojos anegados en lágrimas, gritándole que saliese de su vida para

siempre. Su rechazo hacia él era claro y palpable, tanto; que él no había logrado

reunir el coraje suficiente para arrancarla de los brazos de todos esos pánfilos y

proclamar a los cuatro vientos que era suya, solo suya.

En lugar de eso, se encontraba ahogando sus penas en alcohol, como un borracho cualquiera. Se giró hacia Benjamin.

—Dime, ¿no es la mujer más hermosa del mundo?

Benjamin puso los ojos en blanco. Su amigo llevaba dos horas con el mismo tema. Le pidió a un criado otra botella de coñac: no estaba todavía lo suficientemente borracho como para tratar con un Oliver malhumorado y victimista.

—Encantadora, sí—dijo aburrido—.Lo mismo que la mitad de las chicas de esta fiesta.

—¿En que momento se me ocurrió hacer caso a tu cabeza de chorlito y apostar sobre ella?— se quejó Oliver empujándolo con el hombro—¿Y cómo se enteró ese maldito Crosby de la apuesta?

—Oh, en cuanto a eso...—Benjamin se enderezó, poniendo algo de distancia entre él y su amigo por si las moscas—Me temo que yo tengo parte de culpa. Me

encontré con Crosby el otro día en el club. Todavía le dejan pasar aunque ya no

forme parte de la alta sociedad, pues el dueño era amigo de su padre. El caso es

que yo estaba tomándome unas copas con Charles y George y hablábamos de mujeres. Ellos se reían diciendo que desde tu matrimonio iban a salirle telarañas

a nuestro famoso cuaderno...y me temo que les conté que tenías otro objetivo en

mente. Crosby lo oyó todo.

—¿Qué tú que?—Oliver lo miró entrecerrando los ojos.

—Lo siento, amigo—Benjamin parecía muy arrepentido—Ya sabes que cuando bebo me cuesta contener la lengua.

—Eres un cretino—dijo Oliver dándole una colleja—. Y yo todavía lo soy más por hacer esa apuesta contigo.

Benjamin se frotó el cuello.—En fin, lo hecho, hecho está. Deberías olvidarla de una vez por todas.

—No puedo. Ella es diferente a todas las demás

—¿Diferente? Llévalas a solas a la oscuridad y todas son casi iguales—

gruñó su amigo—.Vamos, Oliver, encuentra a otra chica bonita con la que pasar

el tiempo y olvídate de ella.

Ignorando a su amigo, Oliver miró de nuevo a Verity. Ella se percató de su mirada e hizo girar a su pareja, de modo que quedó de espaldas a él. Oliver tuvo

una visión directa de su exquisita espalda y su delicado cuello y soltó un suspiro.

—Solo la quiero a ella.

—Eres terco como una mula.—Benjamin le dio con el codo—. Además, ¿no



ha crecido en un convento? Seguro que es de esas que se escandalizan en la cama cuando le pides algo novedoso y...

Oliver recordó el ardor que ella había mostrado en su casa, la dulce entrega con la que se había confiado a él, y a pesar de lo triste que estaba sintió un ramalazo de excitación.

—Te equivocas—dijo malhumorado—.Además, no se trata de sexo. Al menos, no solo de sexo. Quiero estar con ella todo el tiempo. Quiero... hacerla sonreír. Ella es...como un ángel.

Benjamin resopló.—¿Un ángel? Tú mismo, pero prefiero que mis mujeres tengan forma estrictamente humana. Es mucho más divertido de esa manera.  
—

Se puso en pie y tiró de Oliver para que hiciese lo mismo—Venga, vamos a ver

que otras delicias hay hoy en exhibición.

Oliver siguió a Benjamin a regañadientes y se cruzó con Samuel Crosby, rodeado por un grupo de hombres, que lo felicitaban por su victoria en el torneo.

Furioso, Oliver lo golpeó deliberadamente con su hombro al pasar por su lado.

—¿Por qué tanto interés en alejarme de lady Verity? ¿Acaso la quieres para ti? Nunca te elegiría. Ella me quiere a mí, aunque no lo sepa—le susurró con fiereza en el oído.

—Samuel le obsequió con una sonrisa fría.—Quizá. Pero yo tengo algo que a ti te falta, Wolcott.

—¿A qué te refieres?

—A la ausencia de pasado.

—Todos tenemos un pasado.

—Pero a algunos les pesa demasiado, como a ti. Yo he borrado el mío y soy ligero como una pluma.

Oliver lo miró asombrado. ¿Estaba loco ese hombre o acaso había bebido demasiado? Fue a abrir la boca para replicarle pero Benjamin lo apartó de allí,

haciéndole un seco gesto a Crosby para que se alejara.

Verity vio por el rabillo del ojo como Benjamin apartaba a Oliver de Samuel Crosby y exhaló un suspiro de alivio. Oliver la había estado mirando todo el tiempo mientras bailaba, con una mirada encendida que parecía traspasarla, y a

ella le había costado mucho mantener el tipo y sonreír a sus pretendientes como

si tal cosa.

La fiesta estaba resultando un desastre. Todavía no podía creer que Oliver hubiese hecho esa cosa horrible, apostar sobre ella, y las palabras que se habían

dicho después de la justa se le clavaban como alfileres.

Tratando de distraerse, miró a su alrededor buscando alguna cara conocida.

Las hermanas Scott estaban junto a la mesa de los pasteles, pero mientras Alice

parecía contenta y relajada, llenándose la boca de merengues, Emmaline estaba

muy tensa, algo que sorprendió a Verity pues la chica había pasado toda la noche

de la mano de su orgulloso prometido. Verity se acercó a ella.

—¿Te ocurre algo?—pregunto

—Nada.—La muchacha dio un respingo—. Simplemente he estado

recordando...Cosas del pasado que me han puesto un poco triste. Nada de lo que

preocuparse—. Lanzó una mirada nerviosa a su alrededor y Verity se fijó en que

sus ojos se llenaban de lágrimas al detenerse sobre un grupo de hombres entre los que se encontraban su futuro esposo y Samuel Crosby. ¿Habría discutido con

su prometido? Estaba a punto de preguntárselo pero Alice las interrumpió en ese

momento, con la boca llena de chocolate.

—¿Habéis oído lo último? Harriet Moore ha montado un numerito en los

jardines. Los criados del duque han tenido que detenerla. Gritaba, llamándolo a

él y reprochándole el haberla abandonado. Todo muy ordinario.

Lady Sarah Ralston tragó un trozo de tarta de frambuesa antes de responder.

—Muy estúpido por su parte. Y muy ingenuo. ¿Acaso pensaba que iba a durar?

El duque ha tenido docenas de amantes antes que ella. Haría bien en reunir un poco de dignidad y alejarse.

Verity tragó saliva, sintiendo una inmensa tristeza por Harriet. Así era como

terminaba todo. Los sueños y esperanzas de la muchacha, su confianza en sí misma...todo eran quimeras. La libertad de la que hablaba se había vuelto contra

ella.

—Cambiando de tema—dijo Alice—¿Habéis visto el vestido de la condesa de Padmore esta noche? Cualquiera pensaría que pretende competir con la reina.

Verity siguió su dedo índice. En un lugar principal del salón, los reyes hablaban con los aristócratas más relevantes. La reina Carlota estaba enfrascada

en una conversación con varias damas, entre las que se encontraban la duquesa

de Wardington y lady Elena. Era cierto que llevaba un vestido espectacular, blanco roto, lleno de bordados y joyas que relucían bajo la luz que se filtraba por las ventanas. Sin embargo, lo lucía sin gracia. Verity pensó que en cierto modo

parecía estar amortajada dentro de él.

Lady Elena captó su mirada y se acercó a su grupo a grandes zancadas.

—Buenas tardes, chicas.

—Buenas tardes, Condesa. Está usted muy elegante—respondió Sarah con aire zalamero.

—Gracias, querida. Tú también estás encantadora; el color lavanda te sienta de maravilla. Y tú, Emmaline, estarás radiante ante tu inminente matrimonio.

Lord Bolton bebe los vientos por ti.

—Muchas gracias, milady—respondió Emmaline con menos entusiasmo del que hubiera sido pertinente.

Lady Elena volvió su mirada fría a Verity.

—Creo que no nos han presentado. Pero sé que eres la hija del conde de Harcourt porque eres el vivo retrato de tu madre. Soy la condesa de Padmore.

Creo que has conocido a mi esposo.

—Mucho gusto, Condesa—respondió Verity con la mirada fija en la punta de sus zapatos.

—Encuentro que hace mucho calor aquí. ¿Pasearás conmigo?

Incapaz de decir que no, Verity siguió a la condesa, que atravesó la sala con la cabeza alta, repartiendo saludos a diestro y siniestro. Salieron a un pasillo exterior y lady Elena cerró la puerta tras ellas, silenciando totalmente las voces y la música de la fiesta.

—Mucho mejor—murmuró la mujer, asintiendo para sí—. Sígueme, querida.

Insegura, Verity fue tras ella por el largo pasillo. La condesa se detuvo ante una ventana alta, que daba al jardín, y la abrió con cuidado.

—Asómate, por favor.

Verity lo hizo, y lo que vio la dejó sin respiración. Harriet Moore estaba al otro lado de la verja, desgredada y desesperada, gritando algo que Verity fue incapaz de entender debido a la distancia. Frente a ella, pero en la parte interior del jardín, dos lacayos con librea y armas al hombro permanecían impasibles ante la desesperación de la muchacha. Harriet intentó trepar por la verja y uno de

ellos, sin perder su expresión aburrida, la sujetó por un brazo y la lanzó de nuevo al suelo, sin ningún cuidado.

—¡Brutos!—exclamó Verity horrorizada—¡Le ha hecho daño!

—Los lacayos de mi hermano no son demasiado cuidadosos—dijo lady

Elena con regocijo—. Podrían detenerla por armar tal escándalo, claro está, pero

mientras no oigamos sus molestos gritos desde aquí, la duquesa de Wardington y

yo creemos que su desesperación es un espectáculo...entretenido.

—¡Es usted cruel!—Verity la miró sin poder creer lo que oía. Lady Elena le devolvió una mirada que parecía de hielo.

—La duquesa de Wardington es mi cuñada y mi amiga—dijo—. Y esa furcia de ahí fuera la ha ofendido retozando con su esposo sin preocuparse de nada más.

—¡Fue su esposo el que cometió la mayor ofensa!—gritó Verity.

Lady Elena la miró con condescendencia.—Los hombres son así, querida.

Buscan el placer, a cualquier coste. Mi madre me lo enseñó desde que era muy

pequeña. También me dijo que podemos disculpar los deslices de nuestros esposos, pero nunca jamás debemos perdonar a otra mujer que se interpone en nuestro camino.

—Eso es muy injusto—murmuró Verity, asqueada.

—Es lo que es—dijo Elena encogiéndose de hombros—. Mi esposo, sin ir más lejos, se ha acostado con la mitad de las damas del reino. Colecciona amantes con la misma facilidad que tus queridas monjas pasan las cuentas de un

rosario. Espero que grabes en tu retina el triste espectáculo que está dando tu amiga ahí abajo, para que no te suceda a ti en un futuro.

—¿Cómo dice?

—Si te acercas a mi marido, serás tú quien grite desesperada tras una verja en no mucho tiempo—respondió la condesa como si eso fuese una conclusión lógica—. Te convertirás en una paria y ninguna de nosotras tendremos compasión

por ti. ¿Lo has entendido?

—¡Yo no me he acostado con lord Wolcott!

—Ni lo harás, si sabes lo que te conviene. Todavía puedes casarte bien, así que no lo estropees. Recuerda que te estaré vigilando.

La condesa se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, dejándola atrás. Verity se

quedó mirando a Harriet durante lo que le parecieron horas, haciendo suya la desesperación de la muchacha. Después, con lágrimas en los ojos, regresó al salón de baile arrastrando los pies.

~~~~~

Oliver contempló con los ojos entornados como Elena entraba en el salón, con la cara de satisfacción que se le ponía cuando acababa de hacer algo placentero para ella, como maltratar a algún criado o extender por ahí un rumor

malicioso que arruinase la reputación de alguien. Su esposa caminó hacia él y apoyó una mano sobre su brazo, en un gesto aparentemente cariñoso que a él le

provocó escalofríos. Por supuesto, solo estaba fingiendo. Sus uñas pintadas de color rojo sangre se clavaron en su manga mientras ella se ponía de puntillas para susurrarle al oído.

—Una actuación desastrosa antes en el torneo, querido mío. Lo único que lamento es que esa lanza no te haya partido la cabeza. De todos modos, y según

he oído por ahí, no solo has perdido el honor, sino también el amor. Muy poético, ¿no crees?

Oliver rechinó los dientes mientras las palabras de ella calaban en su mente.

¿Cómo se habría enterado de su relación con Verity? Y lo más importante, ¿qué

tipo de maldad estaría planeando hacerle a la joven? Oliver no dudaba ni por un

momento que Elena trataría de mortificarla de algún modo. En ese instante Verity entró también en el salón, con aspecto pálido y desanimado. Olvidando todo lo demás, se precipitó hacia ella, pero algo lo detuvo.



Oliver lo intuyó antes de que sucediese, como un sabueso que huele el peligro en el aire. El hombre que acababa de entrar era alto, ancho de espaldas y

llevaba una librea azul cielo muy bien cuidada, lo que hacía suponer que se trataba del mayordomo de alguna familia principal. Avanzaba sigilosamente por

el salón de baile y algo en su forma de moverse puso en guardia a Oliver, que lo

miró frunciendo el ceño. Entonces, los acontecimientos se precipitaron. El hombre, con una agilidad impropia de su tamaño, saltó hacia delante, sacando una ballesta de debajo de su librea y apuntando con ella al rey:

—¡Muerte al puerco inglés!—gritó—. ¡Ya es hora de que la Corona inglesa pague por la batalla de Culloden!

Los murmullos de la conversación trivial cesaron y un grito surcó el aire.

Oliver echó a correr en dirección al monarca. Aquello no podía estar pasando.

~~~~~

Verity no estaba preparada para toda aquella locura. Apenas podía creer lo que veían sus ojos: un momento todos estaban bailando relajados, y al siguiente

instante un hombre apuntaba al rey con una ballesta y los nobles enloquecidos gritaban aterrorizados, tirándose al suelo e intentando apartarse del camino. Vio

como Oliver corría hacia el rey, pero antes de que pudiese llegar a su lado alguien más saltó como un felino y cayó encima del atacante, derribándolo. Era

Samuel Crosby. Varios nobles se apresuraron a acudir en su ayuda, mientras

otros rodeaban a los reyes para protegerlos. Samuel, con el rostro deformado por

la ira, le arrebató la ballesta al desconocido y la lanzó con fuerza sobre su cabeza. Verity escuchó el crujido del hueso al romperse y el olor metálico de la

sangre llenó sus fosas nasales. A su lado, la gente seguía corriendo, tratando de

huir del salón y recibió varios empujones que a punto estuvieron de tirarla al suelo. Comenzó a avanzar a tientas, buscando a su padre o a tía Etta, pero el pie

de una mujer se enredó en sus faldas y perdió el equilibrio. Alguien la sujetó por

el brazo y Verity percibió el familiar aroma de Oliver antes incluso de que sus ojos se encontrasen. Se miraron durante un momento y después él la guió con paso firme hacia la puerta, dejándola sana y salva en las escaleras que conducían

al exterior. Verity se reunió con las otras mujeres en el jardín, donde todas hablaban a la vez, muy asustadas.

—¡Ha sido horrible!—gritó tía Etta aplicando un frasco de sales a su nariz—

¡El rey ha estado a punto de morir!

—He reconocido la librea de ese hombre—dijo en un susurro la condesa de Tisdale—. Creo que era el mayordomo de lord Elkins.

—¿Lord Elkins? ¡Se dice que sus antepasados apoyaron a los jacobitas durante las revueltas! ¡El muy canalla ha conspirado contra el rey!

Las mujeres siguieron hablando del tema en nerviosos susurros. Tía Etta se

volvió hacia Verity.

—Tu padre y los otros nobles están reunidos con su majestad—le dijo—.

Nadie sabe como ha podido entrar el atacante. Están intentando llegar al fondo

del asunto.

Un grito terrible rasgó el aire en ese momento y varias de las damas reunidas gritaron también, temiéndose otro ataque. Alice Scott se acercaba corriendo, con

las faldas remangadas y una expresión de terror en el rostro.

—¡Mamá!—gritó—¡Emmaline no está! ¡Ha desaparecido!

—¿Qué dices?—El terror deformó el rostro de la condesa de Tisdale.

—Estaba conmigo cuando...cuando sucedió todo, pero la perdí de vista

mientras tratábamos de salir del salón—Alice mostró un trozo de tela que apretaba entre las manos—. Subí a buscarla y...y no estaba, pero encontré esto.

Es un trozo de su falda, está rasgado. ¡Ella no está por ninguna parte, mamá!

—¡Dios mío! ¡No!—La condesa se llevó las manos a la cara, perdiendo la compostura—¡Mi niña!

Las otras mujeres se arremolinaron a su alrededor, la consternación era visible en sus rostros.

—Intenta no entrar en pánico, Joan—dijo tía Etta con poco convencimiento

—Puede estar en cualquier sitio...

Poco a poco la noticia fue calando entre todos los que habían asistido a la fiesta. El conde de Tisdale, que había estado reunido con el rey, abrazó con fuerza a su esposa y a su hija menor, que sollozaban incansables. Se organizaron

grupos de búsqueda por toda la finca pero pronto fue evidente que Emmaline no

estaba allí. Se había evaporado.

Verity sintió un escalofrío de terror. Las miradas consternadas de todos los demás confirmaban lo que estaba pensando y esa certeza la golpeó como un puño.

La Bestia había actuado de nuevo.

~~~~~

Verity se sentó frente a la ventana de su habitación, la mirada fija en los paneles de vidrio irisado. Hacía un par de horas que había llegado la noticia y los peores temores se habían confirmado: Emmaline había caído en las redes de la

Bestia. La habían encontrado vagando desorientada por Regent Street y el doctor

lo había confirmado: la habían deshonrado. Como las demás víctimas, Emmaline

no recordaba nada y no pudo dar ni una pista acerca de la identidad de su secuestrador. A Verity no le hizo falta preguntar para saber lo que sucedería a continuación: lord Bolton rompería el compromiso y desaparecería del mapa.

Verity había tratado de enviarle una carta a su amiga, pero los Scott no recibían

visitas o correo y las ventanas de su mansión estaban clausuradas. Verity suspiró.

Primero Harriet, ahora Emmaline...¿Es que en este mundo las mujeres solo podían esperar desolación y dolor?

Sus tristes pensamientos fueron interrumpidos por un golpe en la puerta y Samuel se asomó tímidamente, llevando en las manos una bandeja con té y pastas. La dejó en la mesa frente a ella y se apoyó contra el alfeizar de la ventana.

—He pensado que estarías hambrienta—dijo—. Esta mañana no has desayunado y te has perdido la comida también.

Ella esbozó una sonrisa triste.—No tendrías que haberte molestado.

—Claro que sí. Estaba preocupado por ti. Me temo que te dije cosas muy duras el otro día tras las justas.

—Soy yo quien debe disculparme—dijo Verity—. Lo hiciste con la mejor de las intenciones y solo intentabas proteger mi honor. Tenías razón. Le he dicho a

lord Wolcott que no quiero volver a verlo ni a saber de él. Todo ha terminado para mí.

—Una sabia decisión—dijo Samuel mirándola con los ojos brillantes

—.Pronto te olvidarás totalmente de él y de sus artes de seducción.

—Eso espero.—Verity dio un sorbo a su taza—. Gracias por traerme el té.

—En realidad he venido para algo más.—Samuel le tendió un enorme sobre con pinta de oficial. Curiosa, Verity leyó las primeras líneas de la misiva y abrió mucho los ojos, mirando a Samuel con sorpresa.

—¡Vaya! Esto no me lo esperaba.

Él asintió sonriendo.—El rey quiere premiarme por haberle salvado la vida.

Va a nombrarme marqués y tendré tierras y rentas para mantenerme a mí mismo

y a mis descendientes.—La emoción era palpable en sus ojos.—¿Sabes lo que eso significa, Verity?

—Por fin recuperarás el prestigio de tu apellido. Me alegro por ti, Samuel— dijo ella con sinceridad.

Él se acuclilló a su lado y le tomó la mano.—Cásate conmigo—dijo—. Tu padre no pondrá pega ahora que soy noble.

Ella le miró sin pestañear. Para ser sinceros, esta era una de las mejores ofertas que podía esperar. Samuel era más joven que la mayoría de pretendientes

que habían hablado con su padre, estaba realmente interesado en ella y parecía respetarla por sí misma. Solo había un problema.

—Tú sabes que...que no te amo—dijo.

Samuel se puso en pie.—Confío en que con el tiempo podré ganar tu corazón.

—¿Cómo se gana lo que ya pertenece a otro?—murmuró ella cerrando los ojos.

Samuel se encogió de hombros. De pronto, parecía muy seguro de sí mismo.

—Lo vencí en las justas. Sabré desplazarlo también en tu corazón.

Ella abrió los ojos y miró sus manos unidas; los dedos de Samuel se cerraban

en torno a los suyos. El bordado de su jubón coincidía perfectamente con el azul

de sus ojos. Era un precioso tono de azul. Quizá podría aprender a amarlo. Quizá

acabaría acostumbrándose a él y encontraría la felicidad en sus brazos.

—Muy bien.—dijo—.Puedes pedir permiso a mi padre para cortejarme.

El besó el dorso de su mano, la risa bailando en las comisuras de su boca.—

Haré todo lo posible para hacerte feliz.

Verity lo vio salir de la habitación, pensando que si hacerla feliz era el cometido que Samuel se había impuesto, ella ciertamente no le envidiaba, pues

le parecía una tarea hercúlea. Dejó vagar la vista sobre el ejemplar de *El Acta de las Vanidades* que había dejado sobre su mesa y eso le hizo pensar de nuevo en Harriet Moore, en Emmaline y en todas las mujeres que eran desgraciadas.

De repente se le ocurrió una idea. Llamó a Ellen.

—Tráeme papel y pluma. De prisa.

—Sí, milady.

Mientras la doncella se apresuraba a cumplir el mandado, Verity se terminó

el té y las galletas. Volvía a sentir apetito. Sí, a fin de cuentas, quizá sí había algo

que ella podía hacer.

## CAPITULO 8

Verity se sentía como una antorcha encendida, cargada de joyas que brillaban

bajo la luz de la mañana. Su padre había abierto el cofre que había pertenecido a

su madre y le había ordenado que seleccionase algunas joyas para lucirlas en el

nombramiento de Samuel. En realidad le había indicado a tía Etta que escogiese

por ella, ya que al parecer no se fiaba de la capacidad de su hija para vestirse apropiadamente para un acontecimiento así. Su tía había escogido un collar de esmeraldas y una tiara de diamantes, ambas joyas demasiado grandes y

ostentosas para el gusto de Verity, que se veía ridícula y demasiado llamativa, como un pavo real; pero su padre había aprobado la elección. Por supuesto, a él

le gustaba que todos viesen lo rico que era.

La ceremonia fue breve pero repleta de pompa y tradición. En cuestión de minutos, Samuel pasó de ser un simple plebeyo a convertirse en el marqués de

Ailesbury y se le otorgaron propiedades por valor de sesenta mil libras. Tan pronto como terminó la ceremonia, Samuel se vio rodeado de una multitud, las

mismas personas que antes lo habrían ignorado considerándolo un don nadie, y

que ahora lo felicitaban y preparaban el terreno para las peticiones de favores que sin duda no tardarían en llegar. Verity meneó la cabeza: estaba claro que los

flemáticos lores intentaban descubrir cómo iba a afectarles la súbita aparición de

esta nueva pieza en el tablero de ajedrez del poder y la influencia. Su padre no se separaba de Samuel, mejor dicho, de lord Crosby; sin duda dispuesto a



dejar claro ante todos que el nuevo marqués era su protegido.

Al fin, y una vez que el cortejo real se hubo marchado de vuelta a palacio,

los invitados más relevantes se dirigieron en carruajes hacia la casa de los Harcourt, donde el padre de Verity iba a dar un fastuoso banquete en honor al nuevo marqués. El comedor refulgía bajo cientos de candelabros y las mesas estaban puestas con el máximo boato. Por todas partes había jarrones llenos de

flores frescas y el conde incluso había hecho instalar una enorme jaula llena de

pinzones que trinaban para entretener a los invitados. Verity todavía estaba observándolo todo con los ojos muy abiertos cuando notó que alguien le rozaba

la mano. Su corazón se desbocó al ver a Oliver mirándola con ojos penetrantes.

Verity se quedó muda. La última vez que se habían visto se habían gritado cosas horribles y ahora ahí estaba él, como si tal cosa, con el rostro tan hermético como el de una estatua. ¿Es que acaso no entendía que ella no quería volver a verle? Lo miró expectante pero él se limitó a guiarla hacia una de las mesas sujetándola ligeramente por el codo. Le retiró la silla y después, con un educado

asentimiento, se marchó sin decir palabra.

Verity bufó. Oliver tenía una increíble habilidad para sacarla de quicio en todo momento.

—Alisa ese ceño, hija—le gruñó su padre que se acercaba con Samuel. Van a pensar que eres una cascarrabias.

El viejo conde se sentó a la cabecera de la mesa y dejó libre para Samuel el asiento al lado de Verity. Los manjares comenzaron a llegar: palomas y

gansos asados, anguilas en gelatina y pequeñas empanadas de masa crujiente.

Boquiabierta ante tal despliegue, Verity mordisqueó un trozo de pan, tratando de

que las amplias mangas de su vestido no se metieran en la salsera.

Samuel se inclinó hacia ella, sus ojos azules tan risueños como siempre y su pelo rubio brillando como lino recién hilado.

—Tu padre me ha dado permiso para cortejarte—anunció.

Verity sintió que el corazón le daba un vuelco. La noticia no era inesperada,

(por supuesto, el conde no iba a desperdiciar la oportunidad de casar a su hija con un marqués que además contaba con el favor de la Corona) pero sintió como

se le ponía la piel de gallina al darse cuenta de que estaba sentada al lado del hombre con el que pasaría el resto de su vida. Miró a Samuel; su sonrisa era franca y brillante y tenía una hilera de pecas diminutas sobre el puente de la nariz. Parecía tan ilusionado ante su futuro cortejo que Verity sintió que algo se

derretía en su interior.

—Me parece bien—respondió ella.—Me alegro—añadió tras un momento de vacilación.

—¿Te alegras?

—Podría ser peor—. Señaló con un movimiento imperceptible al orondo marqués de Gismore, que había sido uno de sus pretendientes y comía a dos carrillos dos sillas más allá.

Samuel ahogó una carcajada.—Supongo que visto así, no es tan terrible convertirme en la marquesa de Ailesbury.—Contempló su mano derecha, en la que lucía un nuevo sello plateado.—Todavía me resulta difícil creer que soy marqués.

—No debo olvidar llamarte milord, entonces.

—De eso nada. Siempre Samuel, a secas.—Posó disimuladamente una de sus grandes manos sobre la de ella, bajo la mesa.

—¿Es este tu primer paso para cortejarme, Samuel?—Verity observó la multitud de pequeñas cicatrices en el dorso de su mano, que contrastaban con el

rubí del nuevo anillo. Se preguntó cómo se las habría hecho.

—Por supuesto.

—¿Y cuál será el segundo?

—Se supone que debo visitarte y llevarte regalos.

—Bueno, dado que vivimos en la misma casa, no creo que te resulte muy difícil visitarme—bromeó Verity.

—¡Ah!, en cuanto a eso...—Samuel se encogió de hombros—.Ahora tengo una nueva casa, aquí en Londres, y me mudaré antes de empezar a cortejarte oficialmente. Para no levantar habladurías, claro está. Tu tía fue muy insistente

al respecto.

—Oh, por supuesto.—Verity no había pensado en eso —¿Dónde está tu

nueva casa?

—Cerca de Blackfriars.

—No tengo ni idea de donde está eso—admitió ella—. Sé ir a Westminster y Whitehall y a Regent Street, por supuesto, pero en realidad apenas conozco Londres.

—Hay partes de ella que no te gustarían. Es una ciudad llena de peligros para una joven como tú.

—Puede. Pero estoy terriblemente aburrida de estar siempre bordando o asistiendo a tés sociales. Cuando vivía en el convento siempre estaba haciendo algo: trabajaba en el jardín, horneaba pan, recogía huevos... Aquí estoy siempre

solo o en compañía de damas que jamás ensuciarían sus vestidos adentrándose en un gallinero.

—¿Quieres que te regale una gallina para que puedas recoger huevos cada mañana?

Verity rió, y la súbita sensación de familiaridad que se había extendido entre ellos le calentó el pecho.

—No creo que mi padre quedase muy impresionado con tu idea de regalo para un cortejo—bromeó.

—Entonces...¿Qué te gustaría? ¿Guantes? ¿Cintas? ¿Un nuevo vestuario?

*Un amor apasionado, pensó ella. Cabalgar contigo a la luz de la luna y besarnos como si el mundo fuese a terminar. Que me mirases como si fuese para*

*ti la única mujer en el mundo...*

Sacudió la cabeza para deshacerse de esas ideas absurdas, que le recordaban demasiado a cierto caballero de cuyo nombre no quería acordarse y que en ese

momento les estaba dirigiendo miradas torvas desde el otro extremo de la mesa.

Samuel la miró intrigado por su silencio y Verity se libró de tener que responder

por la aparición de una nueva tanda de platos: pavos asados enteros, importados

del Nuevo Mundo, servidos con las plumas de la cola desplegadas en su máximo

esplendor. También había esturiones servidos con ajo y perejil y suficientes conejos asados para alimentar a todo un regimiento.

—No tienes que hacer todo esto. Lo sabes, ¿verdad?—le dijo a Samuel.

—¿Todo esto?

Verity mordisqueó un muslo de pavo para ganar tiempo, tratando de buscar una forma educada de decir lo que sentía.

—Me cortejarás durante el tiempo que se considere adecuado, después

hablarás de nuevo con mi padre y él te dirá que ya estoy lista para contraer matrimonio, y cuando él diga sí, yo obedeceré y también diré sí. En realidad no

tienes que convencerme para que me case contigo.

Samuel le pasó el dorso de la mano por la mejilla y Verity se estremeció. Ese

toque no era nada en comparación a todo lo que había hecho con Oliver, pero era

suave y grácil, como una pluma.

—No quiero convencerte de que te cases conmigo, Verity—dijo Samuel con voz suave.—Quiero convencerte de que me ames.

Ella asintió. Seguramente eso era lo que más le convenía, aprender a amar a un hombre amable y bueno como Samuel, que se había criado lejos de los ambientes refinados de Londres al igual que ella.

Tras los postres, los músicos contratados por su padre entraron en la estancia y varias parejas se levantaron a bailar. Verity se preguntó si Samuel le pediría un baile, pero antes de que eso tuviese la oportunidad de suceder, Oliver se acercó

como surgido de la nada, veloz como una pantera a punto de devorar una gacela.

—Excelencia, ¿me permite el honor de bailar con su hija?—le preguntó al padre de Verity con voz falsamente aterciopelada.

—Sí, claro.—El conde agitó una mano con indiferencia, ocupado en comerse una enorme porción de tarta.

Verity dudó. ¿Podría negarse? Allí estaba él otra vez, con su dichoso hoyuelo y su presencia que lo llenaba todo, el maldito Oliver echando por tierra todos sus

intentos para ignorarle. Un criado se apresuró a retirarle la silla y mientras se levantaba, Verity echó un vistazo a Samuel. Tenía el ceño fruncido y los puños

tan apretados que los nudillos se le habían vuelto blancos. Ella no dudó que si no

hubiesen estado en público, el nuevo marqués se habría enzarzado en una pelea a

puñetazos con Oliver.

Siguió a Oliver hacia el sector de la sala donde varias parejas hacían fila esperando a que empezase el próximo baile, tratando de situarse tan lejos de Samuel y de su padre como le fue posible. La música comenzó y se acercaron el

uno al otro.

—No me mires así—pidió él—. Sé que me pediste que te dejase en paz, pero

no puedo. Eres como un imán para mí. Además, tenía que rescatarte de ese nuevo marqués de pacotilla. Estaba tan cerca de ti que temí que fueras a ahogarte

en una lluvia de miguitas de pan.

Verity se sintió furiosa. Estaba claro que la petulancia de Oliver no conocía

límites

—Samuel no salpica migas de pan—dijo mirándolo irritada—. Es un perfecto

caballero. En cambio tú sigues molestándome e incordiándome, a pesar de que te

dije muy claramente que no quería volver a verte.

—¿Le llamas Samuel? ¿Ya tuteas al nuevo marqués?—Oliver abrió mucho

los ojos.

—Como te he dicho, es todo un caballero.

Sus manos viajaron a su cintura mientras la levantaba y la hacía girar

siguiendo el ritmo de la música antes de dejarla de nuevo en el suelo.—Es un pánfilo y no soporto verte sentada junto a él—susurró en su oído antes de retroceder nuevamente.

—¿Por eso me pediste que bailara? ¿Para apartarme de otro hombre?

—Te apartaría de todos los hombres del mundo si pudiese—masculló él.

Verity no pudo soportarlo más. Se separó de él y salió corriendo del comedor, tan rápido como le permitía su incómodo vestido.

Oliver la siguió de inmediato y la alcanzó en el vestíbulo vacío. Ella se giró para enfrentarlo y lo señaló con el dedo.

—Ninguna de tus tretas va a conseguir seducirme de nuevo, Wolcott—espetó

—.Eres un canalla y por suerte me di cuenta a tiempo.

—¿Eso crees?—.Él la sujetó por las muñecas, el fuego ardiendo en sus ojos oscuros—. Te repito que si hubiese querido aprovecharme de ti, ya lo habría hecho.

—¿Por qué debería creerte cuando te has aprovechado de otras en el pasado?

¿Qué ha cambiado ahora? Nada de lo que digas podrá borrar que eres un canalla,

por muchas palabras de amor que sueltes por esa boca.

Ahí estaba de nuevo esa palabra. *Amor*. Esa epidemia de la que todos debían huir. Oliver sintió como su cabeza daba vueltas. El amor había destrozado a Melissa y él se había jurado a sí mismo que jamás amaría a nadie. Pero ahí estaba Verity, con los brazos en jarras frente a él, fulminándolo con la mirada y



provocando que todo su cuerpo se derritiera como manteca en una sartén.

—Eso es—dijo paladeando las palabras—. Te quiero Verity. Nunca pensé que diría esto, pero es cierto. Me he enamorado de ti.

Ella se echó hacia atrás, impactada por la declaración. Abrió la boca para decir algo, quizá algo cruel como *yo a ti no*, pero las palabras se atragantaron en su garganta y Oliver la vio abrir y cerrar la boca varias veces, como un pez al que le faltase el aire. La miró triunfal.

—Y tú me amas a mí, ¿verdad?

Verity no respondió, pero no era necesario. Oliver vio renacer la esperanza en su pecho.

—El otro día, tras los torneos, iba a pedirte que huyeras conmigo. Podemos hacerlo. Sé que odias Londres. Vayámonos lejos y dejémoslos a todos atrás.

Verity abrió mucho los ojos sorprendida. Él vio aparecer el deseo en su mirada, mezclado con el miedo.

—Huye conmigo—insistió—. Di que sí.

Verity se frotó las manos, asustada. Cuando habló, lo hizo en voz baja y tono suplicante.

—Mira lo que le ha ocurrido a Harriet Moore por amar a un hombre casado.

—Yo no soy el duque de Wardington. Yo jamás te dejaría.

—Eso dices ahora, pero ¿cómo puedo estar segura? Tu esposa me ha dicho que...

—¿Has hablado con Elena?

—Me ha dicho que por tu cama han pasado cientos de mujeres, que para ti coleccionar amantes es como para nosotras pasar las cuentas de un rosario.—

Verity cerró los ojos—. Si de verdad me amas te alejarás de mí y me dejarás olvidarte.

—¡No! Elena me odia. No dejes que sus palabras te envenenen.

—Además, ya es demasiado tarde. Estoy prometida.

Él reaccionó como si le hubiesen golpeado.

—¿Cómo dices? ¿Con quién, maldita sea?

—Con el marqués de Ailesbury—explicó Verity en un susurro—. Mi padre hará el anuncio formal en pocos días.

—¿Tú padre planea casarte con ese aristócrata de pacotilla, que no era nadie hasta hace literalmente dos horas?

Verity cerró los ojos con fuerza. La presencia de Oliver la estaba turbando, como siempre le sucedía, y su cuerpo reaccionaba a él como si tuviese un imán.

Tenía que terminar con esta conversación lo antes posible.

—Se ha ganado con creces su nobleza al salvar la vida del rey. No puede decirse lo mismo de ti—dijo.

Oliver se echó hacia atrás, dolido. El músculo de su mandíbula se contrajo cuando él apretó los dientes con furia.

—Muy bien, milady—dijo inclinándose con escalofriante precisión—. Ya que estás tan convencida, me alejaré de tu presencia. Te deseo mucha felicidad en tu

matrimonio, aunque dudo que la tengas. Me reiré de ti cuando Crosby se canse

de ti y te destierre al campo una vez que le hayas dado un heredero.—añadió girando sobre sus talones y saliendo de la habitación.

Verity seguía llorando cuando Samuel la encontró diez minutos después. Él

le puso una mano en el hombro y ella se dio la vuelta y ocultó la cara contra su

hombro. Sorprendido, él le acarició su largo cabello.

—¿Qué te ocurre?—preguntó suavemente.

Ella se secó las lágrimas de las mejillas.—¿Alguna de tus nuevas

propiedades está muy lejos de Londres?

—La mayor parte de las tierras del marquesado están muy al norte, cerca de la frontera con Escocia.

Verity hipó.—Entonces creo que deberíamos tener un cortejo lo más corto posible. Me gustaría casarme cuanto antes, para marcharme de este lugar horrible para siempre.

Una pequeña sonrisa curvó la boca de Samuel.—Hablaré con tu padre esta noche.

~~~~~

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad. Samuel se trasladó a su nueva casa para supervisar su remodelación e incluso pidió consejo a Verity para

escoger mobiliario y personal de servicio. Como ella no tenía ni idea de cómo seleccionar un sirviente o si la madera de nogal era mejor que la de roble para las mesas del salón, recurrió a tía Etta, que había administrado la casa de su hermano durante décadas y estaba más que encantada de ayudar.

Días más tarde, su hermano Richard llegó desde sus propiedades en el Norte junto con su esposa Elizabeth y tres ruidosos niños pequeños. Richard era muy

parecido a su padre: corpulento, seguro de sí mismo y listo a retar a quien se atreviera a contradecir su palabra. Verity apenas podía reconocer en ese hombre

rudo al niño con el que había jugado brevemente en su infancia, antes de que la

llevasen al convento.

Samuel solía visitarla todos los días, aunque apenas pasaba tiempo con ella

puesto que estaba muy ocupado debatiendo con su padre, su hermano y otros aristócratas que se dejaban caer para visitar al conde y conocer de primera mano

al recién estrenado marqués. Con frecuencia, Verity era enviada a su habitación justo después de la cena, mientras los hombres conversaban hasta altas horas de

la noche. Verity llegó a la conclusión de que los cortejos entre jóvenes de buena

familia eran un poco absurdos, con la novia recluida en su habitación y el novio

bebiendo coñac en la planta baja.

La siguiente vez que pudo hablar con Samuel sin la molesta presencia de su

padre Verity le preguntó qué era lo que discutían con tanto ardor cuando ella no

estaba delante. Su prometido se encogió de hombros.

—Temas muy aburridos—dijo—. Anoche sin ir más lejos hablamos de la política en el Nuevo Mundo. Tu padre se muestra contrario a la proclamación del

rey Jorge que obliga a los colonos a negociar con los indios.

Verity frunció el ceño ante la revelación del secreto. Ella había esperado algo mucho más escandaloso.—¿Solo eso? ¿Y por qué siempre me envían a mi habitación?

—Tu padre no cree que las mujeres deban interesarse en política.

—Son cosas que suceden en el mundo. Claro que me interesan.

Samuel sonrió.—Eso es algo que me ha quedado claro desde que me hiciste recorrer todo Londres en busca de un ejemplar de *El Acta de las Vanidades*. Pero como por ahora solo soy un invitado en casa de tu padre, no me corresponde a

mí cuestionar sus decisiones.

El ceño de Verity se hizo más profundo.—¿Y cuando estemos casados

también me enviarás a mi habitación cuando quieras discutir con tus amigos sobre esos temas?

—Nunca—respondió Samuel tajante. Verity sonrió.

—Está bien. Me preguntaste el otro día que regalos me gustaría recibir

durante nuestro cortejo. Cuéntame lo que hablas con mi padre, mantenme informada de las novedades del mundo. Ese es el regalo que quiero.

A partir de entonces, Samuel comenzó a compartir con ella cada noche las noticias y chismes que se habían tratado en las reuniones con los hombres.  
Verity

comenzó a esperar con anhelo esos momentos, en los que él se sentaba en una silla a su lado, y respondía a sus preguntas sobre la política real, la situación en las colonias americanas y las cambiantes alianzas con Francia y Prusia.  
Samuel

solía tomar la mano de Verity entre las suyas mientras hablaban, bajo la indulgente mirada de tía Etta que los observaba sonriente. Ella se acostumbró a

ese contacto, a pesar de que no podía evitar recordar que así era como había empezado todo con Oliver Wolcott, con su mano acariciando levemente la suya

mientras bailaban en la fiesta de Wardington el día que se conocieron.

—¿Quieres saber de que hemos hablado tu padre y yo anoche?—le preguntó

Samuel un día en que se había sentado a acompañarla mientras ella leía en el jardín.

—¿Además de criticar la política real como de costumbre? Sí, por supuesto que quiero saberlo.

—Hemos concretado tu dote—respondió Samuel.

Verity se sentó muy tiesa.—¿Mi dote?

—Tu padre está preparando el contrato para nuestro compromiso. Ha

invitado a cenar al padre Bolyne la próxima semana; será él quien nos case. Tu hermano debe regresar pronto a su casa, así que tu padre prefiere que nos casemos antes de dos semanas.

—Verity se hundió un poco en su silla.—Falta muy poco.

Dos finas líneas arrugaron la frente de Samuel.—¿Es demasiado pronto para ti? Dijiste que querías un cortejo corto.

—No...claro que no—respondió Verity—. Cuanto antes mejor. Me alegraré de alejarme de Londres y dejar todo esto atrás.

—Bien.—Samuel sonrió, satisfecho y Verity volvió a hundir la nariz en su libro. Sin embargo, fue incapaz de concentrarse. En menos de dos semanas se convertiría en la marquesa de Ailesbury y se trasladaría con Samuel a sus propiedades en el norte. Pasaría mucho tiempo antes de que volviese a Londres

de nuevo y cuando lo hiciese, o al menos en eso confiaba, Oliver Wolcott, con

sus manos cálidas y sus besos hambrientos, sería ya solo un recuerdo.

*Nada más que un recuerdo*, pensó Verity mientras observaba el vuelo de dos gorriones que se perseguían incansables. Deseaba con todas sus fuerzas conseguir quitarse a Oliver de la cabeza.

~~~~~

Verity estaba disfrutando del paseo. Habían acudido todos a pasar unos días a

Camrose Hall y tía Etta había decidido organizar un picnic al lado del río. El aire puro del campo le estaba sentando de maravilla, a pesar de que durante el viaje

en carruaje no había dejado de tener imágenes mentales de Oliver y ella

cabalgando por esos mismos bosques, besándose bajo los árboles. Sin embargo,

hacía un día precioso y ella hizo un esfuerzo por ahuyentar esos pensamientos que le hacían daño. Su hermano Richard también estaba allí, junto con su esposa

e hijos, y su padre parecía rejuvenecido ante la presencia de sus nietos. Verity había hecho muy buenas migas con su cuñada Elizabeth, una mujer encantadora

que parecía indemne a la rudeza de su marido, con una mente rápida y una fuente inagotable de anécdotas humorísticas.

—¿Te gustaría pasear conmigo mientras el almuerzo no está listo?—

preguntó Samuel.

—Me encantaría—respondió Verity tratando de sacudirse la molesta vocecilla que no dejaba de hablarle de Oliver.

Samuel enlazó su mano con la de la joven y ambos empezaron a caminar siguiendo el lecho del río. Samuel parecía cabizbajo y meditabundo, muy distinto del hombre jovial y hablador que Verity había conocido en los últimos días.

—¿Has besado alguna vez a un hombre?—preguntó de repente a bocajarro.

Verity se paró de golpe y estuvo a punto de tropezar con una raíz.—¿Co...

Cómo dices?

—No soy tonto, Verity. Sé que hubo algo entre Wolcott y tú, algo más que palabras. Me preguntaba hasta qué punto habías llegado con él.

Verity palideció. Escrutó el rostro de su prometido, pero Samuel no parecía



furioso, sino tranquilo y calmado como siempre, aunque sus ojos estaban más apagados de lo normal.

—Ya te dije que no le entregué mi virginidad—respondió Verity enrojeciendo.

—Pero...—Samuel levantó las cejas, instándola a continuar.

—Nos besamos y...acariciamos...—Verity tragó saliva y miró de frente a su prometido, que había fruncido ligeramente el ceño.—Eso fue antes de descubrir

que había hecho una apuesta y estaba jugando conmigo. Me arrepiento mucho de

haberme dejado engatusar por él.

*¿Es eso cierto? ¿De veras te arrepientes?* dijo la molesta vocecilla en su cabeza.

Samuel alzó la barbilla de Verity con dos dedos y la obligó a mirarlo.

—No estoy enfadado—dijo.—Es fácil para una muchacha inocente como tú caer en las redes de desalmados como Oliver Wolcott. No debes preocuparte, Verity. Yo cuidaré de ti a partir de ahora.

Verity se sintió conmovida. Cualquier otro se hubiera enfadado con ella, pero no Samuel. No parecía de esos caballeros que le daban la espalda a una cuando

se metía en problemas o cometía un error. Verity pensó que eso era justamente lo

que necesitaba, un hombre comprensivo y amable que la valorase y la

comprendiese.

Samuel colocó sus manos en su cintura, acercándola más a él. Verity apoyó las palmas en su pecho, trazando dibujos con sus dedos sobre el cuero acolchado

de su jubón. Él sonrió.

—Sin embargo, espero que algún día consigas verme como algo más que un escape de tu padre y de Wolcott—dijo.

Verity asintió, relajándose en sus brazos.—¿Significa eso que tú te has enamorado de mi?—preguntó tímidamente.

—Por supuesto—contestó Samuel, como si fuera lo más normal del mundo.

Ella levantó la vista hacia él.—¿Me amas?

—Te amo.

Verity sintió una sensación cálida en su pecho. Oliver le había dicho que la amaba pero, ¿acaso podía confiar en sus palabras? ¿no era eso lo que los hombres decían a las mujeres cuando querían llevarlas a su lecho para luego dejarlas tiradas y mancilladas?

“Solo que Oliver no te llevó a su cama cuando tuvo la oportunidad”,

martilleó la voz en su cerebro, “Y tú le amas a él, no a Samuel Crosby”.

Verity sacudió la cabeza, ansiando deshacerse de esa voz molesta. Volvió la mirada a Samuel, a sus ojos azules que la contemplaban expectantes. —Creo que

si mi corazón sigue el camino que tu has empezado a trazar, me enamoraré de

ti

incluso antes de convertirme en tu esposa, Samuel Crosby.

Siempre había pensado que Samuel era atractivo, pero la sonrisa que él le dedicó en ese momento le pareció más brillante que el sol. —¿Puedo pedirte un

favor?—preguntó.

—Lo que sea.

—¿Podrías besarme?

Los ojos de Samuel se oscurecieron de repente y su respiración se volvió más agitada. Una sombra cruzó su rostro y Verity se preguntó si él habría adivinado sus intenciones al hacerle esa pregunta, si habría comprendido que ella

trataba de comprobar si podría sentir con los besos de Samuel lo mismo que había experimentado con los de Oliver. Sin embargo, él no dijo nada,

simplemente se inclinó y atrapó suavemente el labio inferior de Verity entre los

suyos. Ella parpadeó y cerró los ojos cuando él la besó de nuevo; un beso cálido,

dulce y tierno que acompañaba perfectamente con el ritmo de los dedos de Samuel acariciando sus mejillas. No, no eran los besos impetuosos de Oliver Wolcott, pero allí con el rumor del río a sus espaldas y el murmullo de las hojas

sobre sus cabezas, mientras Samuel acariciaba la suave piel de su rostro, Verity

se sintió en paz.

Sí, pensó, podría acabar acostumbrándose a eso.

## CAPITULO 9

Verity había tenido mucho cuidado con su apariencia esa noche. Con ayuda de Elizabeth y tía Etta había examinado todo su vestuario y se había decantado

por un vestido en tono azul plomo, con un escote más pronunciado de lo habitual- aunque no tanto como para escandalizar al padre Bolyn, que estaba invitado a la cena- y adornos en las mangas. Se sintió bastante tonta mientras escogía las joyas y los zapatos a juego, pero cuando entró en el comedor, donde

la esperaban su padre y su prometido, la expresión de Samuel hizo que las horas

de esfuerzo valiesen la pena. Nunca antes lo había visto tan complacido.

La cena fue distendida. El padre Bolyn era un hombre afable y bonachón, que había sido confesor de su madre cuando aún vivía y se mostraba muy complacido de que la “pequeña Verity” hubiese encontrado un esposo tan

relevante como el marqués de Ailesbury. En los postres Samuel le regaló un anillo, una sencilla pieza de oro con un zafiro engarzado. Verity se sonrojó y se

sintió incómoda porque a ella no se le había ocurrido adquirir nada para su prometido. Molesta por ese pensamiento, le dio vueltas a la cabeza y al final de

la cena, cuando ya el sacerdote se había despedido, se le ocurrió una solución.

—Hay algo que quiero darte—le dijo a Samuel—. Discúlpame un momento mientras voy a buscarlo.

Subió a su habitación, emocionada por la idea que había tenido. En su arcón

guardaba varios frascos de aguas perfume hechos por ella según una receta de las monjas. Escogió un frasco con un perfume de agua de naranja, ya que se había fijado en que Samuel siempre escogía naranjas del cuenco de fruta tras las

comidas. Esperaba que le gustase.

Ilusionada, bajó con el frasco de cristal en la mano pero una voz que hablaba con tono cómplice y apremiante la hizo detenerse en el umbral de la puerta.

—Lord Elkins ha sido arrestado con cargos de traición—estaba diciendo su hermano Richard.

Verity aguzó el oído. El hombre que había atacado al rey en la celebración tras las justas llevaba la librea con los colores de lord Elkins, un anciano vizconde que era conocido por mostrarse crítico con las políticas del rey Jorge.

Verity se pegó más a la puerta, tratando de entender lo que decían. Detestaba que

su padre esperase a que ella estuviese ausente para hablar de temas importantes,

especialmente ahora que estaba a punto de casarse con un marqués. Ella necesitaba entender cómo funcionaba la corte y el mundo en general.

Su padre rió entre dientes.—Elkins es un pobre diablo. Sus antepasados

siempre han apoyado a los jacobitas y la derrota de Culloden fue un duro varapalo para ellos. El muy tonto creía que podría traer al pretendiente Estuardo

del exilio. ¡Como si eso fuera posible! Además, en lugar de guardarse para sí sus

absurdas ideas, las compartió conmigo, sellando así su sentencia de muerte.

—¿De modo que no te enteraste por casualidad del complot? ¿El propio Elkins te lo dijo?—preguntó Samuel.

El viejo conde rió de nuevo, un sonido amortiguado y un ruido de cristales mientras se servía más coñac.

—Si quieres llegar lejos en la vida, muchacho, has de aprender a poner a trabajar tus oídos junto con tu cerebro. A Elkins se le soltaba la lengua cuando

abusaba del vino. Hace tiempo que sospechaba de él, así que solo hicieron falta

unas copas de mi cosecha más añeja para que me lo contase todo. Librame de él

será un alivio. Además de ser un traidor a la Corona, llevaba años oponiéndose a

la reforma agraria que quiero impulsar junto con otros nobles en la frontera con

Escocia.

—De modo que obtendrás doble beneficio de su caída—dijo Samuel

—En eso consistía el plan—. La satisfacción rezumaba de la voz del viejo conde.

Verity no pudo aguantar más. Salió de su escondite y enfrentó a los hombres, que la miraron sorprendidos por su súbita aparición.

—¿De qué plan estáis hablando, padre?—preguntó con voz trémula.

—No es de tu incumbencia, niña—gruñó el conde—. ¿Es que acaso esas monjas no te enseñaron que una dama no debe escuchar tras las puertas?

Verity notó que tanto Elizabeth como tía Etta habían abandonado el comedor mientras ella buscaba el frasco en su habitación. Su hermano Richard sí estaba allí, aunque parecía incómodo, y sus ojos azules, idénticos a los de ella, miraban

a todas partes menos a su hermana. Verity se preguntó qué parte habría tomado

en ese “plan” que cada vez se le antojaba más torvo.

—Hablabais del atacante del rey. ¿Acaso has tenido algo que ver con eso, padre? ¿Has conspirado contra la Corona?—Su padre no respondió, así que ella

se volvió a su prometido.—¿Samuel?

—No es de incumbencia, Verity—respondió él, como un eco de su padre.

Las palabras de Samuel la golpearon como una bofetada. Estaba

acostumbrada a que su padre la menospreciase, pero Samuel le había prometido

no hacerlo jamás. Sin arredrarse, Verity se encaró de nuevo con los hombres.

—¿Habéis conspirado contra el rey?—repitió.

—Por supuesto que no—dijo su padre recostándose en la silla—¿Qué

beneficio obtendría yo de eso? Todos sus hijos son todavía menores de edad.

¡Probablemente habría una guerra por la sucesión! Hasta una cabeza de chorlito

como tu entendería que a los nobles no nos conviene ese tipo de

inestabilidad.

Verity continuó mirándolo fijamente, tratando de encontrar un sentido a todo lo que había oído. Casi podía oír como giraban los engranajes de su cerebro.

Recordó al atacante del rey, avanzando hacia los monarcas como si estuviese muy seguro de sí mismo....como si creyese que alguien lo protegería. Samuel lo

había detenido rápidamente, de modo casi milagroso y los demás nobles lo habían felicitado por estar “en el lugar exacto y en el momento propicio”. Pero

¿había sido realmente así? Recordó la mirada de sorpresa en el rostro del atacante cuando Samuel le clavó la daga con rapidez de matarife, casi con demasiada rapidez, como si temiese que fuera a hablar...De pronto lo

comprendió todo.

—Vosotros conocíais al atacante. Sabíais que iba a atacar al rey ese día y a esa hora, en las celebraciones tras las justas...¿Le tendisteis una trampa y después lo mataste para que el rey te concediera títulos y honores? ¿Fue así?

Samuel tragó saliva, negándose a responder, pero no hacía falta. Verity había visto la verdad en sus ojos, en el modo en que rehuía su mirada. Su corazón se

hizo más pesado en su pecho.

—Vete a tus habitaciones, Verity—dijo cabizbajo.

—¡No! No eres mi esposo, así que no puedes darme órdenes.—Verity cruzó

la habitación y abofeteó a Samuel. La sorpresa se pintó en el rostro de su prometido. Era una gran ofensa abofetear a un noble de Inglaterra, más aún si era



su futura esposa quien lo hacía. Verity pensó tristemente que había inaugurado algo nuevo: no solo debía ser la única dama de Londres que no estaba deseando

casarse, sino que también agredía a su prometido. Se preparó para que Samuel le

gritase o le devolviese el golpe, pero él no lo hizo, se limitó a mirarla fijamente, con una fría sonrisa curvando sus labios.

—Mataste a un hombre solo para conseguir beneficios—repitió Verity en voz baja, todavía sin creérselo del todo.

—Te equivocas.—Samuel habló con voz fría—.Has sacado conclusiones precipitadas, como siempre. No fue un asesinato. Estaba protegiendo al rey.

—¿Protegiéndolo? Te vi caminar hacia ese hombre incluso antes de que él sacase la ballesta. Sabías lo que iba a hacer. Acabo de sorprenderte hablando con

mi padre de planes y conspiraciones. Vosotros lo contratasteis ¡No te atrevas a mentirme!

—Ya es suficiente, Verity—dijo su padre a sus espaldas.

Ella se giró y lanzó el frasco de agua de perfume a la pared, sobre la cabeza de su padre.—¡No!—gritó—.Estoy harta de que me ocultéis cosas. Merezco saber.

El viejo conde se limpió cuidadosamente el ungüento de la cara y luego se levantó con parsimonia. Verity había olvidado lo alto y corpulento que era hasta

que lo vio avanzar hacia ella.

—No contratamos a nadie para que matase al rey. ¿Por qué habríamos de hacer una cosa así? Fue el propio lord Elkins, con su absurdo apego por el pasado, el que conspiró para matarlo. El muy idiota me lo contó y al principio pensé en decírselo todo al rey para que lo arrestase, pero entonces se me ocurrió

un plan mejor. Hice un trato con Elkins. Le hice creer que yo también deseaba

deshacerme del rey. Le prometí que le facilitaría la entrada a su mayordomo y le

ayudaría a huir después del asesinato. Le engañé. Con esa puesta en escena hemos conseguido que Samuel se convierta en un héroe.

Verity miró a su padre. Los pelos grises de su barba se agitaban al ritmo de su respiración, como un bosque infernal.—¿Por qué?—preguntó en voz baja—¿Por qué no limitarte a arrestarlo cuando te enteraste de sus intenciones?

La sonrisa del viejo conde era malévola.—¡Ah! ¿Pero qué hubiese ganado yo entonces? El rey me hubiese dado las gracias y se habría olvidado del tema a las

dos semanas. Con el numerito que montó ese hombre, con la reina y los infantes

presentes, tengo la gratitud eterna de la Corona, pues fue mi protegido quien les

salvó a todos. Tengo además un nuevo aliado, el marqués de Ailesbury, que jamás me traicionará y un lugar seguro para casar a mi hija. Entre las tierras que

le han dado a Crosby, las mías propias, y las que Elizabeth aportó como dote cuando se casó con tu hermano, nuestra familia dominará la mayor parte del

Norte. Hemos salido ganando.

—¡No me casaré con Samuel Crosby!—Verity escupió las palabras una por una, deseando que fuesen piedras que arrojarle a su padre a la cabeza. Por el rabillo del ojo, vio como Samuel se tensaba y su rostro se descomponía.

La sonrisa del viejo conde se desvaneció y las arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más profundas, como grietas en una estatua de piedra.—¡No tienes otra opción!—bramó.—¡Te casarás con el marqués de Ailesbury tal como yo, tu

padre, he dispuesto!

—¡Antes regresaré al convento y tomaré los votos!—gritó Verity.

Su padre se inclinó y la miró directamente a los ojos. Su voz era suave, pero terrible.—Te sacaré del convento y te arrastraré del pelo por la capilla, si tengo

que hacerlo. No pruebes mi genio, niña. No te gustaría su sabor.

Verity salió corriendo del comedor. Escuchó a sus espaldas la maldición de Samuel, que se lanzó tras ella. Verity había llegado ya a la escalera cuando él la

atrapó y la agarró por la manga, pero ella lo empujó con todas sus fuerzas y Samuel tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer de espaldas. Verity corrió

por el pasillo hacia su habitación, oyendo sus pasos tras los suyos. Había casi logrado cerrar la puerta cuando él interpuso un pie en el quicio. Ambos se miraron furiosos, jadeando.

—¡Maldición!—rugió Samuel—¡He estado a punto de caerme cuando me has empujado! ¡No dejaré que me humilles tratándome así delante de tu padre y

de tu hermano!

Verity se encaró a él.—No eres bienvenido en mis habitaciones privadas, milord—siseó.

—¡Soy tu futuro esposo!

—Puede que, tal como ha dicho mi padre, no me quede más remedio que casarme contigo—. Las palabras de Verity sonaron frías como el hielo y ella se sintió orgullosa de mantener el dominio de su voz, ya que interiormente se sentía

deshecha—. Pero no quiero verte ni tener nada que ver contigo hasta que nos casemos... si es que llegamos a hacerlo.

Samuel la miró torvamente.—Nos casaremos, Verity, no te quepa la menor duda. No pongas ese cerebro tuyo a trabajar tramando formas de hacer que me

marche, porque no tendrán éxito. He luchado toda mi vida para llegar hasta aquí,

me he inclinado a los pies de señores ociosos, he renunciado a lo que amaba, todo para conseguir restablecer los títulos y el honor de mi familia. Tu padre tiene razón: la unión de nuestras familias nos dará a ambos poder y prestigio. No

dejaré que una niña voluntariosa que no entiende cómo funciona el mundo me arrebathe mi victoria.

Verity le dio la espalda, horrorizada. Aquel hombre que hablaba ante ella no se parecía en nada al Samuel amable y paciente que la había cortejado durante semanas. Estaba claro que todo habían sido mentiras.

—Hablas igual que mi padre—le dijo.

—¿Por qué no debería aspirar a ser como él? Es uno de los hombres más poderosos de Inglaterra.

—¡Porque es un egoísta que solo piensa en sí mismo!—gritó ella. Se sujetó a la mesa que tenía frente a ella con ambas manos, luchando contra el impulso de

recoger un objeto de decoración y tirárselo a la cabeza, como había hecho antes

con el frasco de perfume. Bajó la cabeza y le habló a la mesa en vez de a él.

—

Me hiciste creer que Oliver Wolcott me engañaba con enredos y mentiras para convertirme en su amante. Ojalá lo hubiera hecho, ojalá me hubiese entregado a

él, en lugar de dejarme convencer por tus palabras envenenadas.

Samuel se echó hacia atrás, como si ella lo hubiese abofeteado. Un ramalazo de ira torció su rostro y cuando habló, lo hizo con voz que parecía esquivar de

hielo.

—Muy bien. Quizá hubieses sido feliz convirtiéndote en la amante de

Wolcott, pero él ya no puede ayudarte. Te casarás conmigo y puede que jamás me ames, pero me obedecerás y me darás un heredero.

Con estas palabras Samuel se dio la vuelta y salió de la habitación. Verity se tiró sobre la cama y lloró por su futuro perdido y por sus sueños convertidos en

polvo hasta que se quedó sin lágrimas.

A partir de ese día, Verity apenas salió de su habitación. Su padre había

incrementado la presencia de hombres armados en la casa, teóricamente porque

la Bestia había vuelto a actuar pero Verity sospechaba que era para que ella no

intentase huir. De todos modos, no tenía pensado hacerlo. ¿A dónde iba a ir? Ella

había querido hacer las cosas del modo correcto, plegarse a las obligaciones de

una dama y solo había encontrado decepción y amargura. Ni siquiera podía recurrir a Oliver, ya que en su última conversación él le había dejado claro que

ya no la buscaría más. Oliver. Cada vez que pensaba en él sentía como su corazón se desgarraba, como si un banco de diminutos pececillos estuviesen mordisqueándolo sin parar. Una extraña apatía se apoderó de ella, y pasaba los

días mirando por la ventana, apenas comiendo mientras tía Etta y Ellen trataban

de forzarla a tomar alimento. Al quinto día de su encierro, Ellen le entregó una

nota de Samuel:

*Querida Verity*

*Intuyo que mi compañía te disgusta, así que no insistiré en buscarte. Me apena que no tengas un trato más familiar con el hombre con el que te casarás,*

*pero si prefieres que un extraño te lleve al altar, respetaré tu decisión.*

*Quiero pedirte disculpas por lo que te dije la última vez que nos vimos, creo*

*que ambos nos hicimos daño con palabras que no tiene sentido.*

*Lord Crosby.*

Verity apretó la carta en su mano hasta que sus nudillos se volvieron blancos y luego la arrugó y la lanzó al fuego. La vio arder hasta convertirse en cenizas,

pensando que era una metáfora muy apropiada para lo que se habían convertido

sus sueños.

## CAPITULO 10

Una semana después, Verity estaba sentada muy tiesa ante una mesa que

crujía bajo el peso de las fuentes cargadas de viandas. Samuel había organizado

una cena en su nueva casa, para celebrar el fin de la remodelación y su padre le

había ordenado firmemente que asistiese. Con la pasividad que se había

apoderado de ella en los últimos tiempos, dejó que Ellen y Amy la embutiesen

en un elegante vestido color bergamota y subió al carruaje con toda su familia.

La nueva mansión de Samuel era preciosa, decorada con sumo gusto y con un montón de criados que recibieron a Verity con exageradas reverencias, sabiendo

que pronto se convertiría en la dueña de esa casa. La joven pasó ante ellos con el

rostro serio y triste, ignorando todo lo que había a su alrededor. Para ella, esa

casa no era más que una cárcel de oro, esa jaula dorada de la que Oliver y ella habían hablado durante su encuentro en la capilla y que ahora se cerraba tras ella, atrapándola como a un gorrión indefenso.

Verity estuvo callada durante toda la cena. Samuel se había colocado a su lado pero ella lo ignoró todo lo que pudo, fingiendo atender a la conversación de

Richard y Elizabeth, sentados frente a ella. Los sirvientes estaban haciendo un excelente trabajo manteniendo los vasos llenos y su padre comenzaba a tener ese

brillo en los ojos que se le ponía cuando abusaba del jerez. Una criada colocó una bandeja de merengues frente a ella y Samuel se inclinó hacia su oído.

—He mandado hacerlos especialmente para ti. Sé que es uno de tus dulces favoritos.

Verity se sorprendió de que él supiera un detalle así sobre ella. Le encantaban los merengues porque le recordaban a las nubes primaverales pero ahora, al morder uno, le dio la impresión de estar masticando un nubarrón oscuro, cargado

de presagios de tormenta.

—Gracias, milord—dijo escuetamente.

—Me gustaría que me llamasas Samuel otra vez—insistió él. Verity lo ignoró y se libró de tener que contestar cuando su padre puso una mano sobre el brazo

de su prometido para llamar su atención.

—¿Viajaréis al norte tras la boda, Crosby?—preguntó el viejo conde.—Es un buen momento para visitar tus nuevas propiedades. Y no te perderás nada



importante aquí, pues el duque de Wardington está de mal humor y ya sabemos

que cuando eso sucede, los actos sociales se reducen mucho. Nadie quiere ofenderlo invitándole a fiestas a las que no va a asistir.

—¿A qué se debe su estado de ánimo?—preguntó Samuel.

—Al último número de *El Acta de las Vanidades*.—Harcourt resopló—. Esta

vez han ido demasiado lejos. Han publicado un extenso artículo en el que el duque sale muy mal parado. Lo pintan como un cobarde libidinoso, que va por

ahí ultrajando jovencitas para luego abandonarlas. Lo comparan con uno de esos

simios expuestos en Regent Park, que se aparean sin ton ni son dentro de sus jaulas.

—Nada que no sea cierto, me temo—intervino Richard—. Pero el autor del artículo ha dado en el clavo y hay quien está empezando a sentir simpatía por su

última amante, Harriet Moore, a la que echó con cajas destempladas cuando se

cansó de ella. Se rumorea que la propia Harriet es la autora del artículo, y si consiguen probarlo, se verá metida en un lío muy gordo. El duque tiene

contactos. El propio rey Jorge le ha prometido abrir una investigación.

A Verity se le resbaló la copa de las manos y cayó al suelo con gran estrépito.

Su padre la miró chasqueando los labios mientras un sirviente se apresuraba a limpiar el desastre.

—¡Ten un poco más de cuidado!—la regañó—. Sea como sea, al duque

tardará un poco en pasársele el disgusto.

—La verdad es que es una lectura de lo más entretenida—dijo Elizabeth—.

Tengo una copia por si quieres leerla, Verity.

Harcourt golpeó la mesa con el puño y todos saltaron.—¡Quemarás esa basura de inmediato! ¡No haremos nada en esta casa que nos ponga en contra de

Wardington!

—Sí señor—murmuró Elizabeth enrojeciendo.

El conde apartó su mirada iracunda de su nuera para fijarla en su hija.

—Y tú, Verity, mañana irás a Londres con tu tía. Iréis de compras, a tomar el té, lo que sea, no me importa mientras os dejéis ver. Llevas demasiado tiempo sin ir y corren rumores de que estás deprimida ante tu próxima boda. Es necesario acallarlos, no importa lo que haya de cierto en ellos. ¿Me oyes?

—Sí, padre—aceptó ella apretando los dientes.

—En cuanto a la boda—Harcourt se volvió a Samuel—. Creo que el próximo sábado será un día ideal para celebrarla. Dará tiempo a hacer los últimos arreglos.

Samuel miró a Verity, que tenía la mirada fija en el fondo de su plato.— Eso suena perfecto—dijo él.

Tras la cena, los tres hombres se retiraron al salón de fumar. Verity apoyó la frente contra el cristal de la ventana, indiferente a la conversación que mantenían Elizabeth y su tía. Al cabo de un rato, Samuel entró con gesto amable, haciéndoles una cortés reverencia.

—Me preguntaba si a mi prometida le gustaría ver con más detalle la planta baja. Hay algunas piezas de plata antigua que quiero enseñarte.

Verity suspiró, sabiendo que no tenía escapatoria.

—Por supuesto—dijo mientras se levantaba para seguirlo.

Caminaron por un pasillo cubierto por alfombras mullidas. A diferencia de los corredores de otras casas señoriales, allí no había retratos de antepasados.

Verity imaginó que Samuel querría olvidar a su padre, que había traído la vergüenza a su familia, y con una sensación extraña se preguntó si llegaría el día

en que su propio retrato y los de sus futuros hijos adornarían esas paredes.

—Necesito que hablemos—dijo Samuel parándose frente a ella. Sus ojos

eran suplicantes y ella vio de nuevo un atisbo del hombre amable y considerado

que había conocido—. No soporto que no me mires ni me hables. No soporto que me trates como si fuese un animal.

—Ni siquiera los animales matan a los de su especie para conseguir privilegios—dijo ella sin conmoverse.

—Si intentase besarte ahora, me apartarías y sin embargo antes de enterarte de ese desgraciado incidente, estabas en paz en mis brazos. Soy la misma persona, Verity.

—No eres la persona que yo pensaba—dijo ella—¿Cómo puedes esperar que te ame si muestras distintas caras, como los dados en un juego de azar?

—Soy un hombre de mundo y tú has vivido años encerrada en un convento

sin desafíos reales a los que enfrentarte. No sabes nada de la vida. Tu padre me

utilizó para matar a ese hombre porque era su enemigo y él no quería ensuciarse

las manos. Es cierto y lo reconozco. Admito que lo maté porque esa era mi oportunidad de labrarme un futuro. He salido del fango, Verity, ahora soy libre para ser el hombre que estaba destinado a ser.

—Ese fango del que hablas se quedará pegado a ti, incluso con tus flamantes vestiduras de marqués—dijo ella con desprecio.

Samuel se mesó los cabellos.—¿Qué querías que hiciese? ¿Depender toda mi vida de las migajas de los poderosos? ¡Yo también tengo sangre noble al igual que tú!

—¡Has matado a un hombre!

—¡No era ningún inocente! Ese hombre, al igual que Elkins, era un asesino que conspiraba para matar al rey. ¡Yo lo impedí! Si tu padre no se hubiese enterado de sus intenciones, Elkins hubiera atacado en otro momento y lugar y

ahora estaríamos lidiando con la inestabilidad de un trono vacío.

—Lo correcto hubiese sido arrestarlo—dijo Verity sin entusiasmo—. Si mi padre no estaba dispuesto a hacerlo, tú podrías haber acudido al rey y contárselo

todo.

Samuel rió con sorna.—¿De verdad lo crees? Ni siquiera hubiera podido conseguir una audiencia real. Y además, ¿qué pruebas tenía? ¿Quién me

hubiera

creído a mí frente a la palabra de tu padre, un lord de Inglaterra?

Verity se encogió un poco, sintiendo como las palabras de Samuel hacían mella en ella. Tenía razón, nadie lo hubiera creído aunque hubiese intentando detener el complot de su padre.

—No hice esto para conseguir poder y riquezas. Debes creerme—dijo él con suavidad—.Lo hice para ser libre. Sé que estuvo mal, pero ese hombre hubiese

acabado muerto igual si los soldados lo hubiesen atrapado. Lord Elkins hubiera

terminado condenado por traición de todos modos. Lo que hice fue horrible, pero

vivimos en un mundo lleno de miserias y horrores, debes entenderlo. Cada uno

debe labrarse su propia fortuna.—Se inclinó hacia ella—. Lo único real para mí

es que todavía confío en poder contar con tu amor, y haré lo imposible para conseguir que me perdones y vuelvas a confiar en mí.

Verity absorbió todas y cada una de sus palabras. Había algo de cierto en lo que Samuel decía: el mundo era un lugar inestable, lleno de maldad; y ella había

pecado de ingenua al pensar que su vida en Londres sería plácida y tranquila como en el convento. ¿Podía reprochársele a Samuel que luchase para procurarse

un futuro mejor, después de que su padre hubiese dilapidado toda su fortuna?  
Era

cierto que Elkins había pretendido matar al rey, y tanto él como su  
mayordomo

habrían sido condenados de todos modos. ¿Cambiaba algo la acción de  
Samuel?

De repente, se sintió muy cansada. Estaba harta de enredos, complots y  
engaños.

Había llegado a Londres ilusionada, confiando en las personas, y solo había  
encontrado dolor y traiciones. Se sentiría satisfecha si el resto de su vida  
pudiese pasarlo en paz, lejos de todos. Ya le daba igual casarse o quedarse  
soltera para

siempre, y por supuesto, no confiaba en vivir un amor apasionado. Samuel  
Crosby era un marqués con tierras alejadas de Londres, le había mostrado un  
lado amable de su carácter y ahora parecía estar suplicando su perdón con  
sinceridad. Quizá eso bastase. Le miró de frente.

—No puedo decir que piense que lo que has hecho es correcto—dijo al fin—.

Pero comprendo tus motivaciones. No te rehuiré más y quizá llegue un día en  
que pueda entregarte mi corazón, ya que tanto parece desearlo.

La sonrisa de Samuel fue instantánea y pareció iluminar la estancia. Le  
acarició la mejilla y esta vez ella no se apartó.

—Con eso me basta, dijo él.

Al día siguiente Verity partió hacia Londres en compañía de tía Etta, tal y  
como su padre había ordenado. Pasearon por los jardines de Kensington, que

estaban llenos de gente debido al buen tiempo, tomaron el té y después  
esperaron pacientemente a que su padre y Samuel charlasen con algunos  
amigos que se habían encontrado. Verity estaba repartiendo migas de pan

entre los patos del estanque cuando vio aparecer a Benjamin Thomson, el amigo de Oliver.

Nerviosa, miró a su alrededor, temiendo que el propio Oliver estuviese con él, pero por fortuna lord Thomson estaba solo. Se acercó a ellos y saludó a su padre

y a Samuel con amabilidad, pero a Verity no se le escapó la frialdad de su mirada.

—¿Cómo te va, Thomson?—preguntó su padre.

—Mucho trabajo. A mis ocupaciones habituales se suma un nuevo incordio.

Ya habréis oído hablar del nuevo y escandaloso artículo que han publicado en *El Acta de las Vanidades*. El duque de Wardington está frenético y cuenta con el apoyo de su majestad. Me han pedido ayuda para dar con el autor.

Verity se acercó, todo oídos.

—Cuanto antes lo encontréis, mejor para todos. Sé que tienes contactos entre los editores de Londres—dijo Samuel.

—¿Están cerca de dar con el culpable, lord Thomson?—se atrevió a preguntar Verity con timidez.

—¿Quién sabe? Wardington conoce a hombres que quizá hablarían. Hay formas de conseguir ese tipo de información.

—¿Sobornándoles?—preguntó ella.

—Puede. En otros casos infligir dolor funciona incluso mejor. Alguien tan poderoso como el duque de Wardington, respaldado por la corona, cuenta con esbirros que son muy buenos en este tipo de asuntos, de ser necesario.

Verity palideció y Benjamin la sujetó por el codo, al ver que se tambaleaba.

—Mis disculpas, milady. Olvidaba que tales barbaridades no son apropiadas para los oídos de una dama.

—Oh, no pasa nada—Verity retrocedió mientras su padre murmuraba algo sobre las tonterías de las mujeres y se alejó del grupo, con el corazón encogido.

De pronto, los jardines ya no le parecían tan hermosos, como si algo malvado se ocultase tras el verdor de la hierba.

Caminó a solas, bordeando el estanque hasta desembocar en una glorieta donde el agua corría en fuentes ornamentales. Escuchó pasos tras ella y vio sorprendida que lord Thomson la había seguido.

—Les he dejado a todos discutiendo sobre política; estaban tan abstraídos en sus propias opiniones que no me vieron marchar—dijo él—.¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo impresionada por tu anterior comentario. No me gusta pensar en la violencia.

—No me refiero a eso.—Benjamin la miró con atención—. Tengo entendido que mi amigo Oliver y tú no os habéis despedido en buenos términos...

Verity se envaró—. No creo que eso sea de tu incumbencia.

—Benjamin no se inmutó.—Mis disculpas. Solo lo decía porque no es fácil ver a un amigo de la infancia sumido en la depresión, entregándose a la bebida y

sin ánimo de vivir.



Verity lo miró con el ceño fruncido. ¿Sería verdad que Oliver estaba tan deprimido? Bien, si era así, no lo compadecía. Ella se había pasado semanas sumida en la apatía y la tristeza. Ya que no podían estar juntos, era justo que ambos sufrieran. Además, él se lo había buscado.

—Sé de buena tinta que tu amigo Wolcott ha pasado por más de una ruptura amorosa antes, lo mismo que tú.—dijo irónica—. Decenas de rupturas, a juzgar

por ese famoso cuaderno vuestro. Así que no creo que mi ausencia le perturbe demasiado.

—Te equivocas. Nunca lo había visto así.

Verity no quería escuchar más. No quería saber nada de las tribulaciones de Oliver. Nada que le recordase su olor, sus manos, sus ojos...

—De todas formas, eso ya no es de mi incumbencia. Estoy comprometida con el marqués de Ailesbury—dijo alzando una mano para mostrarle su anillo.

Benjamin miró la piedra con indiferencia.—¿Y le amas?

—¡No es asunto tuyo!

—Tienes razón. Si por mi fuese, te daría mis bendiciones y me olvidaría de Crosby y de ti. Pero por desgracia mi amigo no piensa igual. Por algún motivo se

ha enamorado de ti, a pesar de que tiene más motivos que nadie para alejarse del

amor y sus nefastas consecuencias.

—¿Qué quieres decir?

—Él la miró, dudando si hablar o no. Finalmente se decidió.

—Oliver y su hermana Melissa estaban muy unidos. Ella era la menor, una mujer de carácter que no se plegaba a las reglas. Su padre la comprometió con

un noble, un hombre brutal que no respetaba a las mujeres; pero antes de que la

boda se celebrase ella se enamoró de un hombre sin rango; un joven sirviente de

su casa. Se veían a escondidas y habían planeado huir juntos. Melissa solo le confió su secreto a una persona, una amiga suya. Pero ella le traicionó. Su padre

se puso furioso y la obligo a casarse con su prometido esa misma noche. En cuanto a la amiga que la había traicionado...—Benjamin se detuvo.

—¿Qué sucedió?—susurró Verity, con todas las fibras de su cuerpo pendientes de sus palabras.

—Amenazó con contárselo todo al esposo de Melissa, a menos que ella consiguiese lo que quería. Y quería a Oliver.

Verity ahogó un grito de congoja mientras el significado de las palabras de Benjamin se colaba en su mente.

—Veo que comienzas a comprender—dijo él—Sí, Elena era la amiga en quien Melissa cometió el error de confiar. Elena hizo un trato con su padre: se casaría

con Oliver a cambio de su silencio. Él aceptó el compromiso para proteger el honor de su hermana pero su desprecio por Elena no ha hecho más que crecer con el tiempo. Ella lo sabe y su odio por él es infinito. Se ha dedicado a ir

extendiendo todo tipo de rumores por ahí.

—Oliver me contó que su hermana murió. ¿Cómo fue?—preguntó Verity con un hilo de voz.

—Se cayó por las escaleras en la mansión de su esposo.—Benjamin habló con tono neutro—.La versión oficial fue que perdió el equilibrio, pero corrieron

rumores de que se había arrojado al vacío o de que su propio marido la había empujado. Nunca sabremos en realidad qué sucedió.

Verity se tapó la cara. Aquello era horrible. No podía ni imaginarse el dolor de Oliver, lo que tuvo que sentir al perder a su hermana y verse obligado a convivir con esa mujer horrible, que además contaba con la protección de su poderoso hermano, el duque de Wardington. Sintió un fuerte deseo de verlo, de

lanzarse a sus brazos. En lugar de eso, se abrazó a si misma y miró suplicante a

Benjamin.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿No comprendes que no hay nada que yo pueda hacer? Lo que le sucedió a Melissa es solo una prueba más de que el amor

es como un camino de cardo y espinas. ¡Yo no soy tan fuerte como para pasar por todo eso!

Benjamin fue a decir algo, pero se vieron interrumpidos por Samuel y el conde de Harcourt, que caminaban a grandes pasos hacia ellos. La expresión de

Crosby se volvió torva y alerta cuando vio a Verity conversando con lord Thomson.

—¿Dónde te habías metido?—le dijo con vehemencia—Creíamos que te había sucedido algo.

—Lady Verity me estaba preguntando sobre estas plantas acuáticas—dijo

Benjamin sin inmutarse, señalando los nenúfares del estanque—. Me temo que mi pasión por la botánica me ha hecho dar demasiadas explicaciones y la he entretenido. No les robo más tiempo, caballeros. Espero verles en otra ocasión.

Sin darles tiempo a replicar Benjamin se marchó caminando a buen paso.

Verity se encogió de hombros bajo la mirada inquisitiva de Samuel y se apresuró

tras su padre, en dirección al carruaje.

Las palabras de Benjamin resonaban en su cabeza como el martillo de un herrero.

~~~~~

—¿Estás seguro?—Benjamin Thomson miró con gesto serio al hombre que tenía ante él.

—Completamente, señor. Mis fuentes son del todo fiables.

Benjamin suspiró. De ser cierto, aquello lo complicaba todo. Rasgó en dos el papel que el hombre acababa de entregarle y que contenía la identidad del autor

del artículo de *El Acta de las Vanidades*.

—¿Lo has leído?—preguntó con severidad.

El hombre, un antiguo integrante de la guardia real que ahora se dedicaba a

hacer turbios encargos para algunos aristócratas, titubeó. Comprendía el valor del silencio y también sabía cuando convenía decir la verdad. Benjamin

Thomson no era un hombre que se pudiese tomar a la ligera.

—Sí, señor—dijo al fin.

—Bien. Este nombre no debe salir de aquí, ¿entendido? Es muy importante.

Si alguien más se entera, responderás con tu vida.

—Entendido, señor.

Benjamin despidió al hombre con un gesto y se asomó a la ventana de su despacho. El crepúsculo caía sobre los jardines, dotándolos de un aura de misterio y él recordó los atardeceres de su infancia en Ainswick Hall, jugando con Oliver a que eran caballeros medievales. Tiempos mejores. Se frotó los ojos

con cansancio y después llamó a su mayordomo.

—Que preparen el carruaje enseguida—ordenó—.Debo ver a lord Wolcott.

## CAPITULO 11

Samuel Crosby levantó la vista de los papeles que estaba leyendo cuando su nuevo secretario abrió la puerta de su despacho. *Cómo han cambiado las cosas*, pensó. Hasta hacía pocos días, él mismo había sido el secretario de un noble, todo el día corriendo de un lado a otro con cuentas y recibos. Ahora tenía todo

un tropel de sirvientes para atenderle.

—Milord, el conde de Padmore quiere verle—dijo el secretario.

Samuel asintió, estupefacto. Oliver Wolcott entró como una tromba en su despacho y él se levanto, mirándolo con recelo.

—Wolcott, me sorprende verte aquí.

—Necesitamos hablar.

Samuel se encogió de hombros, apoyándose en la mesa con indolencia.—No puedo imaginar de qué.

—Verity.

Un criado entró en ese momento con una botella de coñac y dos copas.

Samuel miró a Oliver con el rostro tenso mientras servía las bebidas.

—¿Verity? No creo que nada concerniente a ella sea de tu incumbencia— dijo.

Oliver arrojó un panfleto sobre su escritorio.—¿Estás familiarizado con esto?

Samuel le echó un vistazo.—Es el artículo de *El Acta de las Vanidades* que critica a Wardington. ¿Por qué me traes esa basura?

—Porque fue Verity quien lo escribió—soltó Oliver a bocajarro.

—¿Qué? ¿Esperas que me crea eso? ¿Es alguna de tus tretas, Wolcott?

—Nada de tretas. Mi amigo Benjamin tiene buenos contactos. El editor está completamente seguro de que ella lo escribió. Tu mismo puedes comprobarlo.

Samuel lo miró. Aquella declaración era increíble, pero vio en la mirada de Wolcott que estaba diciendo la verdad. —¿Cómo es posible?—susurró.

—Aparentemente, las monjas que la criaron son bastante eruditas. Y si a eso sumamos que ella es terca como una mula...

—Esto es muy peligroso para ella—razonó Samuel—. Wardington está frenético tratando de encontrar al autor y el rey ha prometido ayudarlo. Si la descubren, será acusada de calumnias y encerrada.

—Exactamente—dijo Oliver con calma.

—Y este es el momento en que me dices que rompa mi compromiso con ella o de lo contrario irás a Wardington y le dirás que es la autora.—tanteó Samuel.

Oliver sonrió tristemente, la mirada fija en el suelo.—Jamás haría nada que pudiera perjudicarla. Ella ya me dejó claro que no quiere una relación ilegítima y

yo no puedo darle otra cosa. Estoy casado. Ella ya ha tomado una decisión y te

ha escogido a ti.

Samuel miró a su rival con el ceño fruncido. Después se adelantó a estrecharle la mano.—Gracias. Estoy en deuda contigo.

Oliver se encogió de hombros.—Me he puesto de acuerdo con lord

Thomson. Le diremos a Wardington que el artículo lo escribió Franklin Hobbs,

un hombre que fue arrestado por asesinato hace dos días. Tenía una enorme biblioteca, así que a Wardington no le parecerá extraño. Le van a condenar de todos modos, así que es la mejor solución. Mientras tanto tú debes evitar que Verity escriba más artículos. La próxima vez no podremos protegerla.

—Descuida. Lo haré.

Oliver se dirigió a la puerta. En el último momento se dio la vuelta y miró a

Samuel, sus ojos reflejando una infinita tristeza.

—¿Crosby?

—¿Sí?

—Cuídala mucho, ¿quieres? Ella se merece ser feliz.

~~~~~

Verity entró en su habitación tras un vigorizante paseo por el jardín y se encontró con Samuel sentado sobre su cama, leyendo un trozo de papel que sostenía en la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí?—le preguntó sorprendida.

Él se levantó.—Te estaba esperando. Hay algo que necesito discutir urgentemente contigo.

—¿Qué ocurre?—preguntó ella. Samuel miró fijamente a Ellen y Verity despidió a la doncella con un gesto. Después se volvió hacia su prometido, que

carraspeó y comenzó a leer: *«Hay quien llama a los grilletos esposas, bromeando con que aprisionan las manos del hombre y le quitan libertad. Se dice que eso es lo que hacen las mujeres. Sin embargo la verdad es otra: son las mujeres las que quedan esposadas al casarse, las que pierden toda su libertad,*

*su individualidad, sus posesiones...»*

Verity intentó arrancarle el papel, pero él lo mantuvo fuera de su alcance y siguió leyendo. *«Pero si muchas son infelices dentro del matrimonio, ¿qué decir de las que optan por amar fuera de él? Hombres de reconocida villanía como el*

*duque de W salen indemnes de todas sus vilezas, siguen retozando como los*



*simios de Regent Park, mientras las mujeres que engañaron se ven ultrajadas y*

*arrastradas por el fango...»*

Trató de agarrar el papel de nuevo y esta vez él la dejó tomarlo. Ella hizo una pelotita con él y lo lanzó a la chimenea.—¿Qué estás haciendo, Samuel?—siseó.

—Está muy bien escrito—dijo él—.Estoy bastante impresionado con tus habilidades retóricas.

—¿Qué? Yo no...

—No disimules, Verity. Sé que has sido tú Esto que has hecho es muy peligroso. Si Wardington llegase a enterarse acabarías presa.

El miedo estalló en los ojos de Verity, pero se mantuvo firme.—Ahora resulta que decir la verdad nos convierte en mártires—refunfuñó—¿Cómo te has enterado?

—Wolcott vino a mí anoche y me lo contó. Su amigo Thomson ha estado haciendo averiguaciones.

Oliver. Ella se quedó sin aliento. Oliver sabía lo que había hecho y su reacción había sido...¡contárselo a su prometido!

—Por esta vez podrá taparse el asunto, pero no debes seguir escribiendo este tipo de artículos. No te haces ningún favor a ti misma—dijo Samuel.

—Yo...yo pensaba que quizá podría ayudar a que la gente viese la injusticia

de lo que se está haciendo con mujeres como Harriet. Lo escribí a escondidas y

Ellen lo llevó al editor por mí. No pensé que me descubrirían.

—La gente no cambiará su forma de pensar por un artículo, Verity—dijo Samuel—.Lo único que conseguirías es destrozar tu propia vida.

—Está bien. No volverá a ocurrir.

Samuel se acercó a ella y le levantó la barbilla. Le dio un corto y casto beso en los labios.

—Al menos hemos sacado algo en claro de todo este asunto—dijo—.Oliver

Wolcott no te ama tanto como pensabas. Él mismo me dijo que había sido una

buena idea alejarse de ti. Incluso me felicitó por nuestra próxima boda.

Verity bajó los ojos para que él no pudiera ver su dolor.

—Dos días más—dijo Samuel—Dos días más y te convertirás en mi esposa y ya no tendrás que preocuparte por nada.

~~~~~

Oliver no podía dormir. No dejaba de pensar en los últimos acontecimientos, y en las decisiones que había tomado y le habían llevado a donde estaba. Verity.

Ella ocupaba la mayor parte de sus pensamientos. En un par de días iba a casarse

con Crosby. Cuando lo pensaba, sentía un dolor lacerado que le paralizaba

todo

el cuerpo y le impedía respirar.

Había pensado que dejarla en paz era lo mejor. No solo porque ella se lo había pedido, sino porque la muchacha realmente merecía una vida feliz y tranquila. Un matrimonio apacible y distinguido, herederos, nada comparable con la vida inestable que le hubiera esperado de haberse convertido en la amante

de un hombre casado.

Él no podía darle lo que necesitaba. Crosby sí.

Entonces, ¿por qué alejarse de ella parecía el mayor error de su vida?

Harto de dar vueltas en la cama, se levantó y se sirvió un vaso de coñac.

Pensó de nuevo en Melissa. Melissa no se había rendido, había luchado hasta el

final. Esa decisión le había costado la vida.

Un motivo más para dejar las cosas como estaban. Y sin embargo...

Oliver no pudo resistirlo más. Silbando una maldición, se levantó y tomó papel y tinta para redactar una carta. Le explicaría a Verity todo lo ocurrido con

su hermana, le abriría su corazón. Al menos, le debía esa explicación.

Comenzó a escribir:

*Mi querida Verity....*

~~~~~

Walter, el mayordomo del conde de Harcourt, llevaba muchos años a su servicio. Era un criado responsable y juicioso que sabía muy bien cual era su

posición y jamás se hubiera atrevido a ir murmurando por ahí, como hacían algunos de los criados jóvenes para su gran consternación. No, un buen mayordomo debía ver, oír y callar, ese era su lema.

Por eso, guardó silencio cuando un mensajero le entregó una carta para lady Verity, a pesar de que su ceño se frunció como un acordeón cuando reconoció en

el sello lacrado el escudo del conde de Padmore. Aquello no estaba bien. Las damas no deberían recibir correspondencia de caballeros casados, más aún cuando ellas mismas estaban a punto de contraer matrimonio.

Pero como buen mayordomo, Walter se calló la boca. Cumplió las órdenes que le había dado el conde de Harcourt: dejar la correspondencia de su hija en una bandeja en su despacho, a la espera de que él la filtrase. Después volvió a sus obligaciones.

Media hora después una mano enguantada se cerró sobre el sobre que descansaba en la mesa de caoba del conde. Unos ojos avispados leyeron la misiva a toda velocidad, entornándose conforme avanzaban la lectura. Una pequeña daga emergió de un bolsillo y recortó con precisión el trozo de papel en

el que aparecía la firma de Oliver Wolcott.

Después, el resto de la misiva fue arrojado al fuego y reducido a ceniza.

Nadie, excepto Walter y la persona que la había recortado, llegó a saber nunca de la existencia de esa carta.

## CAPITULO 12

Verity había soñado muchas veces con el día de su boda. Cuando estaba en el

convento y todavía conservaba las esperanzas de que se casaría por amor, se imaginaba un día lleno de alegría y expectativas, con ella caminando hacia el altar donde la esperaría el caballero de sus sueños, ese del que estaría perdidamente enamorada.

En cambio, iba a casarse con Samuel Crosby.

No era lo peor que podía sucederle, pensó. Cualquier joven de su edad

estaría encantada de casarse con el marqués, que no solo era joven y muy atractivo, sino también dueño de una enorme fortuna y contaba con las simpatías

de la Corona. Además, había demostrado que se preocupaba por ella. Le

importaban sus opiniones y no había cejado en su empeño de intentar que comprendiese las motivaciones tras sus actos. Cualquier otro se hubiera limitado

a mandarla callar y a recordarle que su labor principal era la de procurarle un heredero, no opinar sobre sus asuntos. Sí, Verity debería sentirse satisfecha.

Entonces, ¿por qué experimentaba esa terrible sensación de apatía? Pensó que probablemente era debido a los nervios, o a que quizá su subconsciente aún no

se había recuperado del impacto de conocer el complot en el que Samuel había

participado.

*O quizá es que todavía estás pensando en Oliver Wolcott*, dijo la vocecita de su mente, demostrando ser tan inoportuna como siempre.

Verity suspiró. Jamás habría imaginado que la emoción predominante el día de su boda sería el agotamiento.

Se quedó muy quieta mientras varias doncellas le ayudaban a ponerse el

vestido que llevaría en su boda: una pieza de tafetán color beige, con una enorme

falda y un corpiño triangular con bordados de chantilly y diminutas perlas cosidas en las mangas. Cuando se miró en el espejo el corazón le dio un vuelco:

aquel era el vestido soñado por cualquier muchacha de su edad, el que toda joven desearía vestir para llegar a los brazos del hombre que amaba. Por un

momento, en su mente apareció la imagen de Oliver vestido con sus mejores galas, de pie ante un altar...Sacudió la cabeza, reprendiéndose mentalmente por

ser tan estúpida. No era Oliver, sino Samuel Crosby el que la esperaría en el altar en pocas horas, y más le valía aceptarlo de una vez.

—¿Se encuentra bien, milady? Está muy pálida...—Ellen la miró

preocupada a través del espejo.

—Sí, muy bien. No he dormido demasiado esta noche.

—Los nervios, es normal. Se le pasará en cuanto vea a su esposo. ¡Lord Crosby es tan apuesto!

Sin embargo, la sensación de desasosiego no pasó. Caminó por el largo

pasillo de la iglesia, escuchando el resonar de sus pasos en el suelo de piedra, al encuentro de Samuel que sonreía ampliamente en el altar, una sonrisa entusiasta

que a ella le pareció demasiado brillante, demasiado llena de dientes. De pie, a

su lado, escuchó como el sacerdote pronunciaba la homilía y recitó los votos de

forma mecánica, muy consciente de la mirada de halcón de su padre. Después

Samuel le deslizó la alianza en el dedo y ella sintió el metal frío sobre su carne: el símbolo de que dejaba de estar a cargo de su padre para pertenecer a Samuel

Crosby, marqués de Ailesbury.

Lo miró de reojo. Él estaba radiante, como un gato que acabase de beber un cuenco de leche. No había indicios del hombre furioso que la había insultado por

enamorar de Oliver, ni del frío mercenario que había asesinado a un hombre a

sangre fría ante el rey. Simplemente parecía un hombre feliz.

Trató de prestar atención a las palabras del sacerdote, que estaba

proclamando con tono pomposo *“Aquello que Dios ha unido ningún hombre debe separarlo jamás”*. Samuel tomó su mano derecha y los declararon oficialmente marido y mujer. Ya estaba. Eso era todo. Correspondió de forma automática a la sonrisa de su esposo y salió al exterior de su brazo, recibiendo

sonrisas y felicitaciones de todo el mundo mientras se dirigían al carruaje adornado con flores.

Samuel se acomodó en el asiento, con expresión satisfecha.—Hola, esposa.

—Hola, esposo—respondió ella.

Él se inclinó hacia ella para besarla, un beso hondo y mucho más pasional del casto roce de labios que habían intercambiado minutos antes en la iglesia, frente a todo el mundo. Samuel enroscó su largo pelo en uno de sus dedos y con

la otra mano acarició su costado, perfilando el contorno de uno de sus pechos.

Verity dio un respingo ante la intrusión pero ¿acaso no se suponía que era eso lo

que iba a suceder a partir de entonces? Samuel era su esposo ahora, y tenía plenos derechos sobre su cuerpo.

—Eres preciosa—dijo él en voz baja, antes de apresar sus labios de nuevo.

Se mostraba dulce y considerado, como si ella fuera de cristal y pudiese romperse. No tenía nada que ver con el ímpetu de Oliver, que había devorado su

boca con frenesí, reclamándola como suya con todas las fibras de su cuerpo. Tan

poco sus manos se parecían a las de Oliver, que eran grandes y posesivas y parecían conocer su cuerpo tan bien como si estuviese hecho a su medida...

—¿Eres feliz?—preguntó Samuel de repente.

—Yo...Oh, sí. Lo soy—respondió ella sintiéndose muy culpable por haber estado pensando en Oliver Wolcott justo en ese momento.

—Me alegro. Estabas tan pálida durante la ceremonia que temí que fueses a desmayarte.

—Es que apenas he dormido en los últimos días—confesó Verity—.Ya sabes,

los nervios ...

—Es natural. Yo también he estado nervioso. Me preguntaba cuánto tardaré en conseguir que me ames.

—¡Oh!—Verity titubeó, sorprendida ante sus palabras—.Prometí amarte ahí dentro, ante Dios y los testigos—respondió rehuyendo su mirada.

—Supongo que eso ha de bastarme, por ahora—respondió Samuel



recostándote en su asiento y golpeando el techo del carruaje para que se pusiese

en marcha.

Verity lo observó cuidadosamente, temiendo haberlo ofendido, pero su esposo permanecía tranquilo, con una extraña sonrisa curvando sus labios. *Quizá sí, pensó por enésima vez. Quizá algún día llegue a amarle.*

Estaba previsto que el banquete se celebrase en Camrose Hall, por cortesía del padre de la novia. El enorme comedor estaba engalanado con flores y guirnaldas de colores y ya todos los invitados estaban sentados cuando los recién

casados se dirigieron entre aplausos a la mesa principal. Verity vio por el rabillo del ojo a los Scott, que ocupaban una mesa algo apartada. Los condes de Tisdale

parecían haber envejecido veinte años y Alice tenía un aspecto horrible, como si

no hubiese dormido en meses. Por supuesto, Emmaline no estaba allí. El resto de

los invitados gravitaban con cuidado a su alrededor, mostrando una cortesía exagerada y evitando mencionar la desgracia que les había sucedido.

Verity se sentó junto a su esposo en la mesa principal, con su padre al otro lado, y trató de concentrarse en los manjares que no dejaban de llegar. No podía

dejar de pensar que en solo unas pocas horas Samuel y ella estarían a solas en la

cama y se convertiría en su esposa en todos los aspectos. Quizá incluso concebiría un hijo esa misma noche. ¿Cómo sería Samuel en la intimidad?

¿Sería rudo y apasionado? ¿Tal vez dulce y tierno?

Una criada se acercó para servirle vino. Verity no la reconoció, pero supuso que sería una de las muchas que Samuel había contratado para que ayudasen durante el banquete. La mujer se inclinó más de la cuenta hacia ella mientras escanciaba su copa, y cuando Verity la miró se llevó un dedo a los labios y le deslizó en la mano un papel doblado. Después desapareció por el pasillo con la

jarra vacía, tan rápido como había venido. Verity se excusó diciendo que iba a refrescarse y salió del comedor, con la nota bien apretada en su puño. En un rincón a salvo de miradas indiscretas, la desdobló y leyó.

*Mi querida Verity,*

*Sé que te prometí que te dejaría en paz. Sé que me aborreces, que no quieres saber nada de mi. Has escogido y tu decisión está muy clara: convertirte en la*

*esposa de Samuel Crosby.*

*Así que no te escribiría esta misiva de no ser una cuestión de vida o muerte.*

*He sido herido en un duelo y los médicos me han confirmado que mis heridas son tan graves que es cuestión de días que abandone este mundo. He reunido mis últimas fuerzas para escribirte y pedirte un último favor: deseo verte una vez más, escuchar tu voz por última vez antes de morir, contemplar tu precioso*

*rostro.*

*Por favor, si alguna vez has sentido en tu corazón una chispa de amor por este pobre diablo, atiende a mi súplica, ven a mi encuentro.*

*Siempre tuyo,*

*Oliver Wolcott*

Verity ahogó un grito en la manga de su vestido. ¿Oliver malherido? ¿A punto de morir? No podía ser verdad. Estudió la nota cuidadosamente, en busca

de algún signo que le indicase que era una falsificación, una broma de mal gusto,

pero la firma de Oliver, esa rúbrica llena de florituras que ella había visto en la carta que le había enviado antes de las justas, era inconfundible. No cabía la menor duda: Oliver había escrito aquello de su puño y letra. En ese momento, todo cambió para Verity. La máscara de obediencia que había mantenido a ese momento, la resignación, la voluntad de plegarse a los deseos de su padre y convertirse en la dama refinada que todos esperaban que fuese, sus intentos por

convencerse a sí misma de que casarse con Samuel era lo mejor....todo se desvaneció como arena barrida por el viento.

En ese momento, tomó una decisión. Una que cambiaría el curso de su vida.

Y supo sin lugar a dudas que era la decisión correcta.

Sin pensar en nada más, echó a correr, alejándose del comedor donde su

recién estrenado esposo y todos sus invitados la estaban esperando. Corrió hacia

las caballerizas rezando por no encontrarse a nadie por el camino. Por suerte, sus

plegarias fueron escuchadas y los hombres que debían estar haciendo guardia dormitaban en un rincón, sin duda con ayuda de las jarras de vino que el marqués les había ofrecido como detalle por la boda. Paseó la mirada por la hilera de caballos y se fijó en que *Noir* estaba ensillado, lo que era muy extraño pues nadie tenía previsto salir esa noche. Sin embargo, Verity no le dedicó más

de un pensamiento al asunto, frenética como estaba en su deseo por acudir a la

llamada de Oliver. No le importaba nada más, ni su padre, ni Samuel ni el escándalo que se desataría cuando descubriesen su huida y que la llevaría a la deshonra.

Espoleó al caballo para que se pusiera en marcha y se adentró en la noche.

No se dio cuenta de que cuatro ojos la observaban desde la penumbra del patio.

Dos de ellos la contemplaron muy abiertos, parpadeando con incredulidad mientras su dueño temblaba de miedo.

Los otros dos la miraron entornados, con odio, convertidos en dos rendijas rencorosas que presagiaban calamidades.

~~~~~

Realmente *Noir* era uno de los mejores caballos que Verity había visto nunca. Como intuyendo la prisa de la muchacha, el animal volaba a través del bosque, apenas rozando el suelo con sus cascos. Ella hincó las rodillas en sus flancos, instándole a ir todavía más rápido. Solo podía pensar en Oliver y en si

llegaría a tiempo para verlo con vida. Ni siquiera el bosque, con todas sus sombras y sonidos extraños, le resultaba ya amenazante y su único afán era atisbar la oscuridad en busca de algún árbol conocido, alguna senda, cualquier cosa que le facilitase el encontrar el camino a Londres.

De repente, antes de que pudiese darse cuenta de lo que estaba sucediendo,

*Noir* se detuvo de forma muy brusca. El movimiento fue tan repentino que ella notó como sus cascos se clavaban en la tierra húmeda y escuchó el crujido de sus

patas al doblarse. Verity se vio catapultada hacia adelante y aunque intentó agarrarse a las riendas, no lo consiguió y se precipitó al suelo, cayendo sobre

un

lecho de musgo que por suerte impidió que se lastimase. A su lado, *Noir* temblaba como si hubiese visto al mismísimo diablo, con los ojos fuera de sus órbitas y los belfos temblorosos.

—¿Qué sucede, chico? ¡Calma, calma!—murmuró tratando de acariciarlo. El animal retrocedió ante su contacto, piafando aterrorizado.

Verity escudriñó la oscuridad. ¿Habría percibido el caballo a alguien oculto

entre las sombras? El bosque parecía tranquilo y silencioso, envuelto en la penumbra. Un tenue brillo plateado llamó su atención, y cuando se acercó un poco más vio horrorizada un conejo muerto que alguien había colgado de un árbol, del mismo modo que los campesinos colgaban los jamones para que se secasen. Gotas de sangre fresca resbalaban del hocico del animal; estaba claro

que lo habían matado hacía muy poco. Verity recordó las palabras de Samuel:  
«

*Noir se pone nervioso cuando puede oler sangre. El resto del tiempo es un caballo excelente».* Tragándose su repulsa, descolgó el conejo y lo arrojó lejos con todas sus fuerzas, tratando al mismo tiempo de calmar al animal con sus palabras.

—¿Lo ves? Ya ha desaparecido. Ya podemos volver a ponernos en marcha.

Solo era un conejo muerto, un conejo que alguien ha dejado ahí...

Verity se detuvo en seco, paralizada por el eco de sus propios pensamientos.

Una ráfaga de miedo recorrió su columna vertebral como una araña de patas heladas. ¿Por qué alguien iba a dejar un conejo muerto colgado de un árbol en el

medio del bosque? ¿Con que fin? Ningún cazador se marcharía dejando una pieza abandonada en mitad de la noche, a menos que...

*A menos que todavía esté por aquí cerca.*

*A menos que se trate de una trampa.*

Verity se abrazó a sí misma, de pronto tan aterrorizada como el propio caballo. En ese momento los vio. Mejor dicho, los *notó*, rodeándola en silencio como espectros nocturnos. Eran cuatro, todos a caballo, y se acercaban como flotando entre la niebla. Tuvo una horrible sensación de *déjà vu*, recordando el día que los bandidos los atacaron en el bosque y Oliver la había salvado.

Oliver...Desde luego, su amado conde no estaba allí para salvarla esta vez.

Los hombres se acercaron más, cercándola. Verity se encogió de miedo. Sin duda estos no eran salteadores de caminos normales y corrientes. Los caballos eran animales formidables, propios de grandes señores, y los cuatro iban

embozados en oscuras capas de terciopelo que parecían de buena calidad. ¿Qué

tipo de bandido podría permitirse algo así?

*La Bestia.*

La idea cruzó su mente como un rayo y Verity supo que tenía razón. Trató de gritar pero solo un graznido salió de su garganta y del rostro embozado de uno

de ellos brotó una especie de gorgoteo, probablemente una risa burlona. Echó a

correr a ciegas, del mismo modo que había corrido la otra vez, sabiendo que era

en vano pues no tardarían en alcanzarla y sabiendo también que esta vez

Oliver

no acudiría en su ayuda. Apenas había dado dos zancadas cuando unos brazos firmes la atraparon y una mano enguantada le tapó la boca. Esta vez no era el tacto rudo y codicioso de los salteadores de caminos, sino un agarre firme y desapasionado, casi profesional, como si aquellos hombres estuviesen muy acostumbrados a apresar muchachas solitarias. Verity se retorció, pero la mano enguantada apretó un pañuelo contra su boca. Un olor penetrante inundó sus fosas nasales y ella lo reconoció al instante, pues en la bodega del convento había pequeñas dosis de esa hierba que inducía a la somnolencia. *Beleño*, pensó justo antes de perder el conocimiento. *La Bestia me ha cazado.*

~~~~~

Cuando despertó, lo primero que percibió fue la blancura. El color blanco lo cubría todo: las paredes, el suelo, el techo y las sábanas de la cama donde estaba

tumbada. Se incorporó con dificultad, aún mareada, y se dio cuenta con horror de que le habían quitado el vestido que había llevado en su boda y le habían puesto en su lugar una camisola, una prenda de seda blanca con aspecto de ser

muy cara, que sin duda pertenecía al armario de una gran dama. ¿Dónde estaba?

Verity trató de aclarar sus ideas. Una única vela iluminaba la habitación, bañada

en la penumbra. Se acercó a una pequeña ventana que había en un lateral, clausurada con barrotes, y vio que amanecía ya sobre un jardín inmenso.

¿Cuántas horas habría pasado durmiendo? ¿Cómo estaría Oliver? ¿Habría muerto ya, mientras a ella la mantenían presa?

—¡Socorro!—gritó desesperada—. ¡Auxilio!

Asió los barrotes de la ventana, tratando en vano de aflojarlos. Abajo, el jardín estaba desierto y tuvo la certeza de que nadie oiría sus gritos. Nadie excepto sus captores. A sus espaldas, la puerta de la habitación crujió y se abrió, chirriando sobre sus goznes.

—Es en vano, querida. Los barrotes están bien sujetos.

Verity no necesitó darse la vuelta para reconocer la voz. La sangre se le heló en las venas y sintió como la bilis subía a su garganta. Muy despacio, se giró para enfrentar a la última persona que esperaba ver en aquel momento.

~~~~~

El club era un lugar refinado y oscuro, con sofás tapizados de terciopelo, mesas bruñidas, chimeneas que crepitaban y enormes muebles llenos de bebidas

de todo tipo. Olía a tabaco, a crema de afeitado y a los perfumes de las mujeres

que pululaban por sus salas. Mujeres con ceñidos vestidos y enormes escotes, que nada tenían que ver con las esposas de los hombres que retozaban con ellas

entre aquellas cuatro paredes. Oliver había pasado mucho tiempo en ese club en

los últimos años y había llegado a cogerle cariño al lugar, a pesar de su ambiente

depravado.

Ese día, sin embargo, las paredes se le caían encima. Literalmente, puesto que había bebido varias copas de más.



—La he perdido, Benjamin—dijo arrastrando las palabras—. La he perdido para siempre.

—Vamos, vamos.—Su amigo le ofreció un cigarrillo—. No será para tanto.

—Se ha casado. Con ese indeseable...ese advenedizo...ese marqués de pacotilla que no era nadie hasta que el rey le dio tierras y un título.

—Bueno—razonó Benjamin—. Siendo justos, ni tú ni yo seríamos nadie si algún rey no le hubiese dado tierras y títulos a alguno de nuestros antepasados.

—No estás ayudando, idiota—gruñó Oliver alcanzando de nuevo la botella.

—Lo siento. En circunstancias normales te diría que tratases de olvidarla en los brazos de alguna de las mujeres que hay por aquí esta noche. Sin embargo sé,

que sería inútil. Jamás te había visto tan...tan...

Benjamin titubeó, luchando con las palabras. Tenía que admitirlo, Samuel

estaba enamorado. Lo notaba en el brillo alienado de sus ojos, en su humor cambiante, en su mente embotada que parecía girar todo el día en torno al mismo

tema: esa chica. Jamás lo había visto así, tan fuera de sí y tan desquiciado. Y

siendo honestos, tampoco tan triste, a excepción de cuando se vio forzado a casarse con lady Elena y tras la muerte de su hermana.

—¿Sabes? Nunca pensé que te diría algo así, pero deberías luchar por ella—

dijo Benjamin por fin.

—¿Qué?

—No deberías darte por vencido. Eso es lo que el amor trae consigo, ¿no es así? No es que yo haya estado enamorado nunca pero fíjate en mi hermano. Tuvo

muchos problemas para conseguir casarse pues no contaba con las simpatías del

padre de ella. Se enfrentó a toda su familia y acabó huyendo con ella a caballo

en plena noche, en medio de la ventisca, perseguido por todos sus hermanos y primos. Casi lo matan, pero consiguió lo que quería. Ambos son muy felices ahora.

—Yo nunca podré casarme con Verity.—dijo Oliver con tristeza—Ambos estamos atados a otras personas y ella me dejó muy claro que no quería una relación ilegítima. No quiere volver a verme nunca. Demonios, escogió a ese Crosby antes que a mí.

—¿Estás seguro?—Benjamin hizo tintinear el hielo de su copa.—Parecía muy dispuesta a tener una relación ilegítima contigo antes de enterarse de la apuesta. Ella te ama también, y lo sabe, pero es orgullosa y odia sentirse engañada y menospreciada. Y tú te odiarías a ti mismo toda la vida si no lo intentas una vez más.

—No quiere saber nada de mí. Le envié una carta y no respondió.

—Quizá no la recibió. Estoy seguro de que su padre ha ordenado filtrar su correo. Harcourt siempre ha sido muy controlador.

—Es demasiado tarde.—dijo Oliver—Acaba de casarse. Ahora mismo estará con ese maldito Crosby disfrutando de su noche de bodas—.Rechinó los dientes,

agarrándose al borde de la mesa ante la ira que le producía imaginarse a Verity

en brazos de otro hombre.

Benjamin se encogió de hombros.— Tú mismo. Pero quien no lo intenta, jamás ganará. Eso dice siempre mi hermano.

Oliver apagó su cigarro, pensativo. Su amigo tenía razón. ¿Qué más podía perder? Lo único que sabía era que la ausencia de Verity le dolía en todas las fibras de su cuerpo, como si le hubiesen cortado un brazo o una pierna. Y

escondese en el club emborrachándose con coñac y compadeciéndose de sí mismo no iba a arreglar nada ni traerla de vuelta a sus brazos. De repente se sintió furioso consigo mismo. Los Wolcott jamás se rendían. Los Wolcott luchaban.

Poniéndose en pie de un salto, alcanzó la jarra de agua que había sobre la mesa y se la echó de golpe por la cabeza, sorprendiendo a todos los que había a

su alrededor, que lo miraron como si se hubiese vuelto loco. El agua estaba helada, pero despejó sus ideas y apartó las últimas nieblas de la borrachera. Se

puso en pie, dispuesto a pedir un carruaje pero un súbito alboroto en la puerta del club llamó su atención. Varios lacayos trataban de contener a un adolescente con

pintas de desharrapado que gritaba algo ininteligible e intentaba colarse por la puerta.

—¡Tengo que entrar!—gritaba el chico—¡Busco a una persona!

—¡Fuera de aquí, gandul! ¡Este es un sitio exclusivo, no hay lugar para golfillos como tú!

El muchacho descubrió a Oliver y extendió un brazo hacia él.

—¡Lord Wolcott! ¡Necesito hablar con usted! ¡Es muy importante!

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Timothy—dijo el chico sin resuello, tratando de zafarse de los lacayos que lo habían agarrado del cuello—. Trabajo en casa del conde de Harcourt. Traigo noticias de lady Verity.

Palideciendo, Oliver se apresuró a acudir a su encuentro.—¡Soltadle!—

ordenó a los criados.—¡Hablaré con él!

Condujo a Timothy a un rincón apartado y le dio un vaso de agua, que el chicoapuró de un trago.

—¡Vamos, habla de una vez!—apremió Oliver—¿Le sucede algo a lady

Verity?

—Está en peligro.—La voz de Timothy temblaba, y el miedo se reflejaba en su semblante—. Creo que la Bestia la ha secuestrado.

Oliver sintió como gruesas gotas de sudor caían por su frente. Sujetó al chico del hombro.

—Cuéntamelo todo—ordenó.

## CAPITULO 13

Verity no conseguía salir de su asombro. La mujer que había entrado en la habitación donde la tenían confinada le devolvió una mirada burlona. La puerta

se abrió lentamente y entró otra dama, extendiendo a su alrededor una estela de

caro perfume. La boca de Verity se abrió unos centímetros más. Las dos mujeres

la observaron con expresión cortés, como si la muchacha estuviese allí para asistir a un té social, en lugar de haber sido víctima de un secuestro. Ella les devolvió una mirada perpleja, sin poder creer lo que veían sus ojos. Todo parecía

irreal, como una pesadilla demasiado vívida, y por un momento pensó que todavía estaba bajo los efectos del beleño y estaba teniendo alucinaciones.

—No esperabas encontrarnos aquí, ¿verdad querida?—preguntó lady Elena con suavidad—.Me gustaría felicitarte por tu muy reciente matrimonio, aunque

teniendo en cuenta que acabas de huir dejando a tu marido plantado en mitad del

banquete, no estoy segura de que mis buenos deseos sean oportunos.

La dama estaba vestida como para asistir a una cena de gala, con un sobrio vestido azul, tan oscuro como una noche sin estrellas. A su lado, la duquesa de

Wardington hacía gala una vez más de su peculiar sentido de la moda, con un pomposo vestido dorado que dejaba poco lugar a la imaginación y provocaba que sus abundantes carnes se desbordasen por todas partes. De algún modo, la aparente normalidad de sus gestos y la tranquilidad de sus voces aterrorizaba más a Verity que si en la estancia hubiera entrado un asesino sanguinario blandiendo un puñal.

—¿Vosotras?—Verity intentó que no le temblase la voz, sin conseguirlo—

¿Vosotras habéis organizado mi secuestro?

—No nos tutees, querida, somos mayores que tú y no es de buena educación

—la regañó la duquesa—. Pero respondiendo a tu pregunta, sí, hemos sido nosotras las que hemos organizado este pequeño encuentro.

—¿Por qué?—preguntó Verity con un hilo de voz.

—¡Ah! Pues porque una dama nunca debería andar sola por el bosque en plena noche.—La voz de lady Elena rezumaba ira—. Se expone a todo tipo de peligros.

—En realidad una doncella nunca debería estar sola, ni de noche ni de día— razonó la duquesa—. Si muchas que yo me sé cumplieran esta sencilla norma de sentido común, nada malo les sucedería.

—Muy cierto, querida Lillian—concedió la esposa de Oliver—. Eso es algo que las doncellas deberían tener muy en cuenta. Siempre y cuando , *todavía* sean doncellas, claro está. Hoy en día muchas aseguran que conservan su virtud cuando lo cierto es que la han entregado hace tiempo y se dedican a ir por ahí seduciendo a los hombres.

—A hombres casados.

—Cierto, a hombres casados.—Lady Elena abrió mucho los ojos, fingiendo estar escandalizada—. Es una auténtica vergüenza y no debería permitirse.

Verity las miraba a ambas por turnos, mientras una sensación de asombro y estupor se iba apoderando de ella. ¿Qué estaban diciendo aquellas mujeres?

Parecían haberse vuelto locas, unas locas que no gritaban ni soltaban espumarajos por la boca, sino que se sentaban allí y soltaban disparates sin que

un solo pelo se desprendiese de sus complicados peinados.

—No...no entiendo nada—se quejó con voz lastimera.

—¿Qué es lo que no entiendes, Verity?—Lady Elena la encaró furiosa.—

Cuando llegaste de Londres parecías un cervatillo asustado y cuando te vi ignorar los avances de Oliver en la fiesta de los Wardington pensé que quizá eras

una chica sensata en la que se podía confiar. Por supuesto, estaba equivocada.

Eres como todas, muchachas recién salidas del cascarón que se aprovechan de su

belleza y juventud para seducir a nuestros esposos, para apartarlos del lecho matrimonial.

—¿Qué? Yo no...

—¡Te di un voto de confianza!—la máscara de cortesía parecía haber caído y

lady Elena gritaba ahora, la ira tiñendo de rojo sus pálidas mejillas—. Incluso te

mostré que si persistías acabarías abandonada y sola como esa desvergonzada de

Harriet Moore. Pero no me escuchaste. Ese es el problema con muchas de vosotras, que no escucháis.

—¡Ah! La pobre Harriet Moore...—La duquesa de Wardington jugueteó con

las perlas de su collar, estrujándolas entre los dedos. Parecía que estaba aplastando pequeños insectos—. La pobre era una fresca, pero muy ingenua.

Creía que mi marido la amaba de verdad. ¡Ja! Como si eso fuera posible. Por cierto, tendrás ocasión de saludarla hoy, pues está a punto de unirse a nuestra pequeña fiesta.

Como obedeciendo a sus palabras, un hombre entró en la estancia. Era un individuo alto, llevaba la cara oculta tras una media de lana y Verity no tenía modo de saber si era uno de los que la habían apresado en el bosque o quizá esas

dos locas tenían a todo un séquito de hombres a su servicio. Sin embargo, no fue

el desconocido el que aterrizó a Verity, sino la presencia de la muchacha inconsciente que el arrastraba por las axilas sin ningún cuidado: Harriet Moore

iba vestida con una camisola blanca idéntica a la suya y tenía un feo cardenal en

un lado de la cara. Verity ahogó un grito de pavor.

—Cometió la imprudencia de resistirse y mis hombres se vieron obligados a emplear algo más de fuerza—dijo lady Elena como disculpándose—. Sea como

sea, los periódicos tendrán material de sobra en las próximas semanas, pues la Bestia va a cobrarse hoy dos nuevas víctimas.

El horrible significado de sus palabras penetró en la mente de Verity como un disparo. Su intuición en el bosque había sido certera; había caído en manos de

La Bestia. Solo que la Bestia como tal, ese hombre depravado que todos habían

imaginado y temido, no existía. Era una perversa fabricación de aquellas dos locas.

—Pero...pero no lo entiendo—gimió—. Sus víctimas...bueno, él les arrebató su virginidad...¿Cómo es posible?



Lady Elena sonrió.—Todos piensan que la Bestia es un hombre, pero ¿qué hombre sería tan hábil para huir tantas veces de la justicia? No, la Bestia es mucho más. En realidad es un monstruo con muchos cuerpos y un solo cerebro.

*Nuestro* cerebro, querida. Hemos utilizado a distintos hombres para arrebatarnos la honra a esas desvergonzadas: criados fieles, esbirros, lacayos sin escrúpulos que jamás nos traicionarían. Siempre hombres distintos, de ese modo si el beleño

dejaba de surtir efecto y alguna reconocía a su captor, las descripciones no llevarían a ninguna parte.

—Pero...¿por qué?—Verity estaba horrorizada.

La esposa de Oliver suspiró con cansancio.—Cuando una es doncella, deposita grandes esperanzas en el matrimonio. Nos pasamos una o dos temporadas asistiendo a fiestas, embutidas en esos incómodos corsés, sonriendo

a los hombres con la esperanza de encontrar un esposo que nos ame y a quien podamos dar un heredero. Cumplimos con nuestro deber. Pasan los años y nos convertimos en matronas, nuestra piel pierde su lozanía y nuestros ojos su brillo. Algunas, como yo, ni siquiera tienen la suerte de concebir un hijo.

Nuestros maridos dejan de prestarnos atención, se vuelven hacia jóvenes veinteañeras que todavía tienen las carnes prietas. Ya te dije una vez que puedo

disculpar los deslices de un hombre, pero jamás perdonaré a una mujer desvergonzada. Por eso nació la Bestia. Para castigarlas.

—He sufrido durante muchos años a las amantes de mi esposo paseándose

por mi casa como una plaga de langostas.—La ira hacía temblar el mentón de la

duquesa de Wardington—. ¡Ah! pero muchas de ellas se encontraron con la Bestia en su camino. Es un consuelo, ¿no crees?

—La Bestia les quita lo más valioso que tienen: su honra. Las convierte en mujeres desprovistas de todo valor.

Verity estaba aturdida. Aquella ignominia no podía ser verdad. No podían llegar a tal nivel de locura...

—Entonces...damas como Marian Whitney o Emmaline Scott...—farfulló.

—Marian Whitney estaba muy satisfecha de haber cazado al marqués de Beaucort. Lo que pocos sabían es que él estaba prometido con la sobrina de Lillian—Lady Elena señaló a su amiga—. Una chica no muy agradecida. Marian

se interpuso y él cayó en sus redes como un tonto. La Bestia se encargó de que

las aguas volvieran a su cauce. En cuanto a Emmaline Scott...—sonrió—  
Bueno,

su captura fue un favor personal a un fiel servidor.

Verity cerró los ojos. Aquello era mucho peor de lo que había imaginado, la mayor infamia que podría ocurrírsele a un cerebro enfermo. De pronto pensó en

algo: todas las víctimas de la Bestia habían sido drogadas con fuertes dosis de beleño, para que no recordasen nada. A ella, sin embargo, le habían dado una

dosis suave y ahora lady Elena le estaba contando toda aquella locura casi con regocijo, como si disfrutase de contar con un público. Ni en un millón de años

iban a dejarla libre después de haber compartido con ella su horrible secreto.

Sintió un escalofrío. Eso solo podía significar una cosa: no iba a salir viva de allí.

Como leyendo sus pensamientos, lady Elena se encogió de hombros.—Tu

amiga Harriet y tú nos habéis causado más problemas que las demás. No solo seduciendo a nuestros esposos, sino con toda esa locura de *El Acta de las Vanidades*. Sí, sabemos que tú has escrito ese artículo, y por tu culpa los duques de Wardington son el hazmerreir de Londres. Ya que te gustan los periódicos, te

gustará también saber que tu nombre y el de tu amiga figurarán en todas las gacetas de Londres muy pronto, cuando encuentren vuestros cuerpos y

descubran que la Bestia también sabe matar.

Verity estaba tan aterrorizada que le costaba articular palabra. A su lado, Harriet se removió un poco, sin llegar a salir de su estado inconsciente.

—Puede que la pobre Harriet no tenga a nadie que responda por ella—dijo al fin con un valor que no sentía—. Pero si encuentran mi cadáver, mi padre y mi esposo no pararán hasta encontrar con el culpable.

—¿Tu esposo? ¿El mismo que has dejado plantado en medio de vuestra noche de bodas para correr al encuentro del mío? Es curioso que digas eso.

Como respondiendo a las palabras de lady Elena, la puerta se abrió de nuevo.

El hombre que entró tenía el gesto serio y parecía preocupado, pero Verity nunca

había sentido tanto alivio al ver a alguien.

—¡Samuel!—gritó.—¡Ayúdame! ¡Me han secuestrado! ¡Ellas...ellas son la Bestia!

—¿No me digas, Verity?

Samuel la miró levantando una ceja, casi con aburrimiento. La frialdad de su mirada la paralizó. Ya no había rastro de amabilidad allí, sus ojos azules ya no

estaban iluminados al mirarla. Ahora estaban fríos y sin vida, como los ojos de

un pez muerto. En un instante, lo comprendió todo.

—No...no es posible—murmuró horrorizada.

—Por un momento me engañaste, ¿sabes?—.El la miró con desagrado—.

Cuando prometiste que olvidarías a Wolcott y que estabas dispuesta a tener un futuro conmigo, me lo creí. ¡Qué equivocado estaba! Cuando te tendí una trampa

no tardaste ni un segundo en caer en ella y saliste corriendo a buscar al maldito

Wolcott, sin que nuestro matrimonio te importase para nada. ¿Qué clase de mujer recién desposada sale corriendo en busca de su amante?

—Oliver me escribió una carta asegurando que estaba moribundo. ¡Me necesitaba!

—¡La carta era falsa! Utilicé la firma de una lacrimosa carta de despedida que él te envió y cambié el texto. Incluso dejé a *Noir* ensillado en el establo para tentarte. Quería comprobar donde estaba tu corazón, y lamentablemente

para ti,

lo has dejado bien claro.

Entre todo el horror, un tenue rayo de esperanza surgió en el pecho de Verity.

Oliver estaba vivo. La parte de la carta que mencionaba heridas y un duelo era

falsa.

—¿Cómo has podido hacer esto? ¿Cómo puedes haberte asociado con estos monstruos?—le gritó a Samuel.

—Ya te dije que había tenido que hacer diferentes trabajos en mi vida para sobrevivir. Hace tiempo que lady Elena me habló de su proyecto y decidí formar

parte de él. Encuentro que hacen una tarea loable, librando al mundo de mujerzuelas sin honra.

—¿Cómo pude haberme dejado engañar por ti?—lloró Verity—. ¡Estás lleno de odio y de veneno!

—¡El mismo veneno que furcias como tú me han inyectado!—rugió él—.

Cuando era muy joven, amaba a una dama que me prometió amor eterno. Sin embargo me dio la espalda en cuanto mi familia se quedó sin fortuna y no tardó

en comprometerse con otro. Creí que mi mundo había terminado, que jamás encontraría la felicidad...Pero la Bestia se encargó de darle su merecido.

Verity lo miró: su rostro desencajado y sus ojos brillantes de odio. Recordó al Samuel amable que había conocido, a ese lobo con piel de cordero que le

hablaba de lo dura que había sido su vida, de que había tenido que alejarse dejando en Francia a la persona que amaba...De pronto lo entendió: la rabia en

su mirada cuando hablaban del compromiso de Emmaline Scott, las lágrimas de

la propia Emmaline al cruzarse con Samuel en la fiesta tras las justas, poco antes

de ser secuestrada. La felicidad que él había mostrado cuando se enteraron de que ella había sido víctima de la Bestia, y que Verity había confundido con alegría por haber sido nombrado marqués...

—Esa dama de la que hablas...es Emmaline Scott, ¿verdad?—dijo con un hilo de voz.

Samuel asintió con satisfacción.—Ella creyó que sería feliz con lord Bolton, que sería mejor partido que yo. Ahora se ha quedado sin nada y sabe lo que yo

sentía cuando no tenía fortuna.

Verity se tapó la cara con las manos, renunciando a escuchar más delirios.

Como si esa fuera la señal que estaban esperando, lady Elena carraspeó delicadamente, como una dama que pide permiso para retirarse.

—Una conversación muy interesante—dijo con su pulido tono de voz—. Pero basta ya de confesiones. Es hora de que la duquesa y yo nos retiremos y os dejemos a solas. Al fin y al cabo, es vuestra noche de bodas, aunque no vaya a

ser como tú la esperabas. Cuando amanezca, encontrarán tu cuerpo y el de Harriet flotando en el Támesis.

Las dos mujeres abandonaron la habitación, sus esponjosas faldas flotando tras ellas como plumas de pájaros. Verity se encogió sobre sí misma mientras Samuel Crosby avanzaba hacia ella muy despacio, un Samuel que había perdido

todo vestigio de humanidad para convertirse en alguien dominado por sus sádicos instintos, un animal...

Una Bestia.

En ese momento, un estruendo resonó tras las puertas, como si se hubiese desatado una tormenta en el exterior. Se oyeron pasos apresurados y un grito de

mujer: Verity creyó reconocer la voz de lady Elena. Samuel sacó una pistola del

bolsillo, atento a los ruidos que venían de fuera. La puerta se abrió con gran estrépito.

—¡Verity!

Ella se giró hacia la voz como si fuese lo único que existía en el mundo. Por segunda vez allí estaba él, justo en el momento preciso, dejándolo todo para acudir en su ayuda. Oliver. *Oliver*. Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de miedo y furia pero su mano se mantuvo firme cuando apuntó a Samuel Crosby

con su pistola. Varios hombres venían tras él, y Verity reconoció a Benjamin Thomson y al joven Timothy, que estaba muy pálido y sujetaba un arma casi tan

grande como él.

—¡No te acerques a ella, Crosby!

Samuel encañonó a Oliver con su propia pistola, su rostro desfigurado por la

rabia. Durante unos minutos ambos hombres se apuntaron a la vez, tensos, temerosos de hacer algún movimiento en falso. La puerta volvió a abrirse y los

hombres encapuchados que la habían secuestrado en el bosque entraron en tropel. Todos blandían enormes pistolas de chispa, algunos llevaban también ballestas.

—¡Cuidado!

Verity no supo quien había disparado primero, pero de repente la habitación se convirtió en un infierno. El humo la cegó y escuchó los gritos de dolor de los

hombres. Alguien cayó al suelo a sus pies. Aterrorizada, trató de parapetarse bajo un sillón, arrastrando consigo a la inconsciente Harriet, mientras las balas silbaban a su alrededor y el olor a pólvora lo envolvía todo. Verity temblaba tanto que a duras penas podía mantener el control de sus manos, pero cuando abrazó a Harriet para protegerla notó que el camisón de la muchacha estaba húmedo. Húmedo y rojo. La habían alcanzado en el vientre y la sangre manaba a

borbotones. Gimiendo de miedo, rasgó la tela de su propio camisón para tratar de contener la hemorragia, pero pronto el lienzo blanco estuvo completamente teñido de rojo.

Se oyeron más gritos. Verity reconoció la voz de Oliver, rugiendo de dolor o de furia y se encogió sobre sí misma, tratando de abstraerse de todo lo que la rodeaba. Entró en una especie de trance. No se dio cuenta del momento en que

los disparos cesaron, dejando tras de sí enormes vaharadas de humo negro, ni tampoco de la ola de calor que comenzó a extenderse por la estancia, haciendo

que respirar fuese cada vez más difícil. Unas manos la buscaron y ella



obedeció

a ciegas a ese contacto cálido, que le recordaba a algo conocido. Oliver. *Está vivo*, pensó entre la niebla que obstruía su cerebro. *Está vivo*.

Verity se agarró a él. Hacía un calor terrible, como si de repente las mismas llamas del infierno los hubiesen alcanzado y Verity se dio cuenta de que el fuego

era real y crepitaba amenazante, consumiendo las alfombras y los cuadros. El humo era denso y los ojos le lagrimeaban. Tosió y se aferró más fuerte al cuello

de Oliver, pensando que si aquel era el final, al menos lo afrontarían los dos juntos.

—Tenemos que salir de aquí—dijo él con voz ronca—. La pólvora ha

prendido en las cortinas y se ha desatado un incendio. El fuego no tardará en devorarlo todo.

Oliver la ayudó a levantarse. Verity vio por el rabillo del ojo como Benjamin

Thomson cogía en brazos a Harriet y corría hacia la salida. Se apresuraron a seguirlo.

Las lujosas escaleras de caracol de la mansión se habían convertido en una trampa mortal, y estuvieron a punto de caer varias veces mientras el fuego parecía perseguirlos, quemándolo todo a su paso. Entre dos escalones se encontraron con el cuerpo caído de Samuel Crosby, con la frente atravesada de

un disparo. Su rostro estaba todavía contorsionado en la mueca de rabia que había tenido cuando la muerte lo sorprendió. Tenía los ojos abiertos y el azul de

sus pupilas parecía una capa de hielo sucio. Verity retiró la mirada.

Mucho más tarde, cuando recordase ese día, no sabría explicar cómo

lograron salir finalmente, avanzando como animales acorralados mientras el fuego crepitaba a su alrededor y los cadáveres de los que habían caído en la lucha se convertían en bultos carbonizados. En el recibidor se encontraron con la

duquesa de Wardington y lady Elena, que habían sido sorprendidas por el incendio cuando trataban de huir. Sus vestidos de gala estaban reducidos a harapos calcinados y la muerte había dotado a sus rostros ennegrecidos de expresiones yertas. Verity vio como Oliver apretaba los labios al pasar frente al

cuerpo de su esposa y se aferró a él con más fuerza.

El exterior los recibió con una suave brisa que les resultó revitalizante. La noche era tranquila y el cielo estaba lleno de estrellas. Se dejaron caer sobre la

hierba húmeda de rocío y se abrazaron con fuerza, todavía sin poder creerse que

estaban vivos. Ella le besó, del mismo modo que había hecho en el bosque hacía

ya tantos días, saboreando en su lengua la sal del sudor que cubría sus labios.

—Te quiero, Oliver—susurró.

Él la miró como si fuese la primera vez que la veía, una luz maravillada brillando en el fondo de sus ojos oscuros.—Yo también te quiero.

## CAPITULO 14

Verity se removió en sueños, deslizándose hacia la consciencia con la

persistente sensación de que había algo diferente. Sus ojos se abrieron poco a poco y le tomó un momento darse cuenta de que su almohada no se movía, sino

que la oscilación que estaba notando la provocaba la respiración de Oliver,  
que

dormía apaciblemente a su lado, con el brazo derecho alrededor de su cintura.

Verity se apoyó sobre un codo para verlo mejor: allí dormido, con una  
sombra de

barba cubriendo sus mejillas, parecía despreocupado de todo y mucho más  
joven, casi un muchacho.

Habían pasado tres días desde su secuestro en el bosque y su mundo había  
dado un completo giro. Tras huir de las llamas, habían conseguido llegar a  
duras

penas a la mansión de Oliver, donde los asustados criados habían hecho venir  
a

un médico. La herida del costado de Oliver no era demasiado grave pero  
durante

varios días se temió por la vida de Harriet Moore. La joven todavía estaba  
recuperándose y una fea cicatriz le cruzaba el vientre, pero ya estaba fuera de  
peligro.

Mientras tanto, Londres era un hervidero de rumores. Pronto se extendió la  
noticia de que un terrible incendio había destruido la mansión del duque de  
Wardington cobrándose la vida de su hermana y su esposa, así como la del  
recién

nombrado marqués de Ailesbury y varios hombres desconocidos. Mientras la  
alta sociedad londinense especulaba con deleite sobre qué estarían haciendo  
ambas damas a solas con tantos hombres de noche y en ausencia del duque,  
un

nuevo escándalo sacudió la ciudad: Lord Oliver Wolcott, en vez de guardar

luto

por su reciente viudez, se había llevado a su casa a la joven hija del conde de Harcourt, con la que estaba viviendo en pecado. El viejo conde se había presentado allí muy enfadado, dispuesto a retar a Oliver en duelo, pero se había

calmado enseguida cuando este le aseguró que pensaba casarse con su hija en cuanto se recuperase de sus heridas.

El duque de Wardington había visitado a Oliver y después de una

conversación con él y con Benjamin Thomson que duró varias horas, el poderoso

aristócrata había salido de allí cabizbajo y derrotado, sin sombra de la arrogancia que siempre lo había caracterizado. Sin duda, la horrible historia que Oliver y Benjamin le habían contado había cambiado para siempre su percepción del

mundo.

—A partir de ahora, se mantendrá alejado de las jóvenes, si sabe lo que le conviene—había dicho Oliver entre dientes—. Será el viudo más virtuoso de Inglaterra.

Verity dudaba que Londres llegase a conocer alguna vez la verdad de lo

sucedido. Oliver y Benjamin habían hecho un trato con el duque de Wardington,

su silencio a cambio de que él aportase rentas mensuales que permitiesen a Marian Whitney, Emmaline Scott, Harriet Moore y otras jóvenes víctimas de la

Bestia mantenerse durante toda su vida. El duque, una vez que se hubo

recuperado del trauma de enterarse que su esposa y su hermana eran las

culpables, se había apresurado a aceptar. A partir de ahora, la Bestia se iría convirtiendo en un desagradable recuerdo, en algo horrible del pasado cuya identidad seguiría siendo un misterio para los londinenses.

Al principio, Verity se había enfadado mucho con Oliver. Ella hubiese preferido que todo saliese a la luz, que los crímenes de lady Elena y la duquesa

de Wardington quedasen expuestos. Sin embargo, pronto comprendió que eso no

serviría de ayuda a las víctimas. La pensión prometida por el duque, por el contrario, les aseguraba una vida libre de sobresaltos y penurias. Todavía tenía

que cambiar muchas cosas en el mundo para que todo fuese perfecto.

Verity se consolaba a sí misma pensando que siempre quedarían las personas bondadosas, como el joven Timothy, que había arriesgado su vida para ayudarla.

El muchacho había sido herido en la refriega y había perdido dos dedos de una

mano, pero estaba vivo. Durante una larga conversación, les contó a Oliver y a

ella lo miserable que había sido su vida al servicio de Samuel, siempre a expensas de sus cambios de humor que provocaban que pasase de ser encantador

a cruel y sádico en cuestión de minutos. Cuando Crosby empezó a salir por las

noches y a traer a casa monedas de oro cada vez que se producía un ataque, Timothy empezó a sospechar que el secretario estaba relacionado con la Bestia.

Cuando atacaron a Emmaline Scott, estuvo casi seguro, pues sabía el rencor que

Crosby le guardaba por haber roto su compromiso. Comenzó a espiarlo, y

cuando vio que dejaba a *Noir* ensillado para tentar a Verity, y a ella salir corriendo en mitad de la noche, se apresuró a avisar a Oliver de lo sucedido. A

fin de cuentas, tal y como dijo, eso es lo que uno hace por sus amigos.

Oliver le había abrazado en agradecimiento y le había prometido tantas tierras como pudiera desear.

Oliver se agitó en sueños y la apretó más contra sí. Verity sonrió y besó su mandíbula suavemente. Lo amaba, de eso estaba segura. Con todos sus defectos

y sus imperfecciones, sabía que estaba perdidamente enamorada de Oliver Wolcott.

Él se removió al sentir sus labios sobre su piel y se giró hacia ella con una sonrisa somnolienta.

—¿Has tenido pesadillas?—preguntó.

—No contigo a mi lado.

El primer día tras el incendio, se había despertado sudorosa en medio de un horrible sueño en el que Samuel Crosby le quemaba las manos y la cara con una

antorcha encendida. A partir de ese día, Oliver se había acostumbrado a dormir

con ella, y a pesar de que debido a su herida solo habían intercambiado algunos

besos dulces, Verity sentía una inexplicable excitación al verlo allí tumbado a su

lado, largo y musculoso, llenando toda la habitación con su presencia.

—¿Cómo está tu herida?

—Mucho mejor—sonrió él—.He llamado al padre Bolyn y la boda se celebrará la semana que viene. ¿Lista para convertirte en la condesa de Padmore?

—No sabes cuánto—susurró ella.

—Tras la boda nos iremos a vivir a Ainswick Hall. Benjamin ha tenido el buen detalle de ofrecerme la finca como regalo de bodas.

Verity sonrió. No podía esperar a salir de Londres, dejar atrás todos los recuerdos y refugiarse en el campo en compañía del hombre que amaba.—Me

parece perfecto—dijo, depositando suaves besos sobre su mandíbula.

Sintió como el cuerpo de Oliver se tensaba bajo sus labios. Él la hizo rodar hasta situarla sobre su cuerpo: podía sentir todos sus músculos palpitar ante su contacto. La mirada que él le dirigió era inconfundible.

—¿Y tu herida?—preguntó ella, vacilante.

—Al diablo con todo. He dormido a tu lado tres noches sin tocarte, creo que ya ha sido demasiado sufrimiento. Además, la herida ya está mucho mejor.

Las dudas de Verity se disiparon completamente. Se besaron con ansia,

saboreándose. La boca de Oliver recorrió su cuello y su pecho, adentrándose en

el escote del camisón y ella arqueó la espalda, deseosa de más. Él mordisqueó sus labios y Verity gimió contra su boca, hundiendo los dedos en su cabello para

profundizar el beso.

Ambos jadearon a la vez cuando Oliver deslizó su pierna entre los muslos de

Verity, su erección presionando contra su estómago. Ella se arqueó hacia arriba,

buscando sentirlo con todas las fibras de su cuerpo. Con un movimiento brusco,

Oliver le subió el camisón hasta el cuello y le ayudó a quitárselo por la cabeza.

Los dos podían sentir el calor que emanaba de sus cuerpos, que parecían hechos

de metal caliente, a pesar de que la chimenea de la habitación hacía mucho que

se había apagado.

Oliver acarició su vientre, el interior de sus muslos y su pulgar se detuvo en

el mismo centro de Verity, que sintió como todo su cuerpo despertaba a su contacto. Sus pezones se irguieron al instante, exigiendo más caricias. Las manos de Oliver parecían multiplicarse: una de ellas acariciando su pecho mientras la otra continuaba su tarea allí abajo, hasta que Verity fue incapaz de

pensar más. Su dureza palpó contra el estómago de la joven, de un tamaño que

a ella le pareció alarmante. Él levantó la cabeza para mirarla, sus ojos oscuros



e

insondables.

—Te quiero—dijo.

Verity se agitó debajo de él. Por mucho que se derritiera cada vez que él le decía que la quería, en ese momento estaba demasiado interesada en lo que estaba sucediendo con su cuerpo, en lo que sus caricias despertaban.

—Lo sé. Yo también—dijo deprisa—Ahora, respecto a lo que estabas haciendo...

Oliver rió y redobló sus caricias. Sus manos regresaron al lugar entre sus piernas y Verity le clavó las uñas en los hombros cuando él introdujo

suavemente un dedo en su interior. Él besó su garganta, chupando suavemente la

suave piel debajo de su mandíbula mientras su respiración se convertía en jadeos. Con cuidado, presionó un segundo dedo con el primero y ella gritó su nombre.

—Estoy aquí, Verity—respondió él. Frotó su clítoris más rápido con el pulgar y vio como su boca se arqueaba formando una O perfecta. Las piernas de Verity

temblaban y la joven sentía que su vientre se había convertido en un caldero de

aceite hirviendo. Oliver se colocó entre sus piernas, apoyándose en los codos y

empujó lentamente en su interior, manteniendo sus ojos fijos en los de ella, atento a cualquier signo de dolor. Se quedó inmóvil mientras ella se

acostumbraba a sentirlo dentro y cuando fue incapaz de aguantar más

comenzó a

embestirla, primero lentamente y luego de forma más enfática. Verity hincó los

talones en su espalda, meciéndose con él, clavándole las uñas en la espalda a medida que el placer se iba intensificando y sus respiraciones tomaban un ritmo

frenético, hasta que ambos terminaron en un estallido de placer.

Después se quedaron abrazados durante horas, sus miembros sudorosos

entrelazados como si perteneciesen a un único cuerpo, todavía maravillados por

el lugar en el que estaban y el final feliz que habían construido, a pesar de todo

el horror y los obstáculos.

## EPÍLOGO

### *Un año después...*

Verity entró a grandes zancadas en el despacho de Oliver, perseguida por tía

Etta, dos sirvientas y una comadrona muy preocupada. Tras ellas, el padre Bolyn

sudaba a mares mientras se recogía la sotana con una mano, tratando de alcanzar

a aquella dama que parecía haberse vuelto loca y no dejaba de gritar sandeces.

Verity se encaró con Oliver, que soltó sorprendido el libro de cuentas que tenía en la mano. A su lado, Benjamin Thomson alzó una ceja divertido y se dispuso a contemplar el espectáculo.

—¡Tú!—gritó Verity, señalando a su esposo con un dedo acusador.

—Verity, deberías estar en la cama—dijo él levantándose.

Una nueva oleada de dolor la hizo doblarse por la cintura. Oliver se acercó a ella preocupado y Verity le dio una palmada en el pecho.—Tú eres el culpable de

esto—jadeó—. Tú y nuestra cama.

Tras ellos, Benjamin relinchó de risa. Oliver le dirigió a su amigo una mirada de censura.

—Vamos, cariño.—Él la tomó por los hombros—. Sé razonable y vuelve a la cama.

—No hasta que no diga lo que he venido a decir.

—Está bien.—Oliver suspiró resignado.

—Tú vas a ayudarme a traer al mundo a tu hijo—dijo Verity con

vehemencia, sujetándose su enorme vientre ante la inminencia de una nueva contracción.

Oliver abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

Tía Etta gimió con horror y el padre Bolyn se vio obligado a intervenir en aquel

punto.

—Vamos, querida, tú sabes que eso es imposible—dijo amablemente—.No

es apropiado que tu esposo te vea durante ese trance. El dolor que estás sintiendo

es un juicio divino, a través del que Dios pretende limpiarte de todos tus pecados...

Verity entrecerró los ojos y con pasos sorprendentemente rápidos para alguien que estaba en pleno trabajo de parto, se acercó al sacerdote y lo agarró por la solapa.

—Si me vuelve a hablar de pecados y castigos divinos no responderé de mis actos—siseó.

Oliver se apresuró a separar a su esposa del horrorizado sacerdote, mientras Benjamin sufría un ataque de tos que se parecía sospechosamente a una carcajada.

—Vamos a llevarte de vuelta a la cama—le dijo a su esposa—. Me quedaré contigo, si eso te tranquiliza.

La comitiva regresó a la habitación de Verity, con la preocupada comadrona meneando la cabeza tras ellos. El padre Bolyn se quedó atrás, lamentando haber

ido a tomar el té con los Wolcott justo ese día y aceptando encantado la propuesta de Benjamin de abrir una nueva botella de coñac de la bodega de Oliver para “calmar los nervios”.

Tres horas después, el conde de Wolcott asomó la cabeza en su despacho.

Estaba agitado y sudoroso y tan desgredado que parecía que una bandada de pájaros había anidado en su cabeza. Miró a Benjamin y al sacerdote con ojos alucinados.

—¡Ya está!—gritó—¡Soy padre!

—¡Oh eso es estupendo!—El padre Bolyn se levantó para estrecharle la mano mientras Benjamin le daba una palmada en el hombro—. Espero que haya

sido un varón. Eso siempre aporta prestigio a una casa noble. Sin embargo, el segundo es mejor que sea una niña porque...

Todos se quedaron sin saber la opinión del padre Bolyn acerca de los diferentes grados de prestigio asociados a los vástagos, porque Oliver regresó al

dormitorio como una exhalación, dejándolos a todos con la palabra en la boca.

Verity descansaba apoyada en la almohada cuando Oliver volvió a entrar. La comadrona ya había lavado al bebé, que parecía una diminuta nube esponjosa en

brazos de su madre.

—Ven—dijo Verity—. Ven a conocer a tu hija.

Oliver se acercó maravillado. Aquella cosita blanca apenas se parecía al bebé gritón y rojizo que él había visto salir del cuerpo de su madre, paralizado por el

asombro y el terror. Acarició con el dedo índice la cara de la niña y ella capturó

el dedo con su boquita.

—Tiene hambre. —Verity sonrió y colocó a la recién nacida en su pecho y ambos se quedaron durante un rato escuchando los suaves ruidos de succión, que

sonaban como la mejor música del mundo.

—¿Crees que el padre Bolyn me perdonará por haberme encarado con él?—

preguntó Verity con una sonrisa—. Lo necesitamos para que bautice a esta niña o

tía Etta me retirará la palabra de por vida.

—Más le vale—rezongó Oliver—. Entre él y Benjamin están terminando con las reservas de mi bodega, con la excusa de celebrar el nacimiento.

Ambos rieron. Oliver tomó la mano de su hija y los diminutos dedos se aferraron a su pulgar, sujetándolo con fuerza. Él tragó el nudo que se había hecho en su garganta.

—Nuestra hija se criará lejos de todas esas absurdas convenciones sociales— dijo Verity de repente, poniéndose seria—. Se casará con quien ella quiera y le

enseñaremos a juzgar por sí misma, a tomar sus propias decisiones.

—Con mucho gusto, si eso hace que se convierta en una mujer tan excepcional como su madre —aseguró Oliver—¿Y cómo llamaremos a esta futura dama que viene a comerse el mundo?

—Creo que tengo el nombre perfecto—dijo Verity—. Melissa.

El nudo en la garganta de Oliver se hizo más grande. Besó a su mujer y acarició el moflete redondo de su hija.

—Bienvenida al mundo, Melissa—susurró.

FIN

## SOBRE TRIXIE GEORGE

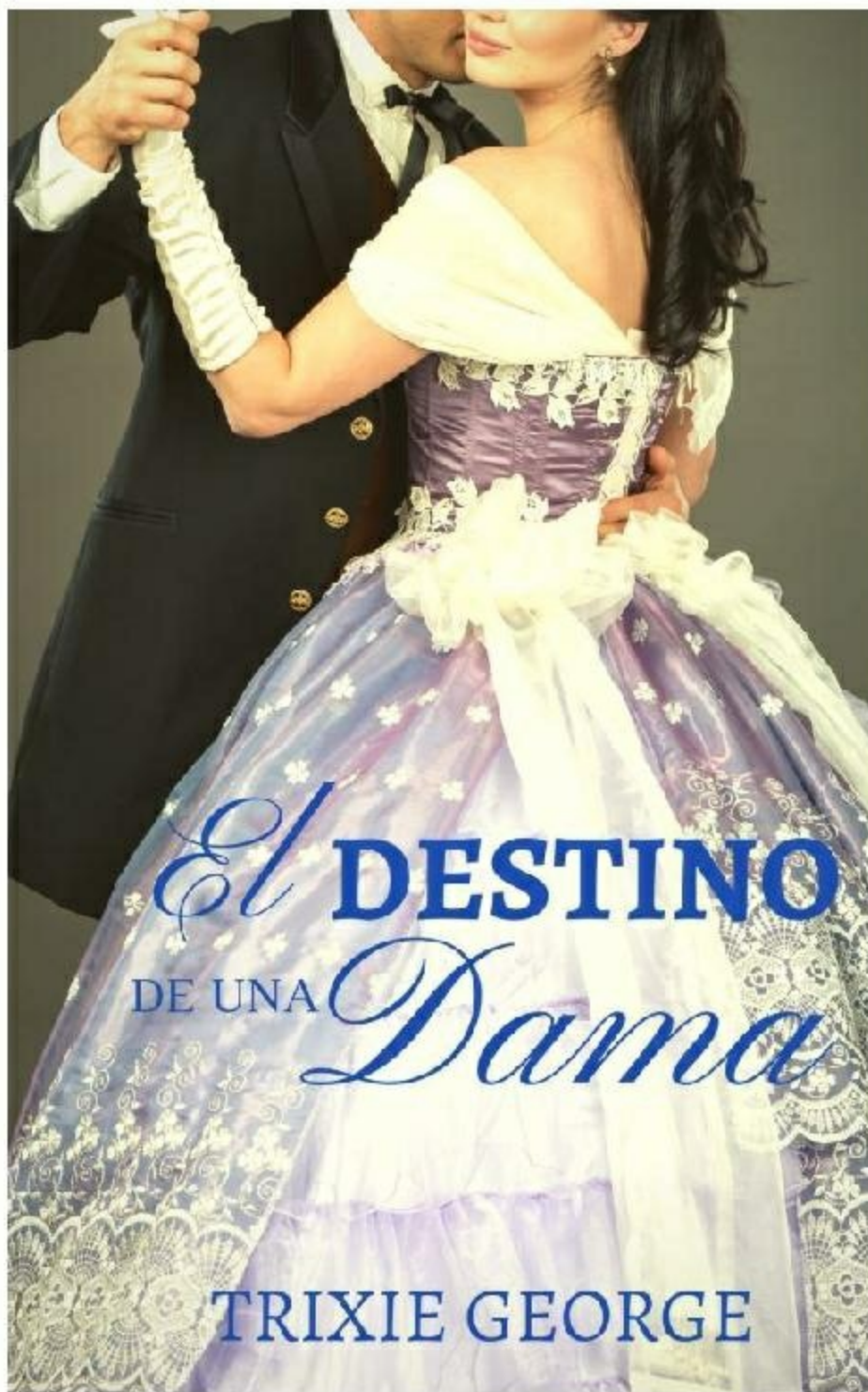
¡Hola! Soy Trixie George y me encanta contar historias y plasmar mis sueños en un teclado. Escribir es mi pasión, además de pasar tiempo con mi familia, pasear por la playa y las sesiones maratónicas viendo Netflix.

¿Quieres contactar conmigo? Aquí te dejo mis redes sociales, estaré encantada de charlar contigo.

Facebook: [Trixie George](#)

Twitter: @ Trixiescribe

Email: [trixiegeorgeautora@gmail.com](mailto:trixiegeorgeautora@gmail.com)



*El* **DESTINO**  
DE UNA *Dama*

TRIXIE GEORGE



# Document Outline

- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [EPÍLOGO](#)
- [SOBRE TRIXIE GEORGE](#)